



J. MORRESIN

== Eulalia ==

Emeritense

en Narración del
tiempo del empe-
rador Maximiano.



59

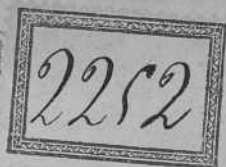


IMP. COLEGIO SANTIAGO
VALLADOLID



C.B/ 354237
tel. 129176

Lg. 1549



EULALIA EMERITENSE

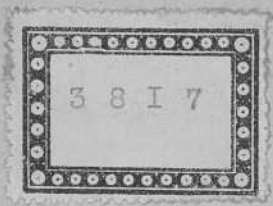


DEPOSITO



10000354237

1549



38 I 7

R. 111348

JUAN MORLESÍN

EULALIA

EMERITENSE

en NARRACIÓN
DEL TIEMPO DEL
EMPERADOR MA-
XIMIANO  

Establecimiento Tipográfico del
Colegio de Santiago - Valladolid



A la Excm. Diputación Provincial de Badajoz.

Si á los grandes y reconocidos merecimientos de V. E. hubieran de corresponder los de las obras que patrocina con su esclarecido nombre, seguramente no disfrutaría esa distinción la modesta ofrenda que el autor de Eulalia Emeritense tiene el honor de dedicarle; pero V. E. es como madre amantísima que acoge cariñosa los primeros trabajos de sus hijos, y amparado yo en este carácter, por haber tenido la suerte de nacer en la provincia que rige y administra, me atrevo á lanzarla á los vientos de la publicidad, bajo la protección de V. E. seguro de que la admitirá con sus defectos y la defenderá con sus aplausos.

Besa las manos de V. E.

Juan Morlesín

Valladolid—Septiembre de 1909.



INTRODUCCIÓN

La colonia romana *Emérita Augusta* de universal renombre en todo el mundo antiguo, fué fundada por César Augusto el año 23 antes de la Era Cristiana, con objeto de tener segura aquella parte de España llamada Vetonia, en la Lusitania, cuya conquista logró, tras grandes esfuerzos, el primer Emperador romano.

Dióla como premio á sus mejores soldados, llamados *meriti* por lo que se habían distinguido en aquella campaña; encomendó su gobierno al Cónsul Publio Carisio, su amigo y compañero de armas, hízola metrópoli de la gran provincia Lusitana, y la concedió tantos y tan grandes privilegios que, en poco tiempo, logró ser una de las principales ciudades de la península.

Sus calzadas militares, sus templos y los grandiosos edificios públicos que llegó á conte-

ner dentro de sus murallas, hicieron de ella una nueva Roma, como lo prueban los siguientes versos que la dedicó Rodrigo Caro.

Mérida, que en las Españas
Algún tiempo fuiste Roma.

Unida é identificada con el Imperio, corrió la misma suerte que éste, tanto en su esplendor como en su decadencia; y por lo tanto, á ella también alcanzaron las grandes persecuciones que sufrieron los cristianos, siendo innumerables los mártires que consagraron con sus vidas la profesión de las doctrinas de Jesús.

Ninguno de ellos, sin embargo, destaca tanto su figura como la Virgen Eulalia, patrona hoy de la ciudad, por las circunstancias que rodearon su martirio, y las de su familia y brillante posición social.

Joven, rica, hermosa, descollando en la sociedad emeritense como uno de sus más preciados adornos, por pertenecer su padre al orden senatorial y poseer grandes riquezas, todo lo pospone al amor á Cristo, á la propagación y defensa de su santa doctrina, despreciando los ofrecimientos que le hiciera el Procónsul Calpurnio, lugarteniente del César Maximiano; y después de sufrir trece tormentos, cuya descripción pone espanto en el ánimo más esforzado, entrega su alma á Dios el día 10 de Diciembre del año 304.

Amante de las glorias de mi país, y deseoso de divulgarlas en lo que me sea posible, he dedicado durante largo tiempo, las pocas horas que me dejan libres mis ocupaciones oficiales, para ofrecer hoy al público este modesto esbozo en el que, sobre el sombrío cuadro de la corrupción del Imperio, se destaca la hermosa figura de la Virgen extremeña.

La mayor parte de los personajes que figuran en esta narración, son rigurosamente históricos, aun cuando la intervención de alguno de ellos, no se ajuste del todo á la realidad, por las necesidades de la fábula en que van envueltos.

En ella he procurado utilizar datos y noticias sacados de las mejores fuentes.

Y por si algún lector curioso ó erudito quisiere ampliarlos, puede leer con fruto las obras de Lucio Nonio, Plinio, Dión Casio, Strabon, Celio Rodiginio, Dión Niceno y Flavio Josefo, entre los antiguos; y las de Ambrosio de Morales, el Padre Flores, Bernabé Moreno de Vargas, el Doctor Forner, Fustel de Coulanges, Teodoro Mommsen, César Cantú, D. Pedro M.^a Plano y D. Andrés Mellado entre los modernos.

Al final de la narración van algunos *apéndices*, tomados de las obras indicadas, en comprobación de las afirmaciones hechas anteriormente, y por las cuales se viene en conocimiento de los principales personajes que figuran en la misma.

A la protagonista, Virgen y Mártir Eulalia, se le ha alterado un poco la edad, poniéndole la de quince años, en lugar de los trece no cumplidos que tenía á la fecha de su gloriosa muerte, para que puedan parecer más justificados los extremos de la pasión amorosa que inspiró, y las razones y conceptos juiciosos que se ponen en sus labios, en el transcurso de la fábula que envuelve su figura.

EULALIA EMERITENSE

I

INSUFICIENTE era la ancha puerta Judiciaria para dar salida á la enorme muchedumbre.

Como si la antigua Capital de la Lusitania quisiera volcar en la campiña el vasto contenido de sus suburbios, estrechábanse bajo el macizo arco de la puerta hombres, mujeres y niños que, una vez fuera de los muros, seguían en apretados racimos por la hermosa calzada militar que unía á Emérita Augusta con la Bética ensordeciendo el aire con el rumor de sus gritos de entusiasmo.

Habíase anunciado la víspera por un *tabela-rio* la llegada de Calpurnio, nuevo Procónsul que el Emperador Maximiano enviaba á la Lusitania, y la curiosidad por una parte, y por

otra, el natural deseo de gozar la suave temperatura de la primavera, que entonces comenzaba, fueron causa y motivo suficientes para que abandonasen sus moradas casi todos los habitantes de Eméríta.

Por cierto, que era bellissimo el espectáculo que se disfrutaba desde las murallas.

Siguiendo la calzada militar que construyó el Cónsul Publio Licinio Craso, y que, con gran esmero conservaron sus sucesores, veíase la abigarrada muchedumbre que, ora compacta y unida, semejaba ingente mancha oscura en la verdeante campiña, ora disgregada en diversos grupos, asaltaba las quintas ó casas de recreo que, en inmenso número, bordeaban ambas orillas del caudaloso Anás, sobre el cual erguía su gigantesca mole el famoso puente de Trajano.

El sol, que lucía espléndido en un cielo sin nubes, quebraba sus luminosos rayos en los grupos, arrancaba brillantes destellos de los cascos y prestaba vida y color á todo aquel hormiguero humano.

Veíase, por la parte de la Ciudad, alzar sus soberbias construcciones el Templo de Diana, con su ancho pórtico de mármol blanco, el de Marte, con los rojizos capiteles de piedra de Salacia, el de Júpiter cuyo peristilo emulaba el de su homónimo en Roma; y por último, el suntuoso de Venus Afrodita, cuyas albas columnas se recortaban brillantes, entre el oscuro bosque

de los mirtos y laureles que poblaban sus jardines, en los que revoloteaban millares de cándidas palomas, atributo conocido y por todos respetado, de la Diosa del Amor y la Fecundidad.

Por la parte de Oriente, alzábase orgulloso el Anfiteatro, todo él construído de grandes piedras de sillería, mostrando arrogante la multitud de sus aposentos y dependencias; y muy cerca de él la Naumaquia, edificada según los planos de Onufrio Panvinio, á semejanza de la existente en la Capital del Imperio, y no inferior á ella en ningún concepto.

En esta misma orientación, pero ya fuera de las murallas, alzaba su arrogante mole el Circo Máximo, rival del Coliseo Romano, y sitio predilecto de la plebe cuando en él se celebraban, con demasiada frecuencia, las fiestas Imperiales, que hicieron célebre en todas las provincias el conocido grito de las muchedumbres: *Panem et Circenses*.

Y por cima de todo este mundo majestuoso y monumental, el agro emeritense mostraba sus innúmeras bellezas en la riente perspectiva de los verdes huertos, los oscuros olivares y las inmensas masas de sus encinas, á cuya agreste sombra pacían los rebaños de carneros y ovejas, los más famosos de Bética y de Lusitania.

Sentíase ulular la muchedumbre dentro y fuera de las murallas, coronábanse éstas por los legionarios y los peltastas; algunos honderos

baleares hacían restallar desde ellas las crujientes cuerdas de sus hondas, enviando las duras bolas de rojizo barro á las hirvientes olas del río, donde levantaban pequeños husos de agua, y mezclábase á todos estos rumores el lejano rugido de las fieras cautivas en las profundas cavernas del Circo Máximo, por cuyas enrejadas hendiduras se escapaba el hálito de vida de todas ellas.

II

ESTÁS seguro de lo que dices?

—Como de llamarme Rufo.

—Pues la cosa es grave.

—Pero necesaria. ¡Por Júpiter! Esos cristianos van tomando tantas alas, que es preciso recortárselas y pronto.

—Y cómo te has enterado?

—Ya sabes ¡oh amigo Cornelio! que aunque soy antiguo liberto del Pretor Lucio Serenio y puedo, por lo mismo, vivir fuera de su casa, la gratitud que le debo es tanta, que nunca abandono su morada. Su esposa Valeria y su hijo Marco se han acostumbrado de tal modo á mis servicios, que no quieren que me sustituya nadie.

—Bien, ¿pero qué tiene eso que ver...?

—Calla y no me interrumpas.

—Sigue, sigue.

—Por esa circunstancia, yo no permanezco en la *ergástula* de los esclavos, sino que estoy en

los aposentos superiores; ayer, cuando llegó el *tabelario* que Calpurnio envió á Lucio Serenio, yo concluía de arreglar los pliegues de su toga...

—Pero, ¿no se ocupa de esos menesteres la esclava Plantila?

—No. Plantila se dedica al joven Marco.

—Continúa.

—Entregadas las *tábulas* al Pretor, leyolas éste y alterose su semblante. Queriendo, sin duda, ocultar su emoción, mandome cuidar del *tabelario*, y yo salí con éste de la estancia, decidido á averiguar lo que pasaba.

—Entiendo, Rufo.

—Llevele, pues, á mi aposento; saqué varios *artócreas* recién hechos, hízele comer de ellos, y con varias cráteras de vino de *Scalabis*, que desata las lenguas, pronto logré inspirarle confianza.

—Y qué te dijo?

—Despacio, amigo, despacio. Preguntele donde quedaba Calpurnio, díjome que en *Regiana*. Alabé sus hermosos jardines y viñedos.

—¿De qué te son notorios, Rufo?

—¿No sabes que soy de la Bética?

—Cierto es, continúa.

—También es hispalense el *tabelario* y ya con ese motivo intimamos. Repetí los obsequios, desapareció el escrúpulo y habló claro respecto al asunto de su venida.

—¿Había leído las *tábulas*?

—¿Ignoras ¡por los dioses! que vienen cerradas con el *sigillum*?

—No había dado en ello.

—Pero sin necesidad de su lectura, el que sabe oír y entender, conoce lo que quiere.

—Verdad es.

—Refirió, pues, lo siguiente: El César atribuye las calamidades que agobian al Imperio, á disgusto y enfado de los Dioses, que ven desarrollarse grandemente en Roma la falsa Religión. Para desagraviarlos, Maximiano ha emprendido la persecución de los cristianos de tal modo, que no les deja tranquilos en sus hogares.

—¡Bien hecho! Júpiter y Apolo coronarán su anhelo.

—Ha dado órdenes severas á los Procónsules para que le secunden, y con este propósito, viene Calpurnio á encargarse del mando de la Lusitania.

—¡Los Dioses le sean propicios! ¡Yo también aborrezco á esos malvados! Mas ¿en qué puede afectar ésto al Pretor Lucio Serenio? ¿Acaso él también...?

—No sigas, Cornelio..... Tus sospechas le ofenden.....

—¿Entonces?

—No puedo decirte más.

—¿Desconfías de mí?

—Si lo creyese no sería tu amigo.



A tal punto llegaba la conversación que sostenían el liberto Rufo y el legionario Cornelio en la Tabérnula inmediata á la puerta Judicial, donde prestaba servicio el último, cuando fueron interrumpidos por el rumor de timbales y clarines que muy cerca se escuchaban.

Salieron ambos á la vía, y ya por la parte de la Ciudad avanzaba el cortejo que había de recibir al Procónsul.

Venían en primer término los timbaleros y clarines, seguíanles los legionarios con sus enseñas al frente en manos de los *vexiliarii*—las águilas doradas del Imperio, y las Lobas de la República.—Mandábalos el *Praetor pedestribus copiis* ó Jefe de la Infantería; caminaban en pos los peltastas y honderos, los flecheros de la Ciudad; después el *Praetor erarius* ó Tesorero general, rodeado de sus oficiales; á continuación los Sacerdotes del Templo de Marte, los Augures, Arúspices, los de Júpiter y Diana, con sus albas vestiduras con franja de púrpura; después las Vestales con la Sacerdotisa Flavia Rufina, á cuyo paso se humillaban todas las cabezas; inmediatamente el *Primiscripius* ó Asesor del Prefecto, y por último, éste con los *Duumviro*s de Emérita y el Senado, compuesto de patricios de las principales familias de la provincia.

Cerraba la marcha el Cuerpo de la Caballería lusitana, al mando del *Praefecto aequitum*, en cuyas brillantes armaduras se reflejaba el sol

primaveral, arrancando infinidad de chispas luminosas de sus cascos y corazas, así como de los metálicos escudos que embrazaban marcialmente.

Era Lucio Serenio hombre de unos sesenta años, alto, enjuto y fuerte, como curtido en las lides guerreras, á las que había dedicado la mayor parte de su vida, de rostro simpático y atrayente, pero sin excluir la dignidad del elevado cargo que desempeñaba en Emérita; y de tal honradez y justificación entre sus conciudadanos, que por dos veces seguidas, fué reelegido para el desempeño del Pretorio, como significándole que no hallaban otro más digno de aquella investidura.

El liberto y el legionario, que habían visto desfilár el brillante cortejo desde lo alto de la ancha muralla, cambiando impresiones entre sí, descendieron á la vía, para marchar cada uno á su destino, y ya próximos á separarse, dijo el legionario:

—¡Por Marte y Venus! Me extraña mucho que no figure en el cortejo una persona.

—Quién?

—El Senador Liberio.

—Puede estar enfermo.

—O no querer acudir al recibimiento de Calpurnio.

—Por qué razón?

Aproximó el legionario su boca al oído de

Rufo y dijo con voz misteriosa:—Se murmura que es cristiano y lo mismo su hija Eulalia.

—¡Válgante los Dioses!

—¿No es cierto?—insistió fijando su mirada de aguililla en el rostro de Rufo.

—Dejemos estas cuestiones, caro amigo.

Y con gran prisa se despidió de Cornelio, mientras éste hacía sonar sus metálicas sandalias al subir nuevamente al muro.

III

AL propio tiempo que tenían lugar estos sucesos, otros muy diferentes se desarrollaban en la parte opuesta de la Ciudad, donde vivía el Senador Liberio, cuya falta en el cortejo había sido notada por el legionario.

Moraba aquél en una amplia casa de las inmediaciones de Alba Regia, que denotaba por su aspecto exterior, la calidad y riqueza de sus moradores.

En el *atrium* que ornaban pinturas pompeyanas, á la moda itálica, varios siervos trajinaban en la limpieza, bajo la diligente inspección del *atriensis*, cambiando entre sí impresiones acerca del importante asunto, que era tema de todas las conversaciones en Emérita; y según podía deducirse de sus palabras, más bien el temor que el entusiasmo anidaba en sus corazones con la llegada del Procónsul Calpurnio.

Cuando más enfrascados se encontraban, se

aproximó á la casa un venerable anciano de luenga barba blanca y severo al par que dulce continente, el cual saludó á los siervos con las siguientes palabras:

—La paz sea con vosotros.

—Ella no te abandone nunca, Donato,—replicaron aquellos, mientras el *atriensis* le besaba las manos, y con cierta familiaridad no exenta de respeto, le hacía atravesar el vestíbulo, y alzando á su paso el *tapetum* que le separaba de la otra estancia, le dejó paso franco á ella.

Sentadas en pequeños taburetes y conversando animadamente había dos jóvenes, casi dos niñas, vistiendo ambas la alba pretexta que sujetaban en sus hombros con doradas *fibulillas*.

Parecían casi de la misma edad, pero eran diferentes en su aspecto.

Alta, delgada y pálida, con abundosos cabellos rubios, que se sujetaban en la coronilla con una aguja de marfil, según la moda griega, aparecía la que estaba en primer término, cuyos ojos de azul purísimo se fijaban en el espacio con melancólica mirada.

Morena intensa y de alguna mayor edad que la primera, ostentaba la otra un atrevimiento en sus negros ojos, propio de quien tiene ardientes pasiones.

Sus cabellos cortos y rizados, casi de un negro azulino, le hubieran dado aspecto de un adolescente, si las formas elegantes y desarro-

lladas de su busto, no pusieran bien de manifiesto la naturaleza de su sexo.

Al ver entrar al anciano, ambas se incorporaron vivamente, y aproximándose á él con muestras de respetuoso cariño, le besaron las manos.

Donato fijó en ellas su mirada y con acento paternal las saludó diciendo:

—Jesucristo os bendiga, hijas mías.

—Y á vos os libre de todo mal, padre mío, —dijeron ambas, ofreciéndole asiento en un cómodo sitio.

—¿Tienes noticia de la llegada del nuevo prócsul, Eulalia?—preguntó Donato á la joven rubia.

—Sí, de ello hablaba con Julia cuando habéis llegado.

—En efecto padre—dijo vivamente la morena.—Por cierto que tenemos miedo.

—¡Miedo! De qué?

—De que sean ciertos los rumores que corren.

—Qué rumores son esos?—dijo aparentando ignorancia Donato.

—Dicen—exclamó Julia,—que odia tanto á los cristianos, que los perseguirá á muerte.

—Y que ese es el único encargo que le ha dado el César, antes de venir á Emérita—dijo con sencillez Eulalia.

—Y aunque así fuera, que no tengo motivos para asegurarlo, es bastante ese rumor para

llevar el espanto á corazones que poseen la gracia? — murmuró con alguna severidad el anciano.

— ¡Oh padre!

— Sí, hijas mías! Los espíritus fortalecidos por la fe, miran cara á cara los peligros. Pero no os apesadumbreis tan pronto. A mí también han llegado semejantes rumores, pero no creo que tengan fundamento serio, aun cuando nuestra Iglesia viene siendo combatida rudamente.

— Es cierto. Vos mismo nos lo habeis dicho en varias ocasiones.

— La sangre de los mártires, vertida en todo el Imperio, ha hecho crecer fabulosamente el número de nuestros hermanos. ¡Dios quiere que su doctrina se asiente sobre tales cimientos!

— Y decidme, padre — interrumpió Eulalia, — ¿creeis que si tales rumores se confirmaran, el Procónsul no encontraría obstáculos para su cumplimiento?

— ¿En dónde?

— En los innumerables cristianos que encierran las murallas de Emérita.

— Numerosos en verdad, son, hija mía, pero ¡á qué negarlo! Las persecuciones sufridas recientemente, han acobardado los ánimos.

— ¡Parece increíble!

— Así es, sin embargo; además, trae Calpurnio muchos centenares de legionarios, y sobre todo, su guardia pretoriana, compuesta de soldados feroces, que son fervientes paganos.

—¿Y ha de quedar en suspenso la propagación de la fe?—interrumpió Julia.

—No, ciertamente, pero habrá que adoptar más precauciones en lo sucesivo.

—¿No hay muchos partidarios de Cristo entre las tropas de la ciudad?

—Sí.

—Pues con ellos quedamos amparados.

—No confío, niña querida; los malos ejemplos de estos gentiles, borrarán pronto la buena semilla.

En este momento penetró en la estancia un hombre como de cincuenta años, de noble continente y expresión firme y tranquila.

Era Liberio que vestía la toga senatorial.

Al verle, las dos jóvenes se alzaron de sus asientos, saludáronle respetuosas, y comprendiendo que deseaba hablarle Donato, despidiéronse de éste, que las contestó trazando en el aire el signo de la cruz.

IV

HUÉLGOME de verte, Donato—dijo el senador.

—Y yo de encontrarte, Liberio.

—Tengo que comunicarte algo desagradable.

—¿Qué es?

—La llegada del nuevo Procónsul.

—Ya me era conocida.

—¿Quién ha podido informarte?

—Lucio Serenio.

—¡Me extraña!

—No debes extrañarlo. Dispénsame franca y noble amistad su esposa Valeria, que también es cristiana.

—Pero el Pretor no—dijo Liberio.

—Es cierto. Continúa siendo gentil en la apariencia, pero su corazón simpatiza con la buena doctrina.

—Me ha pasado aviso para que, como individuo del Senado, me incorpore al cortejo.

—¿Y no has ido?

—No. A mi conciencia honrada le repugna la mentira, y no quiero dar la bienvenida al cruel lugarteniente de Maximiano.

—Te expones con tal conducta.

—No lo ignoro. Mas si el Procónsul se incomoda, me ausentaré de Emérita.

—Dónde piensas morar?

—En Ponciano. Ya conoces la quinta. Enclavada en el monte, libre del mundanal ruido y con las comodidades que deseo para Eulalia, ningún lugar mejor que ese puedo encontrar.

—Es cierto. Pero allí también puede llegar la cólera de Calpurnio.

—Ya se cuidará Lucio Serenio de calmarla.

—¿Y si éste mismo fuese víctima de ella?

—¿Tal sospechas?

—No tengo seguridad de ello, pero las nuevas de la crueldad del legado, que ya te son conocidas, también han llegado á mí y temo por todos, ¡oh infeliz Lusitania!

—Dí mejor ¡oh infeliz Imperio! Como ciudadano romano, lamento amargamente sus vaivenes y descalabros.

—La doctrina del hijo de Nazaret se impone.

—Sí, pero fuera mejor que, como antes, se aumentasen sus prosélitos, en medio de la paz.

—Día llegará—repuso Donato solemnemente,—en que la sangre de los cristianos perseguidos ahogue el trono imperial y libre á Roma

de tan torpes tiranos, y al universo de los nefandos crímenes que se cometen á diario.

—¡Dios te oiga! Porque la infame corrupción del Imperio no queda localizada en Roma. También las provincias participan de ella, y no es Lusitania la que menos se distingue en imitarla.

—Sin embargo, el número de cristianos crece cada día, no sólo entre los esclavos, sino en todas las clase sociales. Tú eres buena prueba de ello.

—Es cierto, repuso melancólicamente Liberio. Mi noble esposa Fulvia Mamertina, fué siempre fervorosa creyente, y logró, al cabo, que yo también lo fuese. Por eso nuestra Eulalia no encontró en mí ninguna oposición, cuando al morir su madre me dijo que tú habías ganado su alma para el cielo.

—¡O niña candorosa! Es mi más legítimo orgullo—repuso Donato.— Con ella y con su amiga Julia, que tiene el mismo entusiasmo, pero más ardoroso, hay para catequizar á los más rebeldes.

—Gran fortuna fué para mí que al morir Fulvia, quedase Julia huérfana y poder, de este modo, dar amiga cariñosa y fiel compañera á mi hija Eulalia.

—Han simpatizado tanto, que parecen hermanas.

—Como hijas mías miro á las dos.

—Y en sus prácticas religiosas son igualmente

idénticas. Más espiritual tu hija; más vehemente tu pupila.

— Por ellas, más que por mí, me apesadumbra la llegada del Legado que en este momento penetra en Emérita aclamado por la soez muchedumbre. ¡Escucha! Hasta aquí llegan los clamores del populacho—exclamó dirigiéndose á la entreabierta ventana.

Oíase á lo lejos rumor de vítores y exclamaciones de entusiasmo, como el lejano eco de un mar embravecido.

—¿No lo encuentras natural?—dijo Donato irónicamente.—La multitud olfatea las fiestas que han de seguirse á esta llegada, y se exalta y se excita ante los espectáculos que, como de costumbre, han de ofrecérsele en el Anfiteatro y en el Circo. ¡Pobres esclavos que aclaman al nuevo dueño, sin saber que éste descargará sobre ellos sus furores!

—Por eso, sin duda, han aumentado el número de fieras que ya existía en el Circo.

—Sí; diez leones de Numidia y otros tantos tigres de Hircania, llegaron no hace muchos días, custodiados por el maestro de los esclavos de Calpurnio, y un buen golpe de soldados sármatas.

—¿Quién te ha dado semejante noticia?

—Diósela á Rufo, el liberto de Serenio, uno de los gladiadores que tomarán parte en los festejos, y Rufo me lo comunicó anoche en el Cenáculo.

—¿Es hermano nuestro ese liberto?

—Es neófito, pero tiene mucho celo por la causa y nos presta grandes servicios.

—Como?

—Por ser familiar del Prefecto conoce á mucha gente, y fingiéndose amigo de los Dioses, no inspira sospecha alguna.

—¿Te merece confianza?

—Es devotísimo de Valeria, á cuya influencia sobre su esposo debe la libertad, y ella lo ha llevado á nuestra reunión.

—Entonces, podemos estar tranquilos. No conozco matrona más noble en toda la Lusitania.

—Es cierto. Pues bien, Rufo mantiene especialmente sus amistades entre los legionarios, y por ellos conoce cual es el espíritu dominante en la guarnición. Ahora tiene el propósito de intimar con los de la Puerta judiciaria, donde presta servicio un conocido suyo, llamado Cornelio, que goza de gran influencia entre sus compañeros, y si lo consigue, todas las puertas de la ciudad serán para él tan familiares como las de su cubículo. Y no se ocultará á tu penetración la conveniencia que entraña para nosotros esta circunstancia.

—Seguramente.

—Mas no es ésto sólo. Por él conozco también el amor que Marco profesa á tu hija Eulalia.

—¿Marco Serenio?

—Sí, el hijo de Lucio.

—Visita ~~es~~ de casa desde sus tiernos años, por la buena amistad que me une á sus padres, y nunca he notado nada. Además, Eulalia es casi una niña. Ya sabes que cumplió quince años en los *idus* de Marzo.

—Algunos más tiene Marco, pues vistió la toga hace tres ó cuatro. Pero eso no importa, Si aún no ha exteriorizado su cariño, es porque le detiene un temor.

—Cuál?

—Que Eulalia sea cristiana.

—¿Odia la doctrina del Crucificado?

—Con toda su alma. Los tres años que ha pasado en Grecia y Roma, perfeccionando su educación, han hecho nacer en él un desprecio tan grande á ella, que crée que el Imperio no recuperará su importancia, si no extingue todo lo que de Cristo provenga.

—¡Insensato!

—Su madre Valeria, nunca me ha dicho nada de ésto. Sufre en silencio y espera, sin duda, ir gastando este odio á fuerza de amor y de prudencia.

—Y mi hija ¿conoce este cariño?

—Lo dudo. La candidez de su alma es tal, que algo hubiera yo traslucido, si conociera este afecto en Marco.

—Más vale así —repuso el Senador, después de un instante de silencio.—Y no porque Marco me parezca mal, que harto evidentes son en él

sus buenas prendas, sino por ese diferente modo de ser en religión. Ni pudieran unir sus destinos, ni ser felices.

—¿Quién sabe? Dios se vale muchas veces de caminos que apenas son practicables para los seres humanos, con objeto de alcanzar el fin que se propone. Tal vez su amor á Eulalia, sea el principio de su salvación.

Pero ya es tarde y mis ocupaciones me llaman á otro lado. Adios, Liberio.

—Él te proteja y guarde, Donato.



V

FAMOSA fué, en verdad, la entrada en Emérita Augusta, del nuevo delegado que el Emperador y Divo Maximiano enviaba como representante de su autoridad en la Lusitania. La ciudad engalanada, sus vías rebosantes de gentes, sus templos ardiendo en aromas de incienso y estoraque quemados en pebeteros de bronce, con astillas de áloe y sándalo; todos los edificios públicos empavesados con ricos tapices de Smirna y Sidón; y como si hasta la naturaleza quisiera tomar parte en tal festejo, un sol primaveral llenaba el aire con perfumes de azahares y violetas, y daba á la atmósfera una tibia y agradable temperatura.

No era escaso el número de los que, conociendo la fama de que Calpurnio venía precedido, sentían miedo en el corazón; pero por eso mismo gritaban más que nadie, y sus voces de ¡Victor! ¡Los Dioses te salven! ¡Evohé! ¡Júpiter

te colme de dichas!, y otros cien á cual más expresivos, sobresalían entre los de los demás circunstancias.

Penetrada la comitiva en el Palacio ó alcázar del Procónsul, éste ocupó la silla curul de plata dorada que, bajo el solio, se destacaba sobre el fondo rojo del tapiz; sentándose á sus lados y por orden de su respectiva categoría, todas las autoridades de Emérita.

Sólo quedó en pie, al lado de las insignias de las legiones que llegaban con el Legado, Cayo Flaminio, noble patricio romano que las comandaba.

En medio del más profundo silencio, habló Calpurnio, pronunciando las siguientes palabras:

«Emeritenses: En nombre del Divino Maximiano, Augusto Emperador y Sumo Pontífice de Roma, Padre de los Dioses, Invicto y Magnánimo, yo, Claudio Calpurnio, Legado y lugarteniente suyo, os deseo salud.

Notoria es la fidelidad al César de la gran provincia lusitana, cuya capital Emérita Augusta, es una continuación de la Ciudad de las siete colinas, de Roma incomparable.

Por eso me enorgullece la representación del César.

Pero, como en todo el Imperio vaya extendiendo su acción esa turba miserable que deshonra á nuestros Dioses y aniquila los Lares y Penates, quiere Maximiano que se extirpe por

completo en sus dominios la falsa religión de Cristo, cuyo crecimiento enoja á Júpiter.

Animado de este sentimiento, que es, además, prudente medida de gobierno, he de procurar que desaparezca tal plaga.

Primero emplearé la persuasión. Después se impondrá la fuerza.

Sabedlo y secundadme.

Dentro de tres días, el gran templo de Júpiter abrirá sus puertas en fiesta solemne, homenaje al Padre de los Dioses.

Todo ciudadano romano ofrecerá sacrificio de incienso ante el ara.

Los que falten, reputados serán como traidores al César y enemigos de los Dioses. Como tales serán juzgados.

¡Gloria al Augusto Maximiano!

¡Honor á nuestros Dioses!

¡Guerra y oprobio á los partidarios de Cristo!»

Enorme tempestad de aplausos acogió las palabras de Calpurnio y las voces de ¡Los Dioses te protejan! ¡Séate propicia Minerva! ¡Apolo te exalte! unidas á los vítores al Divo Emperador, resonaron en los ámbitos del palacio con tal estruendo, como si toda aquella potente fábrica se derrumbara.

Calmada un poco la explosión de entusiasmo, levántose el Procónsul, despidiose del acompañamiento, no sin prometer para muy en breve, una grandiosa fiesta en el Circo Máximo, y

penetró en su estancia, donde le acompañaron de nuevo las voces y los vítores de todos y en especial los alaridos de la plebe que, enterada de la promesa, y de que al día siguiente se repartirían raciones de pan y vino, enronquecía pronunciando su famosa frase:

«Panem et circenses».

VI

CUANDO Eulalia y Julia abandonaron la estancia en que Donato quedó hablando con Liberio, dirigiéronse ambas al amplio jardín que tenía la casa, con objeto de pasear un poco entre los múltiples árboles que lo adornaban, y que ya comenzaban á vestir su desnudez con el espléndido ropaje de las hojas.

No pudieron sin embargo, realizar tal propósito, porque en uno de los asientos que inmediatos á la puerta había, encontraron á un gentil y apuesto mancebo que, al sentir el rumor de sus pisadas en la arena, se puso de pie y las saludó diciendo:

—¡Venus y Palas Atenea os guarden!

—Bienvenido seas, Marco,—dijo con sencillez Eulalia, mientras Julia, que se había ruborizado intensamente, murmuraba balbuciente y torpe:

—¡Ah! eres tú?

—A visitaros vine no ha mucho rato,—dijo

dirigiéndose en apariencia á ambas, pero fijando sólo su mirada en Eulalia—y como Eudoxia tu sierva, me dijese que estábais con Liberio, decidí esperaros aquí.

—¿Te habrás aburrido en nuestra ausencia?

—Ni tiempo tuve de ello; admiraba los hermosos ejemplares que ha reunido tu padre en este jardín, en el que siempre hay algo nuevo que excite la atención.

—¿Has visto la palmera?—preguntó Julia haciendo esfuerzos para vencer su turbación.

—Sí—respondió Marco—y si la Divina Flora no la mira con cuidado, temo por ella.

—Por qué?

—Porque el sol africano que la vió nacer, es bastante más intenso que el que ahora la alumbraba.

—¿Tú le conoces?—dijo Eulalia.

—Sentí sus rigores en Egipto, cuando me dirigí á la Grecia.

Caminaban los tres por el enarenado sendero que conducía al estanque, y al llegar á él sentáronse en el banco que inmediato al borde existía, y desde el cual las dos jóvenes acostumbraban echar alimento á los infinitos peces que albergaba.

Como si éstos se hubiesen dado cuenta de la presencia de ellas, comenzaron á sacar del agua sus puntiagudos hocicos, y á agitar las colas moviendo las ondas.

Fijáronse las miradas de Eulalia en aquel espectáculo, y recordando que era la hora de la comida de todos aquellos seres acuáticos, exclamó con pena:

—¡Julia! Nos hemos olvidado de los pececillos.

—Es verdad.

—Y qué hacemos?

La impetuosa Julia, recogió un poco los pliegues de su alba pretexta y echó á correr en dirección á la casa, para traer la comida de aquéllos.

Quedaron solos Eulalia y Marco.

Posó éste su ardiente mirada en el bellissimo rostro de ella y contemplándola fijamente exclamó:

—¡Por los Dioses! Estás cada día más hermosa.

Levantó la jóven su rubia cabeza extrañando aquella exclamación.

—Sí—insistió Marco;—Venus Afrodita, se avergonzaría de verse á tu lado, y la Divina Flora se escondería al contemplar las rosas de tus mejillas.

—¿Tienes hoy buen humor?

—¿Cómo no tenerlo á tu lado? Refleja Apolo sus luces en tus cabellos, copias el azul del cielo en tus ojos y brillan las gracias de la Aurora en tu sonrisa.

—Exageras.

—No por cierto. Si no crees mis palabras contempla tus facciones en el líquido cristal del estanque, y verás que aún no he dicho toda la verdad.

Con la inocencia de una niña inclinaba Eulalia su mirada hacia el estanque, cuando repentinamente Marco la atajó diciendo:

—Dime, ¿eres cristiana?

—Sí, contestó la joven con ingenuidad.

—¡Oh desgracia!

—¿Conceptúas desgracia profesar la doctrina de Cristo? ¡Oh Marco! cuánto me desagradan tus palabras.

Volvía en aquel instante Julia de la casa, con gran cantidad de pedacillos de pan en su falda y ambas amigas los fueron arrojando á puñados á los voraces peces, que los hacían desaparecer en seguida.

Marco, en tanto, sin tratar de ocultar la contrariedad que le había producido la afirmación de Eulalia, hollaba con sus sandalias lujosas de cuero rojo, las humildes florecillas que bordeaban el estanque. Y no pudiendo contenerse, preguntó dirigiéndose á Julia:

—¿Tú también eres cristiana?

—Lo mismo que Eulalia—respondió sencillamente la hermosa morena.

—¿Qué habeis encontrado en esa doctrina aleve, baldón de nuestros dioses que, como oscura mancha, se extiende por el Imperio?

Las dos jóvenes al escuchar tales palabras, se volvieron rápidamente á él y le contestaron:

—Hemos encontrado la verdad.

—¡Qué vago es eso!—murmuró despectivamente Marco.

Fijó en él Eulalia su dulce y tranquila mirada, y con acento afectuoso le dijo:

—Desde niños nos conocemos, nuestras familias son amigas, y nosotros como hermanos debemos considerarnos. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Has notado en mí, durante ese tiempo, mudanza alguna en la manera de conducirme?

—No.

—¿He acudido con las demás jóvenes de mi edad, á hacer sacrificios á los Dioses?

—Tampoco.

—¿Asistí alguna vez á las fiestas de Venus y Diana?

—Jamás te ví en ellas.

—¿Ocupé en ninguna ocasión el lugar que, por mi posición me corresponde en el anfiteatro ó en el circo Máximo?

—Nunca animó tu belleza tales espectáculos.

—¿Y no has comprendido, por todo ésto, que algo superior me lo impedía?

—No, en verdad.

—Pues bien. Mi buena madre fué cristiana, logró convertir á esta doctrina á mi padre, y bajo la dirección del sacerdote Donato, á quien

ya conoces, tanto Julia como yo, llegamos á profesar la misma religión, que es la única verdadera.

—Según crees.

—Tú creerás también.

—Jamás.

—El tiempo ha de decirlo. Tú eres jóven de entendimiento y tienes buen corazón. Ambas cosas te conducirán, como de la mano, á nuestro camino.

—Lo dudo. No creo en los Dioses del Olimpo, que son una hermosa ficción de los poetas; pero tampoco admito esa nueva doctrina, hoy tan peligrosa para el que la profesa.

—Por qué?—interrumpió Julia.

—Por la persecución de que han de ser víctimas sus partidarios.

—Muchas veces han sufrido los cristianos tales rigores, y lejos de disminuir su número, ha aumentado de una manera prodigiosa.

—Ahora no ocurrirá así, y por el divino Apolo, que temo seais castigadas.

—¿Cómo?

—Dentro de tres días, en el Templo de Júpiter deben ofrecer sacrificios á los Dioses todos los ciudadanos de Emérita. Los que no lo hicieren serán condenados por el Procónsul. ¿Ireis?

—¡Jamás!—dijeron valientemente ambas jóvenes.

Quedó mudo y pensativo Marco durantelargo

rato, y después, como si hubiese tomado repentinamente una resolución, despidiose de Eulalia y Julia, que le miraron alejarse sorprendidas de tan súbita retirada.

¡Qué lástima—dijo Julia—que Marco sea tan enemigo de los cristianos!

—Es cierto.

—¡Y qué guapo! ¡qué arrogante es su figura!

Quedose contemplando Eulalia á su amiga, que se ruborizó bajo aquella mirada, y le preguntó:

—¿Le amas?

Por toda respuesta, la gentil morena se arrojó en los brazos de Eulalia y la estrechó convulsivamente contra su corazón.

VII

LAS sombras de la noche cubren con su negro manto á la ciudad.

Algunos grupos del populacho cruzan con rapidez las amplias vías del centro, retirándose á sus cubículos en los suburbios, y el *Forum* queda tranquilo y solitario.

Las puertas del alcázar ó Palacio del Procónsul, abiertas de par en par, dejan escapar la luz del interior, distinguiéndose en la claridad que derrama, las figuras de los legionarios y pretorianos que dan la guardia, escuchándose el rumor metálico de sus armas y el de sus sandalias en el duro pavimento.

De pronto, destacose entre ellos la silueta de un hombre envuelto en amplio abrigo que le ocultaba completamente, y con paso sigiloso, se encaminó entre las sombras, por la vía más inmediata.

Familiar debiera serle el camino, porque pegado casi á los muros, iba sorteando hábilmente

las columnas, arcos y demás obstáculos que los edificios públicos ofrecían á su paso.

Largo rato caminó en silencio, hasta llegar al barrio en que vivía el senador Liberio, y ya muy cerca de esta morada, procuró orientarse y se escondió en uno de los salientes de la casa fronteriza, de tal modo, que nadie sospecharía allí su presencia, y él en cambio, podía ver quién entraba ó salía de ella.

Pasó más de una hora sin que ningún ruido turbara el silencio.

Poco después, entreabrióse una de las puertas que daban al vestíbulo y dos figuras se destacaron de él, marchando en la misma dirección que trajo el que se ocultaba, al lado del cual pasaron sin verle.

Dejoles éste tomar alguna delantera y después, recatando sus pasos, se puso en movimiento siguiéndoles de un modo cauteloso.

Así fueron caminando hasta llegar al Palacio del Pretor Lucio Serenio, en el que penetraron los primeros sin ningún obstáculo, quedando en la vía el último.

La luna apareció entonces en el horizonte, y á su pálido reflejo pudo conocerse al que esperaba.

Era el legionario Cornelio.

No llevaba las sandalias militares que hubieran descubierto su presencia, y sobre sus arreos llevaba un ámplio manto que lo encubría por completo.

En lugar del casco con cimera y penacho, habíase puesto un casquete como el que usaban los esclavos.

Su astuta y expresiva fisonomía, reflejaba en aquel momento gran satisfacción, y sus ojillos sagaces brillaban de contento.

—Ya sabía yo que no me equivocaba—murmuró quedamente.

Y envolviéndose en el manto, porque la noche había refrescado bastante, comenzó á pasearse cautelosamente por delante del palacio.

Largo rato permaneció así; sus piernas debieron cansarse de aquel ejercicio y buscando por allí, encontró una grada en la que tomó asiento.

Al cabo de unos instantes, las dos figuras que penetraron en el palacio, salieron del mismo, y desandando el camino emprendido, tornaron á la morada de Liberio, seguidas á distancia por el legionario.

Ya convencido éste de quiénes eran las personas á los que había dado muda y desconocida escolta, volvió sus pasos y penetrando nuevamente en la morada del Procónsul, dijo unas palabras al maestre de los esclavos, quien inmediatamente, como si ya estuviera prevenido, le condujo á la estancia en que se hallaba Calpurnio.

El nuevo legado era un hombre de mediana edad.

Grueso, fuerte, de rostro ancho y tosco, rasu-



rado completamente según la moda romana, se destacaban en él los labios, gruesos y abultados, indicio de sensualidad, y los ojos grises, de color de acero, que le daban un marcado aspecto de cruel.

Vestía una clámide de fina lana ibérica, orlada de una franja de púrpura, que llegaba hasta las rodillas, sujeta á la cintura por una hermosa tira de cuero rojo, de la que pendía la espada corta y ancha de los soldados romanos y cubría sus pies con borceguíes de fina piel con bordados de oro y seda, como los gastaban los Césares, aunque de menos valor.

Una artística lámpara de bronce cincelado, colocada sobre un trípode, iluminaba la estancia.

Hallábase Calpurnio sentado en ancho sillón de preciosa madera, sobre un fino cojín de blanda pluma, y á sus pies, sobre un pequeño taburete de ébano, una hermosa esclava frigia tocaba una cítara de marfil, con incrustaciones de oro y piedras preciosas.

Al ver á Cornelio, hizo seña Calpurnio á la esclava para que abandonase la estancia, y una vez solos preguntó:

—Se confirmaron tus sospechas?

—Sí.

—¡Por Hércules! cuenta lo que has visto.

Hizo el legionario exacta relación de lo ocurrido, y al acabar ésta díjole aquél:

—Estoy satisfecho de tí y el César premiará

tus servicios. Pero es necesario que me tengas al corriente de todo lo que haga Liberio y su familia.

—Lo haré así. ¡Júrolo por el Leteo! Mas ya sabes, Calpurnio, que tal vez tenga que hacer algunos gastos extraordinarios, y la paga de un soldado...

—Basta—dijo el procónsul arrojándole una bolsa de cuero.—Ahí tienes cien victoriatos de plata. Si se acaban ven por más. ¡Pero ay de tí! si me vendes ó me engañas.

Cogió Cornelio con avidez la bolsa, escondióla debajo de su manto, y saludando militarmente abandonó el aposento.

Pocos instantes después, escuchábanse de nuevo los metálicos sonidos de la cítara que tañera antes la hermosa esclava frigia.

En el vestíbulo, continuaban su guardia legionarios y pretorianos.

VIII

AL retirarse Calpurnio de las autoridades que como á Delegado del César le recibieron en Eméríta, quedaron solos el pretor Lucio Serenio y el Jefe de las nuevas legiones Cayo Flaminio, antiguos compañeros de armas en las pasadas guerras y muy especialmente en la sostenida contra los Sármatas. Largos años transcurrieron sin verse ambos caudillos, y experimentaban ahora la íntima alegría y la natural satisfacción de encontrarse tras las pasadas fatigas.

Lucio Serenio llevó á su casa á su amigo y en ella, después del natural aseo y cuidado entre quirites romanos, pasaron al comedor, amplio y majestuoso, tomando asiento en los cómodos triclinios que rodeaban la mesa.

Lámparas y candelabros de hierro y bronce, sostenidos en elegantes trípodas alumbraban la estancia; artísticos pebeteros quemaban oloro-

sas gomas orientales, y ágiles esclavos egipcios servían los manjares y escanciaban en las cristalinas cráteras vinos de Chipre y de Falerno, á más de los famosos de Bética y Lusitania.

Esbeltas danzarinas de Gades, coronadas de rosas, bailaron cadenciosamente, acompañando con los crótalos la tenue música de cítaras y cimbalillos, y finalmente, varios nubios, semejantes á vivas estatuas de ébano, ejecutaron algunos ejercicios que demostraban la agilidad de sus membrudos cuerpos.

Quedaron solos ambos amigos.

—¡Por Marte y Hércules! amigo Serenio, que te encuentro tan ágil y fuerte como en nuestros mejores tiempos.

—No tanto como tú, caro Flaminio. Los años transcurridos resbalaron sobre tí como los rayos de Apolo sobre el cristal de una crátera, abriantándola.

—No será porque la ociosidad me canse.

—Lo creo.

—Las revueltas del Imperio y los frecuentes disturbios de sus provincias, traen en constante movimiento mis legiones.

—Sí, Maximiano castiga con rapidez.

—Y con energía.

—Siempre es ésta necesaria entre militares, si han de dar resultado las disposiciones de los jefes.

—¿Y tú en Emérita tienes mucho que hacer?

—El gobierno de una capital como ésta, ofrece múltiples cuidados. La conservación de las vías, el abastecimiento de la urbe, el decoro de los templos... las resoluciones judiciales...

—¿Y la vigilancia de los cristianos?

—También.

—Es el asunto que hoy preocupa más al César Augusto.

—Eso dicen.

—Y es cierto. Atribuye las revueltas á los manejos de esos sectarios y quiere á toda costa exterminarlos.

—Lo conseguirá?

—De eso se trata. Me consta que Calpurnio trae órdenes severas.

—Sí, ya oí lo que dijo al comunicar al pueblo su propósito.

—Ha de cumplirlo, que aumenta por modo extraordinario su número.

—Aquí también, y hasta en las tropas hay muchos que profesan tal religión.

—Por eso viene mis legiones en las que ni uno sólo profesa tal doctrina. Además la guardia pretoriana de Calpurnio se ha distinguido siempre en las últimas persecuciones.

—De manera, añadió Lucio Serenio, que correrá la sangre?

—Así creo, si no fueran bastante las exhortaciones.

—Lo deploro.

—Por qué? Tú y yo la hemos visto correr en abundancia, en las pasadas guerras.

—Es cierto, pero aquellos enemigos se defendían.

—Quién te dice que éstos no harán lo propio?

—Yo estoy seguro de lo contrario. Serán arrollados, martirizados ó muertos, sin intentar defender sus vidas. ¡Pobre Liberio!—añadió después de un momento de pensativa calma.

—Ese Liberio de quien hablas ¿es el Senador?

—El mismo.

—¿Es cristiano?—preguntó con asombro Flaminio.

—Sí, él y toda su familia.

—Por eso, sin duda, no le he visto en el Cor-tejo que salió de Emérita.

—Yo le avisé para que concurriera, como tal individuo del Senado, aun estando seguro de que no iría.

—Corre peligro su cabeza, de enterarse Calpurnio, que no tolera semejantes deserciones.

—Será una verdadera contrariedad para mí, pues me une á él entrañable afecto.

—¿Por qué no intentas disuadirle?

—Crees que ya no lo he intentado? Pero se niega siempre... Y si he de decirte la verdad como nuestro antiguo cariño demanda, no estoy yo muy seguro de su yerro.

—¡Por los Dioses y la Laguna Estigia! resul-

tarías tu también...? No quiero creerlo... ¡Sería horrible...!

Ambos interlocutores quedaron en silencio que se prolongó largo rato.

Al fin, Lucio Serenio, como quien toma una resolución, dijo á su amigo:

—No quiero ocultarte, Flaminio, que aun cuando yo no sea cristiano, simpatizo con ellos y hago justicia á sus condiciones.

—¿Estás loco?

—Cuerdo y muy cuerdo. Por eso puedo juzgar lo que hacen.

—¿Y qué han hecho?

—Escucha. En la escasez del año anterior, cuando el hambre apretaba y no habían llegado los cargamentos de trigo que esperábamos, la plebe se amotinó y casi formó parte con ella en sus peticiones, la cohorte encargada de reprimir el alboroto. Cuando mayor era éste, un sacerdote de ellos, Donato por nombre, apareció entre las turbas y con su sola palabra calmó los excitados ánimos, restableciendo la paz.

—Cumplió con un deber de ciudadano.

—Espera. Por efecto de la escasez, desarrollóse la peste en Emérita, y cundió tal pánico entre sus habitantes que abandonaron la ciudad, dejando sin cuidado á los enfermos.

En vano conminé con penas; en vano ofrecí recompensas. Solamente los cristianos con Donato y otros sacerdotes, cuidaron esmeradamente

á los apestados, siendo muchos de ellos víctimas de su noble conducta.

—Digna de loa es.

—Y siempre son así, humildes, respetuosos, abnegados. Mientras más pobre y miserable sea la persona que sufre, más cariñosos se muestran. Por eso, entre los esclavos tienen tantos adeptos.

—¡Por Júpiter! Veo que los defiendes con gran calor; y no he de ocultarte que es peligroso. Mi amistad me obliga á decírtelo, Lucio.

—Yo te lo agradezco, Cayo.

—Respecto á Liberio, veremos si se atreve á faltar al templo de Júpiter.

—Seguramente. Le conozco bien.

—Pues dile que se oculte, ó la cólera de Calpurnio caerá sobre su cabeza. En cuanto á tí, caro amigo, olvidaré lo que me has dicho. Por cima de estas diferencias, pongo yo la constante amistad que juntos cimentamos en los campos de batalla.

Y abrazando estrechamente á Serenio, se envolvió en su manto, y seguido de su escolta, marchó en seguida á su alojamiento.

Al quedar solo el Pretor, llamó á su liberto Rufo, encargole que fuera por Liberio, y ya hemos visto cómo al responder á este llamamiento, fueron sorprendidos y escoltados por el legionario Cornelio, de quien nada sospechaba Rufo.

Por virtud de la conferencia habida entre el

Senador y su amigo, quedó resuelto que aquél, en unión de Eulalia y Julia, se marchasen á Ponciano aquella misma noche, yendo después á reunirse con ellos su servidumbre.

Así se hizo, y por fortuna para todos no fué advertida su marcha por el vigilante legionario que, en aquel momento, cambiaba por varias cráteras de vino de Scalabis, uno de los victoriatos de plata que recibiera de Calpurnio.



IX

LLEGÓ, por fin, el anunciado día de que el templo de Júpiter presenciara los sacrificios de todos los ciudadanos de Emérita.

Poco después de amanecer, los soldados de las nuevas legiones formaron un espeso cordón desde la casa de Calpurnio al Templo, obligando á las gentes á que penetrasen en ésta y no entorpeciesen la vía.

La marcialidad de aquellos legionarios, cuyos curtidos rostros eran desconocidos de los emeritenses, hacía que éstos quedasen parados, mirándolos con la curiosidad de niños, no obstante las repetidas veces que los centuriones les mandaban despejar.

El amplio templo resultaba insuficiente para contener á la muchedumbre, que esperaba la llegada del Procónsul. Este había prometido presidir el acto, y al efecto, sólo quedaba libre el sitio destinado á él y á su guardia pretoriana.

Los Sacerdotes, revestidos con sus amplias y

blancas vestiduras, preparaban el incienso que había de quemarse en el ara, y en ésta se destacaba un pebetero de grandes proporciones en el que brillaban las ascuas, á través de las finas labores que lo adornaban.

Entre dos columnas de rojo granito que, imitando sostener el Templo eran sólo adorno grandioso del mismo, destacábase la majestuosa estatua del padre de los Dioses, fundida en áureo bronce, con el ceño fruncido, armada la diestra con los potentes rayos y ostentando á sus pies el águila legendaria.

Varias lámparas de plata, ricamente labradas, prestaban dulce claridad en el interior, mientras los anchos ventanales mostraban cubierta su oscuridad con ricos y hermosos tapices de Alejandría y Alepo, representando escenas del Olimpo.

Pendientes de los muros y sujetas por amplias abrazaderas de hierro, ostentaban sus varios colores las banderas y enseñas ganadas por los romanos, en sus guerras con los diferentes pueblos de las Galias y Germania.

Anchas guirnaldas de flores y gruesos ramos de encina y laurel, festoneaban las columnas, extendiéndose por todo el Templo, que presentaba un golpe de vista deslumbrador.

Oyose marcial sonido de trompetas y clarines, anunciando la llegada de la más alta representación del Imperio en Emérita, y poco después,

los lictores con sus fasces al hombre, penetraban en el templo, quedando á ambos lados del ara, seguidos de las autoridades y équites, en pos de los cuales el Procónsul erguía su figura altanera, ornada de lujosas vestiduras y cubierto con ámplio manto rojo que festoneaban prolijas labores de seda y oro.

Detrás de éste y como seguridad de su persona, más que como escolta de honor, penetró la guardia pretoriana, compuesta de un centenar de hombres escogidos, cuyos atezados y feroces rostros, señalados por cicatrices, infundían pavor en el ánimo más esforzado.

Cubiertas las cabezas por los metálicos y empenachados cascos, cuyas carrilleras los sujetaban al rostro, y vistiendo sobre las túnicas la pesada coraza de bronce, erguíanse fieros, empuñando las tajantes espadas en la diestra y embrazando con la siniestra los ovalados escudos de madera de encina, recubiertos por cueros de cerdosos jabalíes que aumentaban, si era posible, lo terrorífico de su aspecto.

Colocáronse á ambos lados de Calpurnio y fijas en él sus miradas, parecía que sólo aguardaban una orden suya para arremeter contra todos los circunstantes que, con respetuoso asombro, los contemplaba.

Dióse inmediatamente comienzo á la ceremonia solemne, presentando el Sumo Sacerdote ancha copa de oro llena de incienso á Calpurnio

quien tomando con sus manos aquélla, derramó su contenido en el pebetero del ara, formándose en seguida densas nubes de humo que envolvieron la gigantesca estatua del Dios Júpiter, á cuyos pies prosternose el legado, mientras todos los circunstantes elevaban sus voces entonando un himno en honor del Padre del Olimpo Pagano.

Después de Calpurnio, fueron ofreciendo el sacrificio del incienso y la sal, las autoridades, los senadores, los équites y demás ciudadanos del Imperio; aumentando con ésto las nubes que se cernían en la amplia nave y que casi impedían la visualidad de ella.

De pronto la voz metálica é imperiosa de Calpurnio, elevose sobre aquel ruido general, preguntando por el Senador Liberio.

Nadie le había visto.

Mandó aquél, que, con la mayor brevedad fuese buscado en su domicilio, ó donde le encontrasen y que de grado, ó por fuerza, fuese conducido al templo.

Al escuchar tales palabras, prodújose un religioso silencio y los semblantes del Pretor Lucio Serenio y del Jefe de las legiones Cayo Flaminio, reflejaron sus más íntimos pensamientos. Ninguno, sin embargo, notó esta circunstancia, excepción hecha del legionario Cornelio que, desde un rincón del templo, presenciaba la ceremonia y examinaba á los circunstantes.

Transcurrieron algunos momentos y después, á una señal del Procónsul, continuaron los sacrificios, interin aparecían los emisarios enviados por el Senador.

Pasó más de una hora, y cuando la ceremonia tocaba á su fin, regresaron aquellos manifestando que Liberio no se encontraba en su casa, y sus esclavos ignoraban por completo donde pudiera encontrarse.

—¡Por la Laguna Estigia!—dijo Calpurnio.
—Es preciso averiguar su paradero.

—Yo sé donde encontrarlo—dijo entonces el legionario Cornelio, adelantándose á través de la muchedumbre y prosternándose ante el legado.—Si quieres ¡oh Calpurnio! que sea conducido á tu presencia, envía conmigo una escolta y cumpliré tu orden.

—Un decurión y diez legionarios irán contigo. Y muerto ó vivo lo traes.

—Es inútil ese alarde—gritó una voz vibrante desde la puerta.—Aquí está Liberio—y el mencionado Senador, firme y tranquilo, compareció ante el Legado que le miró con asombro.

—Me han dicho que me buscabas. ¿Qué me quieres?

—¿No sabes que hoy ofrecen á Júpiter solemne sacrificio todos los ciudadanos romanos?

—Sí.

—¿Y no has comparecido como todos?

—No.

—¿Por qué?

—Porque yo no sacrifico á tus Dioses.

—¿Eres cristiano?

—Sí—dijo con admirable entereza Liberio.

Una nube de cólera veló los ojos del Procónsul, al oír aquella contestación. Procuró, empero, contenerse, y con afectada tranquilidad, preguntó de nuevo en medio del silencio sepulcral en que se desarrollaba aquella escena:

—¿He oído bien?

—Sí. Te he dicho antes y repito ahora, que no sacrifico á tus Dioses, porque soy cristiano.

—¿Ignoras, por ventura, las órdenes del César?

—No me son desconocidas.

—¿Sabes que el ciudadano romano que profese la abominable doctrina de Cristo, pierde aquella condición?

—Lo sé.

—¿Sabes que sus bienes serán confiscados para el Erario público?

—No lo desconozco.

--Sabes, por fin—rugió Calpurnio, á quien la tranquilidad de Liberio exasperaba,—que pagará con su vida la desobediencia de Maximiano?

—Aquí tienes la mía—dijo el Senador entreabriendo por el pecho los pliegues de su toga.

Al escuchar tales palabras, púsose rojo de cólera el Procónsul, requirió su mano la empu-

ñadura de su espada, que llevaba al cinto, y cuando en vista de tal movimiento, los pretorianos iban á lanzarse sobre el Senador para arrebatarle la vida, logró serenarse Calpurnio, y con voz ahogada, pero suficientemente clara para hacerse oír:—¡Prendedle!—dijo.

Dos pretorianos se destacaron en seguida del grupo, y pusieron sus férreas manos en los hombros de Liberio que, sin ofrecer ninguna resistencia, dejose conducir por sus guardianes. Estos á empellones le hicieron salir del templo, conduciéndole á una mazmorra de la cárcel pública, donde le dejaron con grillos y cadenas, como si fuera un empedernido criminal.

Terminose con este trágico incidente la ceremonia, desalojose el templo con presteza, llevando muchos el temor en sus corazones; y tropas, équites y pueblo fuéronse disgregando por las amplias vías, no sin que cambiasen entre sí una larga y profunda mirada Lucio y Cayo Flaminio, que fué también sorprendida por el sagaz y traidor legionario que, á hurtadillas, vigilaba á entrambos.



X

VIVAMENTE impresionado Marco Serenio por las rotundas afirmaciones de Eulalia y Julia respecto á su religión, salió de casa de ellas y encaminose á la propia, buscando en su imaginación el medio de que la mujer á quien tanto amaba, no sufriese persecución alguna.

Metido en su aposento daba mil vueltas á su cerebro, y de pronto, como iluminado por algún feliz pensamiento, mandó llamar al liberto Rufo que, poco después, se presentó ante él.

—¿Qué ordenas?—preguntó el liberto.

—Escucha, Rufo. Ya sabes que amo á la hija de Liberio.

—Sí.

—¿Y sabes también que Eulalia es cristiana?

—Hace mucho tiempo.

—¿Pues entonces conocerás el peligro que corre ella y su familia?

—¿Por la persecución de que van á ser víctimas los cristianos?

—Ciertamente.

—No se me oculta, en verdad.

—Pues es preciso, á toda costa, sustraerla á ella y su familia de las justas iras del Legado.

—Tú dirás cómo.

—He pensado avistarme con el padre, decirle la situación falsa en que se encuentra y persuadirle á que abandone Emérita.

—¿Y si se niega?

—No se negará.

—Pero si ocurriese lo contrario?

—Entonces, yo pienso arrebatarla á su padre, y en unión de Julia, llevarla á nuestra quinta de la Bética.

—Lugar seguro es.

—Para eso cuento contigo.

—Haces bien, Marco, porque nadie te servirá mejor.

—Prepara una litera, escoge una docena de esclavos de confianza y aguarda á que te avise.

—Así lo haré.

—¿Cuentas con algunos amigos entre los legionarios?

—Bastantes.

—¿Y entre los que guarden las puertas?

—También.

—¿En la Judiciaria?

—Precisamente en esa, ha tiempo que tengo gran amistad con Cornelio, un albanés, que ejerce mucha influencia entre sus compañeros.

—Me alegro, porque de él habremos de servirnos.

—Le hablaré oportunamente.

—Y dame cuenta de lo que te diga. Toma —añadió Marco, entregando al liberto una repleta bolsa,—por si necesitas hacer algunos gastos extraordinarios.

Cogiola éste, saludó, y abandonó la estancia dejando solo á Marco.

No perdió éste mucho tiempo en cavilaciones. Resuelto, como hemos visto, á poner en práctica su plan, volvió de nuevo á casa de Liberio, y preguntando por él hízose conducir á su presencia.

Saludáronse ambos con el afecto que ya sabemos existía entre las dos familias, y sentados uno frente á otro, dió comienzo Marco á la conversación diciendo:

—No extrañes ¡oh Liberio! que conociendo la sincera amistad que me dispensas, me ocupe de tus asuntos.

—¿Qué ocurre?

—Notoria es ya en Emérita la decidida voluntad del Procónsul de perseguir á los cristianos.

—Ya lo sé.

—He sabido, no importa cómo, que tú y los tuyos profesais tal religión.

—Cierto es.

—Y por lo mismo, que estais expuestos á ser víctimas de los furores de Calpurnio.

—Dios nos manda acatar sus designios, y espero lo que quiera enviarnos.

—Tu Dios, Liberio, no puede mandarte que expongas tu vida inútilmente.

—Sí es en defensa de su fe, todo sacrificio es pequeño.

—¿Aun tratándose de Eulalia?

—Mi hija es tan fervorosa creyente como yo.

—¿Pero no comprendes que puede peligrar la vida de la hermosa doncella?

—Sí.

—¿Y no te apena que tan joven y delicada como es, sea objeto de malos tratos.

—Ciertamente que me duele. Pero qué hacer?

—Ocultaros por ahora.

—Ya he pensado en ello, no por mí ciertamente, sino por mi hija y por Julia.

—¿Y estás resuelto?

—Aún dudo.

—Pues no dudes—exclamó impetuosamente Marco,—realiza ese pensamiento cuanto antes, pues pasados tres días, todo ciudadano romano tendrá que ofrecer sacrificio á los Dioses en el Templo de Júpiter.

Quedó meditabundo un instante Liberio y por último exclamó.

—Lo haré.

—¿Piensas retirarte á Ponciano?

—Sí.

—Aunque no me parece mal ese retiro, no

olvides que en el límite de Lusitania con la Bética, tiene mi padre una hermosa quinta de la que puedes disponer siempre.

—Gracias.

—Y que yo y todos los míos seremos contigo si nos necesitas.

Sonriose plácidamente Liberio al ver el entusiasmo con que hablaba Marco, por serle ya conocido el verdadero objeto de tantos cuidados, y dijo con sencillez á éste:

—Siempre mantuve con tu padre estrecha y sincera amistad que el tiempo ha consolidado, pero veo gustoso que tú continuas aumentándola.

—¿Cómo no, si desde niño, á ti y á tu hija he considerado como cosa propia?

—¿Aun siendo cristianos?

Enrojecieron las mejillas del mancebo al escuchar tales palabras y la fina ironía de que iban impregnadas.

—Sí—repuso emocionado.—Los Dioses me son testigos de la violencia que me cuesta mirarte partidario de una religión que tanto perturba al Imperio, pero la amistad antes que nada.

—¿Y no andará también por medio el amor?—repuso bondadosamente Liberio.

Aumentaron estas palabras el vivo carmín de las mejillas de Marco, que no supo al pronto qué replicar.

—¡El amor! el amor á quién?—dijo después de unos instantes.

—A alguna persona de mi familia, Julia, por ejemplo.

—No; quiérola con fraternal afecto desde que en tu casa ocupa lugar de hija.

—¿Eulalia acaso?

Nuevo rubor enrojeció á Marco que, dejándose llevar de su natural sinceridad, exclamó:

—Sí, por cierto. No he de ocultarte que á mi vuelta de Grecia y Roma, me sorprendí encontrando transformada en hermosa mujer la que dejé juguetona niña. ¿Te contraría, por ventura, este sentimiento?

—No, ciertamente. Será un nuevo lazo entre tu familia y la mía, si Eulalia no se opone. Pero he de manifestarte que la diferencia de religión será un obstáculo á tu cariño.

—Yo haré que Eulalia vuelva sus ojos á nuestros Dioses.

—Empeño inútil.

—¿Quién sabe? Cupido y Vénus poseen más atractivos para las doncellas que ese Cristo al que adorais vosotros—repuso con petulancia el mancebo.

Volvió á reir bondadosamente Liberio y sólo respondió:

—Inténtalo y te convencerás de lo contrario.

En esto las sombras del crepúsculo vespertino comenzaron á extenderse por la habitación,

y Marco se despidió de Liberio, quedando con éste en que una vez instalados en Ponciano iría á verles.

No mucho después de la comida, recibió el Senador encargo de Serenio, por medio de Rufo, para que le visitara en su palacio, y en compañía del liberto fuese á verle, siendo observada su marcha y vuelta por el legionario Cornelio, como ya se dijo oportunamente.

¿Qué ocurrió para que tan inopinadamente volviese de Ponciano Liberio el mismo día en que desde el Templo de Júpiter le mandó buscar con tanta prisa el nuevo Procónsul?

No tardaremos en saberlo.

XI

QUÉ hermosa perspectiva se ofrecía á los asombrados ojos del viajero desde el punto en que se encontraba enclavada la posesión que en Ponciano tenía Liberio!

Lujosos y placenteros jardines de naranjos y limoneros, cubiertos de flor, rodeaban por completo el edificio, que mostraba entre ellos sus esbeltas líneas; prados rientes esmaltaban con su verdor la campiña; amplios huertos de olivos que exhibían sus retorcidas ramas cargadas del oleaginoso fruto, aparecían á continuación; y por último las rojizas piedras y pizarras del lejano monte se confundían en lo infinito con los azules reflejos del cielo que ostentaba entonces toda su belleza primaveral.

Grupos de árboles frutales mostraban sus diversas tonalidades de verde, ocultando en su espesura infinidad de pájaros canoros que, con sus trinos y arpegios, alegraban el aire; álamos, abetos y cipreses, como elevadas plumas,

cimbreaban sus copas al impulso de la tenue brisa, y un bosque de rosales y madreselvas embalsamaban el ambiente con sus delicados perfumes y esencias.

Delante del *atrium* que daba ingreso á la casa, una pequeña fuente con receptáculo de mármol blanco, elevaba el surtidor de claras linfas, y el sol rompiendo en ellas los brillantes rayos, irisaba sus gotas, que semejaban al caer, menudas perlas y valiosas chispas de diamantes.

Un *velarium* de tela á listas blancas y azuladas resguardaba del sol la parte del patio en que aquel descargaba sus rigores, librando de este modo la existencia de las flores y plantas que en hermosos jarrones etruscos, ostentaban sus colores y matices.

Sentados en cómodos sitios de madera se encontraban Liberio, Eulalia y Julia, mientras la sierva Eudisia inundaba de aguas olorosas las pizarras blancas y negras que formaban el pavimento.

Tenían las jóvenes á sus lados respectivos, hermosos canastillos de mimbrés, donde iban colocando las albas túnicas y vertiduras de lana ibérica que trabajaban para los cristianos pobres, y en tanto que sus hábiles manos daban forma á aquéllas, seguían la conversación entablada con el padre.

—No os lamenteis, hijas mías—decía éste,—de la forzosa separación de nuestros hermanos.

La prudencia aconseja, por ahora, abandonar á Emérita hasta que el nuevo tirano, mejor aconsejado, deponga su actitud.

—Estando contigo ¡oh padre!—respondió Eulalia, —yo me encuentro bien donde quiera.

—Digo lo mismo—añadió Julia.—Vosotros sois mi única familia, y á vuestro amparo debo mis más gratas alegrías

Miró Liberio con cariño aquellas encantadoras cabezas, y repuso:

—Precisamente porque en vosotras cifro mi ventura, he accedido á las indicaciones de Marco y de su padre. Ellos cuidarán de avisarme cuando haya desaparecido el peligro.

—¿Y Donato, vendrá á vernos?—preguntó Eulalia.

—Así lo ha prometido.

—¿Pero no será ahora más necesaria su presencia allí para sostener en la fe á los cristianos?—indicó Julia.

—Muchos otros sacerdotes de igual sabiduría tiene nuestra Iglesia—respondió Liberio—que podrán sustituirle, y á nosotros permitirnos el placer de hospedarle.

—Celebraré que no olvide su promesa.

—Yo ruego á Dios que la cumpla en breve.

—También Marco nos hará alguna visita.

—¿Es cierto?—pregunto Julia con rapidez.

—Sí; parece que hay algo que le atrae á esta casa.

Vibraron con precipitación las cuerdas del corazón de la hermosa morena, mientras Eulalia sonreía con placidez.

Sorprendió su padre esta sonrisa é interpretándola equivocadamente, añadió, dirigiéndose á su hija:

—¿Te alegrarás de verle?

—¿Por qué no? Es un amigo de la infancia á quien siempre veo con gusto.

—¿Le amas acaso?

—Como amigo, sí.

—¿Y nada más?—insistió Liberio.

—Nada más.

—Pues él siente por tí verdadero amor.

Palideció Julia al escuchar tales palabras, sin que Liberio se diera cuenta de ello. No así su hija que la dirigió una mirada cariñosa.

—¿Quién te ha dado tal noticia, padre?

—Él mismo.

Aumentó la turbación de Julia.

—Al indicarme la conveniencia de que nos ausentáramos de Emérita en estos días, me confesó su amor á tí.

—¿Sabe que soy cristiana?

—Y lo deplora. Pero confía en que nuevamente confieses á los Dioses.

—¡Jamás!

—Eso mismo le dije yo. Venus y Cupido—me replicó—tienen más influencia en las doncellas que ese Cristo á quien adorais.

Como si al escuchar tales expresiones las fuerzas de Julia se hubiesen agotado, vaciló en su asiento, y hubiera caído al suelo, si los brazos de Eulalia, que no la perdía de vista, no la hubiesen recogido amorosamente en ellos.

Acudió también Liberio á sostenerla, y preguntando á su hija si aquella estaba enferma, dijo Eulalia compasivamente:

—Es peor. Está enamorada.

—¿De quién?

—De Marco.

—¡Oh mísera! Y yo que no sabía nada...

Acudió Eudisia llamada por Liberio, y entre ella y Eulalia, transportaron á Julia á su habitación, donde también quedó Eulalia cuidándola.

Desesperábase el bueno de Liberio de haber producido con sus imprudentes palabras aquella impresión en Julia, cuando el galopar de dos caballos, que por la vecina calzada militar se encaminaban á la quinta, hizole fijar su atención, y poco después, el joven Marco y su liberto Rufo que le acompañaba, hicieron entrada en la misma y le saludaron.

Dirigió Rufo sus pasos á las dependencias de la quinta, llevando del diestro á los dos corceles, que llegaban bañados en sudor, mientras su amo entablaba animada conversación con el Senador.

—¿Qué ocurre—preguntó éste al mancebo—para que hayas emprendido un viaje tan preci-

pitado? Acaso Calpurnio, desiste de sus propósitos?

—Al contrario, persiste en ellos con más fuerza, y noticioso de que estás ausente, está decidido á buscarte por toda Lusitania si no compareces en el Templo de Júpiter.

—¿Quién le ha informado de que no estoy en Emérita?

—Una imprudencia de Rufo mi liberto.

—Pues cómo?

—Escucha. Creyendo éste que Cornelio el legionario de la puerta Judiciaria, no sólo era amigo suyo, sino que podía contar con él en cualquier evento, se dejó sonsacar por aquél que ya tenía sospecha, y que había espiado tu entrada en casa de mi padre la noche misma de vuestra fuga.

—¡Qué torpe!

—Ciertamente. Y gracias que más tarde enmendó su falta, embriagándole y descubriendo que está vendido á Calpurnio.

—¿Y qué he de hacer?

—Mi consejo leal, y el de mi padre, á quien he puesto en antecedentes, es que regreses á la ciudad.

—¿Sólo?

—Sí.

—¿Y mi hija? y Julia?

—Ya cuidaremos de ellas. Mi padre ha pasado aviso á Donato, y éste me sigue de cerca. No tardará en presentarse.

—Por ese lado estoy tranquilo. Poco me importa volver aun cuando corra algún peligro.

—Ninguno. Mi padre será garantía de ello. No creo que el legado intente prenderte siquiera, pero si lo hace... ¡ah! si lo hace, juro por el Leteo que te sacaré de la prisión.

Agradeció mucho Liberio la enérgica decisión de Marco, y con objeto de que este descansara de su viaje y refrescara, llevole á su aposento y mandó servirle varias bebidas á las que hizo cumplido honor el hijo del Prefecto.

No bien hubo terminado el refrigerio se escuchó la voz del anciano Donato que demandaba licencia para entrar.

Apresurose Liberio á salir á su encuentro, besole las manos, haciéndole sentar al propio tiempo en el sitial más cómodo y tomar alguna cosa.

Confirmadas por Donato las noticias anticipadas por Marco, y la seguridad de que él acompañaría á las dos jóvenes en la ausencia de Liberio, quedó convenido que éste regresaría á Emérita después que el joven, á cuyo intento dejó Marco en Ponciano á Rufo para que le escoltara.

He aquí cómo pudo presentarse ante Calpurnio con tal oportunidad en el Templo de Júpiter, el mismo día del sacrificio á este Dios.

XII

No eran muy halagüeñas seguramente las reflexiones que Liberio haría en su mazmorra. La soledad y el tiempo transcurrido desde su encierro dejaron ancho campo á su razón para que formulase el juicio que su situación le merecía.

Recordaba las comodidades de su casa, el cariño de su hija, el respeto de Julia, el afectuoso cuidado de sus siervos, á quienes había concedido la libertad y que continuaban á su servicio, seguros de no encontrar en parte alguna un amo tan considerado y generoso. Todas estas cosas pasaban por su imaginación y le sumergían en una tristeza, que aumentaba el peso de las cadenas que sujetaban su cuerpo y la frialdad de la pequeña y sombría estancia que le servía de prisión.

No por eso se amilanó su corazón esforzado. Considerando que todos aquellos sufrimientos tenían por causa la profesión de las doctrinas

del Crucificado y su negativa á ofrecer sacrificios á los falsos Dioses, encontraba en su conciencia la tranquilidad necesaria para perseverar en sus propósitos; y en su fe religiosa la constancia precisa para desoír la voz del egoísmo.

Viniéron á su mente las conversaciones sostenidas con el sacerdote Donato, las sencillas palabras de éste, predicando las excelencias del cristianismo, el desprecio de los bienes terrenales, la existencia de una vida futura en la región de la Verdad, donde cada uno recibirá el premio de sus acciones en este mundo, el goce espiritual de la presencia de Dios en la eternidad de los siglos, y la felicidad suprema de los bienaventurados, y poco á poco llenose su alma de la resolución de los héroes y de la resignación de los mártires.

Comparó el cuadro disoluto de la sociedad romana, sumida en los más torpes vicios, perdida la honestidad en las costumbres, en auge el desenfreno, en disolución las familias más distinguidas, con la pureza de las doctrinas cristianas que prescribían la sencillez, el recato y la justicia, que proclamaban la igualdad de los hombres ante Dios, padre común de todos, y que como hermanos consideraba á todos los linajes de la tierra, y no pudo menos de confesarse á sí mismo la superioridad de ésta sobre las anteriores. Jurose, por lo tanto, perseverar en sus creencias, no cejar en su propósito de

confesar su amor á Cristo, y sufrir por Él todas las vicisitudes y contrariedades que pudieran sobrevenir.

En esta situación de ánimo le sorprendieron los pasos del carcelero que se aproximaban. Sonaron los cerrojos y barras metálicas que aseguraban la puerta, abriose ésta y apareció en el dintel el guardián que, despojando á Liberio de sus grillos y cadenas, condujo á éste, que presenciaba estupefacto tal conducta, en medio de un patio en que aguardaba una litera custodiada por cuatro pretorianos con las espadas desnudas.

Introdujo á Liberio en la litera; dos robustos esclavos cargaron con ella y escoltados por los soldados del Pretorio, y sin que nadie pronunciase una palabra, salieron de la cárcel, atravesaron la ciudad, llegaron al palacio del Procónsul, y con igual silencio, hiciéronle descender de ella, y le llevaron finalmente á la presencia de Calpurnio.

Despidió éste la escolta y una vez solos él y Liberio, ofreció á éste un sitio y tomando asiento en otro contiguo, le dirigió la palabra en la siguiente forma:

—Los Dioses me son testigos, Liberio, del verdadero sentimiento que me produce tu estado, y del deseo que me anima en favor tuyo.

Liberio quedó mirando fijamente al Procón-

sul, como queriendo adivinar la veracidad de sus palabras, pero no despegó los labios.

—No creas—prosiguió aquél—que hay dolo ni engaño en cuanto te digo. Vine precisado á proceder contra tí, en el Templo de Júpiter, en vista de tu pública negativa al mandato de Maximiano; pero después he reflexionado, y quiero conversar contigo para amoldar mi resolución definitiva á tus palabras.

—Ya te escucho—dijo solamente Liberio.

—Un hombre de tu condición, individuo del Senado, que disfruta grandes riquezas y es querido en toda la Lusitania, debe ser uno de los más leales servidores del César Augusto, que simboliza el poder y representa la patria.

—Siempre fui respetuoso con él.

—Lo sé y por eso me extrañó tu conducta en el pasado día.

—Pues no hay motivo de extrañeza.

—¿Cómo no?

—Mi religión dice: «Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César». Eso hice.

—Pero esa falsa religión está proscrita en Roma.

—Más de trescientos años han pasado desde que su divino fundador la predicó, y á pesar de las múltiples persecuciones de que ha sido objeto, crece cada día el número de sus creyentes.

—Entre la plebe y los esclavos.

—No. En todas las clases sociales. Yo soy una prueba de ello.

—Estás engañado y quiero desengañarte.

—Inténtalo.

—A eso voy. En los siglos anteriores no ha habido verdadera energía para extirparla. Los legados y Procónsules, siempre en guerras con los enemigos de Roma, han podido dedicar poco tiempo á esa tarea que, por otra parte, era secundaria para el Imperio. Hoy han variado las circunstancias. Maximiano, vencedor de los galos, germanos y persas, á quienes han ayudado abiertamente los sectarios de esa doctrina, quiere castigarlos duramente para asegurar la paz del Imperio.

—Mal camino emprende.

—El único posible. Dejando esa mala semilla no habrá un día tranquilo.

—Te equivocas, Calpurnio. Nunca los cristianos negaron el concurso de sus personas y bienes á los Césares para las guerras que asolaban á Roma. De Emérita han salido siempre las mejores legiones, y yo mismo he combatido en Iliria, Persia y Macedonia.

—No lo ignoro, y de ahí que haya querido hablarte no como Procónsul sino como compañero.

—Yo te lo agradezco. Pero no se me alcanza por qué ha de ser un peligro el ciudadano que confiesa á Cristo y no lo es el que sacrifica á los Dioses.

—Ignoras ¡por Júpiter! que todo el poder de

Roma, desde su fundación estriba en el favor que le dispensaron sus deidades tutelares? ¿Acaso cuando ellas no nos eran propicias, no sentíamos la vergüenza de la derrota?

—No al favor de los Dioses, sino al valor de los generales y tribunos, eran debidos los triunfos de las águilas romanas. De sus cohortes han formado y forman hoy parte infinidad de cristianos, que se han distinguido como pocos en la pelea.

—No te lo niego. El ejemplo de los demás les impulsaba.

—Y su propia estimación. No obsta profesar la fe de Cristo, para ser un buen ciudadano y amar la patria y sus grandezas.

—Veo que no quieres convencerte.

—No deseo otra cosa, pero hasta ahora no me has dado ninguna razón.

—¿Te parece que no es razón la voluntad del César Augusto?—preguntó con alguna violencia Calpurnio.

—En eso no.

—¿Qué dices?

—La verdad. Tratárase de pagar un nuevo impuesto, ó prestar algún servicio y acataría sumiso la voluntad imperial. Pero en cuestión de conciencia no me impone su mandato. El cree en Júpiter y Apolo. Yo en Jesucristo y su doctrina.

—No seas insensato, Liberio—dijo el legado procurando contener su indignación.

—¿No querías conocer mi manera de pensar?

—Sí

—Pues ahí la tienes. Con sinceridad me preguntas y con franqueza te respondo.

—Demasiada franqueza es, pero al fin, estamos solos y nadie escucha tus palabras imprudentes.

Para que veas cuán inclinado estoy á tu favor —añadió,—quiero manifestarte por completo mi pensamiento. Aunque no me has convencido, acepto tus razones. Acepta tu también mis consejos.

—Dílos.

—Como el número de habitantes de Eméríta es grande, no pudieron todos ofrecer sacrificios á Júpiter el primer día, y el templo sigue abierto para que concurran á él los que faltan.

—Y bien, qué?

—Ven conmigo. Ofrece en el ara un puñado de incienso al padre de los Dioses, y eres libre.

—No puedo aceptarlos. Tus consejos repugnan á mi conciencia.

—Pero si no te impongo la creencia! Acaso tampoco crea yo—añadió mirando con malicia á Liberio;—sólo te pido ese acto externo que á nada te compromete y á mí me deja bien con Maximiano.

—¡Imposible!—murmuró con agitación el prisionero.—Mi religión es enemiga de esas farsas y la maldición de Dios caería sobre mi cabeza, si accediese á lo que pides.

—¿Crees, por ventura, desgraciado, que vas á sacarla libre de tu encierro?—rugió Calpurnio con las facciones descompuestas por la cólera.

—Puedes hacer lo que quieras.

—Ahora lo verás. Ya que desoyes la voz amiga que te aconseja, sufrirás las consecuencias de tu obstinación.

—¡Hola!—exclamó.

Abriéronse las puertas y penetraron de nuevo los pretorianos á los que con voz irritada y ademán resuelto, dijo Calpurnio señalando á Liberio:

—¡Volvedle en seguida á su prisión!

XIII

TRANSCURRÍAN mientras tanto veloces las horas y los días y en Ponciano parecía haber fijado su trono la tristeza.

Eulalia y Julia, fiel y cariñosamente acompañadas de Donato, dejaban pasar los días ocupadas, ya en sus labores, ya en sus prácticas religiosas, pero sin que asomase á sus bellos semblantes la franca y pueril alegría que disfrutaran antes.

Todo el tema de sus conversaciones era el estado de Liberio, su prolongada prisión, y los medios que sería preciso escogitar para volverle á su lado.

El anciano sacerdote calmaba estas impaciencias con sus prudentes palabras, animaba sus espíritus conturbados con dulces frases de consuelo y procuraba distraerlas para que no pensasen tanto en ello.

De vez en cuando recibían la visita del joven Marco, que traía noticias de la Ciudad y parti-

cularmente de Liberio, cuya salud era excelente y cuya prisión se iba dulcificando por encargo del Procónsul, que no perdía la esperanza de obtener de él lo que solicitaba, en cuya obra ponía todo su empeño, por la resonancia que alcanzaría en toda Lusitania la conversión del prestigioso Senador.

En estas visitas, que menudeaba todo lo que podía Marco, siempre hallaba á las jóvenes acompañadas de Donato, bien en los paseos del jardín, bien en las cómodas habitaciones de la quinta, donde se guarecían en las calurosas horas de la tarde, hasta que el sol poniente dejaba de herir la tierra con sus ardientes rayos.

En una de éstas, deseoso Donato de catequizar al gentil mancebo, cuyo amor á Eulalia iba en aumento, dejó solas á las jóvenes, que proseguían sus caritativas obras de costura, y en unión de Marco, salió al espacioso jardín, por cuyos senderos emprendieron el paseo.

— ¡Hermosa tarde! — dijo Donato contemplando el amplio horizonte que desde allí se distinguía.

— Hermosa es en verdad — respondió Marco.

— ¡Cómo sentirán no disfrutar de ella aquellos á quienes se les ha privado de la libertad!

— ¿Te refieres á Liberio?

— A él y á todos los que se encuentran en igualdad de circunstancias. No ignoras que van llenándose las cárceles de cristianos.

—Culpa de ellos es—respondió malhumorado Marco.

—No. De la voluntad de Calpurnio.

—¿Por qué se niegan á sacrificar á los Dioses?

—Porque nuestra religión lo prohíbe.

—¿Y qué trabajo les cuesta obedecer al legado?
¿Acaso por eso dejarían de pensar como quisieren?

—Eso sería un engaño indigno.

—No lo veo yo así.

—¿Sacrificarías tú á Cristo, si nuestra doctrina admitiese tales sacrificios?

—¿Por qué no? Un Dios más donde tantos hay no sería motivo de discordia.

—¿Cómo entonces el César no lo consiente?

—Porque no se conforman con eso los cristianos, sino que además, en su odio á los Dioses, ayudan constantemente á los enemigos del Imperio.

—¡Que tal digas!

—Es cierto.

—¿Has visto alguna vez, desde que estás en Emérita, motín, alboroto ó rebelión que inicien los cristianos?

—No por cierto.

—¿Has sabido que iniciados por otros les secunden?

—Tampoco.

—Esa sinceridad hace honor á tu franqueza, pero deja mal parada tu imparcialidad.

—¿Cómo?

—Si los cristianos de Emérita ni promueven rebeliones ni las secundan, ¿cómo les consideras favorecedores de los enemigos del Imperio?

Quedó confuso Marco, sin acertar á responder nada.

—Confiesa—añadió Donato—que la mala opinión que de los cristianos tienes, no se funda en ningún hecho cierto.

—No lo recuerdo ahora—dijo aquél balbuciente,—pero existe, y además, Emérita no es todo el Imperio.

—Cierto. Pero en cuantas provincias lo integran, es igual la conducta que observan.

—Te ciega la pasión.

—A tí el rencor te nubla el entendimiento. Yo hago justicia á tus cualidades, Marco: eres bueno, generoso, la corrupción de las costumbres romanas no te ha privado de tu nativa sencillez, pero el orgullo te aconseja despreciar la nueva doctrina.

—¿El orgullo?

—Sí. Tú, ciudadano romano, miembro de una familia respetable y heredero de un nombre distinguido, no puedes considerar nunca como igual tuyo al esclavo que te sirve ó al plebeyo que te enoja.

—Y así es.

—Y sin embargo te equivocas.

—¿Por qué?

—Porque el esclavo de ahora, fué hombre libre antes. La guerra le redujo á tal estado, como puede reducirte á tí mañana.

—¡Jamás!—respondió con arrogancia Marco.—El ciudadano de Roma, por huír de la esclavitud, muere en el campo de batalla como ciudadano y como guerrero.

—Jesucristo, en cambio—añadió Donato,—considera iguales á todos los nacidos; para Él no hay distinción de clases, y lo mismo los patricios que los plebeyos, de igual modo el legionario que el industrial, son hijos de un solo padre y tienen iguales derechos y deberes.

—Eso es una locura.

—Es una gran verdad á la cual acabarás por rendirte.

—Lo dudo.

—No dudes, porque yo espero convencerte. Óyeme. ¿Tú amas á Eulalia, según me has dicho?

—Es cierto.

—¿Y la harías tu esposa, si ella correspondiese á tu cariño?

—Exacto.

—¿Si fuese esclava la amarías lo mismo?

—Tenlo por seguro.

—Y compartirías con ella tu suerte?

Quedó pensativo un momento el mancebo, y al cabo dijo:

—No.

—¿Qué amor, pues, es el tuyo que se cimenta



en la condición social y no en las cualidades de la persona?

No respondió Marco.

—¿Eulalia es hermosa, discreta y hace latir tu corazón?

—Sí.

—¿Perdería estas cualidades que la adornan por el hecho de ser esclava, en lugar de ser hija de un Senador?

—No.

—¡Y sin embargo modificaría tu resolución! ¡Oh Marco! Eres injusto, ó no estás verdaderamente enamorado de ella.

Protestó de esta última parte el mancebo, pero Donato, sin hacerle caso, continuó:

—¿Sabes que es cristiana?

—Por mi desventura.

—¿Tú confiesas que crees en los Dioses?

—Los acepto.

—Y sin embargo de esta diferencia de religión tu amor no disminuye?

—Ni un momento.

—Pues si cristiana la adoras, y por serlo es igual que los esclavos, claro es que la harías esposa tuya aun teniendo esta condición. Ya te vas aproximando á nuestras creencias.

Oyose el rumor de las voces de las jóvenes que por el mismo sendero se acercaban y uniéndose ambos grupos, continuaron así durante algunos minutos.

Marco, empero, que no podía sujetar los impulsos de su corazón, adelantose un poco con Eulalia, mientras Donato conversaba con Julia, que, de vez en cuanto, suspiraba hondamente.

—No acabo de comprender, Eulalia, tu manera de ser conmigo—dijo el enamorado mozo.

—¿Qué encuentras de extraño en ella?

—Que me recibes con alegría y luego te enojas cuando te hablo de mi amor.

—¿Y hay en eso inconsecuencia?

—Sí.

—No lo veo yo de igual modo. Al verte experimento la satisfacción que nos produce un buen amigo, aumentala ahora, porque traes noticias de mi padre. Después, cuando me diriges amorosas palabras, siento que experimentes por mí tal pasión pues yo no puedo quererte más que como á un hermano.

—Ya llegará día en que varíes de opinión.

—No lo esperes, Marco.

—¿Por qué razón?

—Por que yo pienso dedicar mi vida á Jesucristo.

—¿Y quieres que yo comparta contigo una religión que me roba tu cariño? Nunca. Ahora la odio más.

—¡Hay tantas mujeres á quienes puedes dedicar tu afecto!

—Para mí no hay ninguna más que tú, por que todas valen menos que tú.

—Eres injusto. Mira á Julia, tan graciosa, tan buena? Por qué no te diriges á ella?

—Porque sólo la quiero como á hermana tuya.

Oyose como un gemido á poca distancia, y al volver ambos jóvenes la cabeza, vieron inmediata á ellos á Julia que pálida y llorosa se apoyaba en el tronco de un árbol.

Corrió Eulalia en auxilio suyo enlazándola con sus brazos, en los que se dejó caer la gentil morena murmurando:

—¡Qué buena eres, Eulalia!

Algo debió sospechar Marco de lo que pasaba en el corazón de aquélla, porque la dirigió una mirada llena de conmiseración.

Eulalia, en tanto, prodigaba sus caricias á Julia y la decía:

—Como hace bastante calor aún y tú te encuentras delicada, no te sienta bien el ejercicio. Sentémonos en un banco,—y se dirigió al que más inmediato estaba; pero Donato que la venía acompañando y pudo darse cuenta de que las palabras de Marco habían producido aquel trastorno, encontró más razonable retirarla de allí, y todos volvieron á la quinta, marchando seguidamente ambas doncellas á sus particulares habitaciones, donde continuó consolando á Julia con sus cariñosas frases, la hermosa rubia, cuyo corazón valía más que todos los encantos personales que la adornaban, con ser estos tantos en número.

XIV

Todo era júbilo y animación en Emérita el día en que había de celebrarse en el Circo Máximo la prometida fiesta que anunció Calpurnio al posesionarse de su cargo de Procónsul.

Desde bien temprano estaban abiertas las amplias puertas que daban acceso á los departamentos ó gradas de la plebe y de los esclavos, separadas por recios muros de las destinadas á los sacerdotes, senadores, équites y militares, y aquellos se fueron llenando de una muchedumbre abigarrada y bullidora que comía, bebía y reía locamente, esperando el comienzo de una fiesta en la que, seguramente, habían de disfrutar de fuertes emociones.

Habíase anunciado la víspera que el espectáculo sería brillante, pues además de los bizarros luchadores ya conocidos, habría carreras de *cuádrigas* por los jóvenes más apuestos del patriciado, juegos de *discóbolos*, carreras á pie, ejercicios de destreza y habilidad, y por último

la gran sorpresa de presentar en la arena varios centenares de cristianos, á los que se les exigiría que ofreciesen sacrificios á los Dioses, en el ara que oportunamente se pondría en el centro, y si se negaren á ello, pagarían con sus vidas tal negativa.

De propósito había omitido Calpurnio en el bando la clase de muerte que sufrirían aquéllos, y así cada espectador escogitaba en su mente la que creía más á propósito, para purgar el terrible crimen de desobediencia al César y de profesar la doctrina de Cristo.

Por la puerta Frumentaria, que era la más inmediata al Círculo, pasaban sin cesar hombres, mujeres y niños, en unión de los legionarios francos de servicio, y toda aquella muchedumbre rodeaba la enorme masa del edificio, cuyos altos y robustos muros aparecían coronados por los semblantes hirsutos y emocionados de los esclavos, que ocupaban las más altas gradas de la parte Sur, en donde el sol descargaba con más furia la copiosa lluvia de sus ardientes rayos.

Las legiones recién venidas, al mando de Cayo Flaminio, se destacaban en la parte inmediata al sitio de honor que había de ocupar Calpurnio y tocaban casi la arena, dejando espacio suficiente para que Sacerdotes, Vestales, Senadores, y funcionarios públicos pudieran ver con facilidad los distintos números del espectáculo.

Era el Circo el monumento más grandioso de la Ciudad. Su longitud pasaba de 1.300 pies, su anchura de 460, y tenía 14 gradas y azoteas, donde podían tomar asiento comodamente más de 30.000 espectadores.

En el frente que daba á la Ciudad y en el semicírculo que formaba, se destacaba la puerta triunfal por donde salían los vencedores. En el extremo opuesto estaban las cárceles, que eran doce espaciosos cubículos, donde paraban los carros, cerrados por la parte interior con fuertes rejas de hierro, que se abrían al empezar las carreras.

Esta parte se llamaba el *Óppido* y servía para que en ella tomasen asiento los magistrados que sentenciaban el resultado de los juegos y carreras, y para que estuviesen á sus inmediatas órdenes, los sirvientes y empleados necesarios.

A los extremos de este frente se destacaban dos gruesas torres con anchas portadas, por las que tenían acceso los invitados, ingresando la parte oficial de ellos por la de la derecha, y por la izquierda los que no tenían este carácter.

En los otros tres lados del Circo existía un corredor abovedado, y en el muro, ingeniosamente colocadas, las diferentes escaleras que daban salida á los asientos.

Más allá, la puerta Sandapilaria que servía para dar salida á los cadáveres, estaba cerrada y custodiada por buen número de servidores,

que solamente la abrían cuando eran retirados de la arena los inertes cuerpos de los gladiadores ó esclavos que perdían su vida en las luchas.

En el centro del Circo, y más próximo á la parte Sur, estaba el basamento titulado la Espina, en cuyas inmediaciones se colocaban las tres columnas cónicas llamadas *Metas* que era el sitio destinado para decidir la victoria y aclamar al vencedor.

Sobre la puerta triunfal, se hallaba la grade-ría de los nobles y équites, y en frente de ella, la más vistosa y lujosamente decorada, se alzaba entre dos recios muros, la de las autoridades, destacándose en primer término el sitio del Pro-cónsul tapizado de púrpura y oro, que reflejaba sus colores en el espacioso y cómodo sitio de marfil que ocupaba la representación del César.

En los extremos de la Espina se habían erigido dos columnas unidas por una cornisa, sobre la que se colocaron siete delfines y siete grandes huevos dorados que habían de servir para marcar el número de vueltas que daban los corredores y fuesen conocidas de todos los asistentes al espectáculo.

El resto del basamento aparecía decorado con profusión de obeliscos, templete y estatuas que daban un mágico aspecto á aquella parte de la arena.

Para templar, en parte, el excesivo calor que

allí reinaba, un *velarium* ó toldo de color rojo, con adornos de oro y seda, cubría la parte destinada á las autoridades, por el que, á una señal del Procónsul, podía filtrarse una menuda lluvia de agua aromática que al par que embalsamaba la atmósfera, refrescaba bastante la temperatura.

Llenos ya de jubilosos espectadores todos los sitios destinados á la plebe y á los esclavos, oyéronse marciales sonos de trompetas y clarines, indicadores de que iba á empezar el espectáculo, y viose penetrar por la ancha puerta de la torre de la derecha la magnífica comparsa que iniciaba la función.

Rompía la marcha un heraldo á caballo, seguido de otros cuatro á pie, llevando el primero la lujosa enseña del Imperio, y los otros las de la Ciudad y el Senado; seguíanles varios jóvenes patricios, á caballo, gallardamente vestidos; después, sus carros y criados, empavesados aquéllos y éstos con ligeros trajes griegos; venían después los Sacerdotes de todos los Templos, Feciales, Augures y Arúspices, después las Vestales, con sus blancas vestiduras, inmediatamente detrás los Senadores cubiertos con sus togas, después Calpurnio precedido de dos lictores, rodeado de sus dignatarios y la guardia pretoriana; detrás de ésta los magistrados que habían de presidir los juegos y los simulacros de los Dioses; á continuación los atletas, gladia-

dores y los danzantes que venían disfrazados de faunos y sátiros, y finalmente los músicos y cantores que deteniéndose en medio del Circo, mientras todos los demás daban una vuelta al inmenso óvalo que lo formaba, fueron una vez terminada ésta, á ocupar su acostumbrado sitio en la azotea que cubría el espacio de las cárceles.

Imposible describir el entusiasmo y la alegría de los espectadores á la vista de aquella imponente procesión en que desfilaban ante sus asombrados ojos, todas las fuerzas vivas y la representación más alta del poderoso Imperio romano.

Largo rato duró el vocerío en que las exclamaciones de alegría y regocijo se produjeron en todos los idiomas conocidos, pues los esclavos pertenecían á la mayor parte de las provincias sojuzgadas por las legiones; y fué preciso que un agudo toque de clarín indicase el comienzo, para que el silencio se produjera.

Sacado á la arena el tripode de bronce en que había de sacrificarse al Dios *Conso*, fué elevada la estatua de éste en un pequeño altar portátil, y los Sacerdotes le hicieron sacrificio para proceder con acierto en sus decisiones, arrojando un puñado de incienso y estoraque en el ara, de la que se elevó una nubecilla blanca de aromático humo que fué desvaneciéndose lentamente en la atmósfera.

Libre ya de todo estorbo la amplia arena,

descorriéronse las verjas de las cárceles dando salida de ellas á cuatro pequeños y lujosos carros, tirado cada uno por cuatro caballos ricamente enjaezados, que guiaban ágiles palafreneros, sujetando las riendas; mientras que sus conductores, jóvenes patricios de las mejores familias de Emérita, aguardaban con impaciencia, de pie dentro de cada uno de los vehículos, la señal del Magistrado que había de ordenar la salida.

Miró éste al Procónsul que, inclinando la cabeza, mostró su asentimiento, y á la voz de mando salieron disparados los cuatro carros, con sus corceles, á los que animaban con la voz y con el látigo sus jóvenes y ágiles conductores.

Como raudas exhalaciones dieron la primera vuelta los cuatro, sin que en ella se notase diferencia sensible en la distancia recorrida; animáronse más unos y otros, en la segunda y sucesivas, y finalmente en la última el joven Quinto Celorio, hijo del caballero del mismo nombre, con una hábil maniobra despistó á sus compañeros, llegando á la *meta* mucho antes de que ninguno de ello pudiera impedirlo.

Su victoria, legítima y brillante, fué coronada por una estruendosa salva de aplausos, en la que tomó parte el mismo Procónsul, que le envió el premio de la palma y la corona por medio de uno de sus servidores quien, á su vez, lo

entregó al Magistrado que presidía, de cuyas manos lo recibió el joven y gozoso vencedor.

Salieron después doce apuestos esclavos griegos, famosos en el juego del disco, y durante un largo rato, su agilidad y gentileza entretuvo á la muchedumbre, que coreaba con sus aplausos ó sus improperios las incidencias naturales en esta diversión, mientras los metálicos discos dejaban escapar su agudo sonido, al chocar con los obstáculos puestos y que no podía salvar la pericia del jugador.

Una veintena de atletas, nubios y frigios en su mayoría, ocuparon la arena tan pronto como la abandonaron los *discóbolos*.

Completamente desnudos, á excepción de un pequeño paño que cubría sus cinturas, mostraban los torsos robustos y amplios pechos untados de aceites olorosos, y las rodillas cubiertas de una tira de cuero que, sin impedir la agilidad de los movimientos, evitaba el roce y los golpes en aquella parte.

Saludaron al Procónsul, y puestos en dos filas y frente á frente, esperaron la señal de sus jueces para comenzar la lucha.

Alzó la mano el Magistrado, y acto seguido precipitáronse unos sobre otros entablando una lucha que fué animándose á medida que los músculos adquirieron calor.

Veíaseles enlazados dos á dos, los pechos jadeantes, los cuellos hinchados, los brazos estre-

chando al adversario y las piernas, como jarretes de acero, procurando echar la zancadilla al contrario y hacerle caer en el suelo, en cuyo momento se revolvían furiosos, disputándose con ardor y entusiasmo la victoria.

El pueblo, que había heredado de los griegos atenienses la afición desmedida á esta clase de ejercicios corporales, seguía con avidez la lucha, aclamando con fuertes gritos á los vencedores, que recogían sus respectivos premios de manos de los jueces.

Pero todas estas habilidades, aumentaban, en vez de disminuir, la impaciencia por llegar á otros espectáculos más emocionantes. Las turbas lo manifestaban así, con sus gritos, pidiendo *gladiadores*, y tras breve momento de descanso, salieron al Circo varios esclavos, que comenzaron á arrojar grandes espuelas de roja arena sobre el pavimento.

Calmose con ésto el vocerío, porque comprendió que aquellos preparativos eran el anuncio de que iba á realizarse lo que esperaban.

En efecto, la arena roja que se esparcía, estaba destinada á empapar la sangre de los combatientes, evitando de este modo que se conociese aquella sobre el pavimento del Circo, que estaba formado por la endurecida tierra de color amarillento.

Abriéronse nuevamente las puertas de las cárceles.

Por ellas avanzaron en formación correcta dos docenas de gladiadores, mozos gallardos y robustos, que más de una vez habían peleado públicamente en los diversos Circos de la Bética y la Lusitania. Armados unos con espadas cortas y puntiagudas, cubiertas las enhiestas cabezas con el alado casco de penachos rojos y azules, y embrazando el ovalado escudo, que había de defenderles de los golpes de sus adversarios, mostraban desnudos los varoniles pechos para que en ellos pudieran verse las heridas que recibían.

Otros, los *retiarios*, aparecían con la ancha red de menudas mallas enrollada en el siniestro brazo, mientras con el derecho esgrimían el agudo tridente de aceradas puntas, con el que habían de herir al enemigo que tuviese la desgracia de ser cogido entre los amplios lazos de la pesada red.

Entre las palmas y bravos del público que vitoreaba á sus antiguos conocidos, avanzaron resueltos y animosos hasta cerca del lugar en que se encontraba Calpurnio, y elevando, todos á una, las manos derechas en aquella dirección, le saludaron exclamando á grandes voces:

Ave Cesar morituri te salutant.

Desplegáronse después por la ancha superficie del Circo, y eligiendo cada uno su adversario comenzó entre ellos la lucha que bien pronto

fué sangrienta en algunos, por las heridas recibidas y devueltas con suma rapidez.

Los retiarios, á pie firme, espiaban los movimientos de sus antagonistas, esperando la ocasión de lanzarles sus redes y envolverlos en sus tupidas mallas, para terminar con ellos ú obligarles á levantar el dedo índice de la mano derecha, pidiendo el perdón de sus vidas que consideraban ya perdidas; mientras los gladiadores, que conocían el peligro, movíanse con agilidad y rapidez inusitadas variando constantemente de sitio, procurando cansar á aquellos con su movilidad y aprovechar el menor descuido de sus contrarios para hundirles en el cuerpo la tajante espada que había de poner término á la lucha y lograr para ellos las palmas del triunfo.

Algunos cadáveres yacían sobre la roja arena, confundiendo con ésta la sangre de sus cuerpos; varios combatientes sostenían la lucha con diversa fortuna acometiéndose furiosos y defendiéndose prudentes, y solamente dos gladiadores antiguos, muchas veces aclamados por las muchedumbres, sostenían el combate con tal serenidad y acierto que sólo pequeños arañazos causados por sus espadas, mostraban en las sangrientas huellas, que no era farsa el espectáculo que daban.

El pueblo enardecido por el sol y las frecuentes libaciones que hacía, miraban con afán

las incidencias de la lucha, admirando la destreza de ambos, y según sus peculiares simpatías por uno ú otro de los combatientes, así los animaba con sus gritos.

¡*Victor* por Partenio! decían sus parciales.

¡*Evohé* por Mucio! gritaban los amigos de éste.

Y seguía la lucha entre ellos con la misma igualdad que antes.

Eran los únicos que restaban en pie; los demás, heridos y maltrechos, dejaban escapar su último aliento por las innumerables heridas recibidas, reflejando en sus vidriosos ojos la furia de que aún estaban poseídos; y como ya era demasiado largo el combate sostenido igualmente por ambos adversarios, la plebe, la nobleza y hasta las mismas Vestales, interesadas también en conservar aquellas vidas, pidieron á Calpurnio que así lo declarase, enviándoles la corona y la palma de los vencedores, á cuyo ruego accedió el Procónsul, ganándose con ésto una formidable aclamación de todos los que llenaban el Circo.

Mucio y Partenio, igualmente vencedores, saludaron al Procónsul, y cogidos ambos por la cintura, recorrieron el ancho Circo, recibiendo los aplausos y palmadas de los espectadores, yendo después á la habitación en que habían de curarse las heridas logradas en el combate.

Salieron después los esclavos que habían de conducir al *spoliarium* los cadáveres de los

demás gladiadores y retiarios, sacáronlos de la arena por la puerta Sandapilaria y volvieron nuevamente con grandes espuestas de arena roja, que fueron esparciendo por todos los lugares en que los luchadores habían dejado las sangrientas huellas de sus heridas.

Breves momentos transcurrieron en que el Circo no presentaba más animación que las de sus galerías y azoteas, atestadas por la enorme muchedumbre.

De pronto, silencio sepulcral reinó entre todos al ver que se abrían las puertas de las cárceles, dando salida por ellas á más de trescientos individuos, hombres, mujeres y bastantes niños, que formando un solo grupo, ocupó la parte Sur del Circo, inmediata á las graderías del pueblo y los esclavos.

Eran los cristianos.

Tranquilos, serenos, con la fe retratada en sus semblantes y la resignación en su apostura, esperaron.

Un Sacerdote del templo de Júpiter dió varias órdenes á sus oficiales y servidores, y como por ensalmo, apareció nuevamente el altar portátil y sobre él una estatua del Padre de los Dioses, á cuyos pies ardía un brasero en el que había de quemarse el incienso que le ofrecieran en sacrificio.

Adelantose el Sacerdote, seguido de otros muchos, hasta el grupo que formaban los cristianos.



tianos, y en nombre del César les invitó por tres veces á sacrificar al Dios de los paganos.

Negáronse aquellos á obedecer, á pesar de conminarles á perder la vida en aquel mismo momento, y en vista de la reiterada negativa, retiráronse Sacerdotes y acompañamiento; mientras todos los circunstantes apostrofaban é insultaban á los prisioneros con las palabras más soeces.

Un centenar de esclavos, al mando del maestro de Calpurnio, invadió la arena y procedió inmediatamente á despojar á los cristianos de sus vestiduras, á pesar de las protestas que todos, y especialmente las mujeres, hacían de tamaño atentado contra su pudor.

A la vista de aquel cuadro, la lujuria y la ferocidad de los espectadores despertó con la violencia de un torrente desbordado, y las palabras y gestos obscenos, hicieron que las desgraciadas víctimas se estrechasen entre sí, tapando sus desnudeces; y entonando un cántico religioso procuraron con aquél no escuchar las frases que ofendían su recato y su pureza.

Los rayos del sol, cayendo sobre aquel grupo, hacían destacar enérgicamente la blancura de los cuerpos desnudos sobre el rojo fondo de la arena, aumentando la fiebre de los espectadores que no se cansaban de saciar sus miradas lúbricas en los juveniles encantos de las donce-

llas y en las robustas formas de las matronas cristianas.

Como si Calpurnio quisiera enardecer más y más á la muchedumbre con aquel espectáculo, que despertaba las malas pasiones del populacho, ordenó que los esclavos azotaran fuertemente á los cristianos, para lo cual, aquellos, metiéndose entre el grupo, procuraban deshacerle, descargando furiosos golpes con sus látigos, armados en el extremo con agudas puntas de hierro, que desgarraban las carnes y producían hondas heridas.

La fuerza del dolor sufrido hizo que el grupo se descompusiese en varios; pero los hombres, imitando el ejemplo que les daban varios ancianos Sacerdotes que entre ellos se encontraban, procuraron colocar en medio de los grupos parciales que se formaron, á las doncellas y á las matronas, para sustraerlas en algo al ultraje de las miradas, y evitándoles las suyas volvíanles las espaldas, ofreciendo su frente al populacho.

Esta maniobra irritó más á los esclavos, que menudearon sus golpes intentando hacer correr á todos por el Circo para mayor befa y escarnio de los cristianos, pero no pudieron conseguirlo, á pesar del tenaz empeño que pusieron en su infame obra.

Visto lo cual por Calpurnio, y queriendo dar terrible escarmiento á los partidarios de la doctrina de Cristo, mandó retirarse á los esclavos,

y tan pronto como estos lo realizaron, una espesa nube de flechas y dardos que por orden suya, dispararon los flecheros y peltastas, fué á clavar-se en los inermes cuerpos que, con su sangre generosa, inundaron la roja arena del Circo, no siendo pocos los que perdieron la existencia.

Repitiose dos veces más la descarga con gran algazara y bullicio del gentío que ocupaba las graderías, pues con ello veían satisfecha su ansia de emociones; y pocos eran ya los cristianos que se tenían en pie, rodando los más por el suelo y revolcándose en él con las ansias de la muerte.

En este momento, largos y prolongados rugidos, que cada vez se aproximaban más, indicaron á la muchedumbre que aún faltaba algo en aquel espectáculo sensacional.

En efecto, dióse suelta á las fieras que se cerraban en las oscuras mazmorras del Circo, y éstas, atraídas por el olor de la sangre recientemente vertida, lanzáronse á continuación sobre aquellos cuerpos, despedazándolos y destruyéndolos en pocos momentos.

Así terminó la primera fiesta ofrecida por Calpurnio á los Emeritenses, que enloquecidos de entusiasmo, le victoreaban lanzando su acostumbrado grito de:

Panem et circenses.

INMENSO pánico produjo entre los cristianos de Emérita la noticia del feroz espectáculo que hubo en el Circo Máximo. Por todas partes se divulgó aquella con la velocidad del rayo, y muchos, aterrados, no se atrevían ni aun á salir á la calle, temerosos de ser reducidos á prisión para proporcionar otra diversión análoga á la soez muchedumbre que, frenética de entusiasmo, aclamaba con sus gritos á Calpurnio y vitoreaba á Maximiano.

En vano los Sacerdotes, por consejo del anciano Obispo, procuraban calmar los temores y levantar los decaídos ánimos. En los primeros días siguientes al de la fiesta, casi se celebraban á solas los oficios y prácticas religiosas á que antes acudían en número incalculable, y sólo adoptando muchas precauciones, acudían algunos, los más esforzados, á los Cenáculos en que acostumbraban á reunirse para oír la palabra divina y la explicación de los misterios.

Por si esto era poco, los pretorianos que formaban la guardia del Procónsul, habían tomado un aspecto tan autoritario y feroz que, con sólo sus mirada, infundían pavor al que osaba cruzarse con ellos en la vía.

Fué necesario que el Obispo, viejo y achacoso, pero ardiendo en santo amor por la doctrina de Jesús, diese ejemplo de noble virilidad, y que revestido de pontifical, oficiase diariamente en la capilla de su morada, para que se fuesen tranquilizando los ánimos y adquiriesen todos, si bien paulatinamente, la serenidad que tanto escaseaba.

Muchos cristianos no considerándose seguros en Emérita, abandonaron secretamente la Ciudad, yendo á buscar asilo y amparo en los sitios de las inmediaciones que les parecieron más á propósito para su designio.

Entre ellos no fueron pocos los que se dirigieron á Ponciano, llevando la alarma á la servidumbre de Liberio que, ciertamente hubiera comunicado sus temores á Eulalia y á Julia, si el diligente Donato que velaba por ellas con esmero, no lo hubiese impedido prontamente.

Recriminó la flaqueza de los fugitivos, censuró el abandono de Emérita y fustigó sin piedad á los que faltos de fe, huían de sus perseguidores, por no sufrir el martirio de los escogidos, que son los predilectos á los ojos de Dios.

Poco á poco, sus palabras fueron encontrando

eco en los fugitivos, que desistieron de participar á las dos jóvenes lo ocurrido, y á los ojos de éstas tuvo clara explicación el aumento de gente en la finca, por las necesidades de la recolección de las mieses, que eran aquel año abundantísimas.

Liberio continuaba en la prisión, y aunque las noticias que de él traía periódicamente Marco, eran siempre satisfactorias, por lo que á su salud se referían, su prolongada ausencia imprimía un sello de tristeza en ambas doncellas, que no podía disipar toda la cariñosa y sencilla elocuencia que empleaba Donato para conseguirlo.

Había además otra causa.

El amor de Marco por Eulalia iba creciendo cada día, con la continua contemplación de los encantos y atractivos de aquella, y bien procuraba esteriorizarlo el fogoso mancebo, á pesar de la frialdad con que eran acogidas sus ardientes palabras por la joven.

Julia, en cambio, sentía abrasarse su corazón por el gallardo patricio, y aunque no le cabía duda alguna de que la presencia de Marco en Ponciano era debida á la pasión que le inspiraba Eulalia, cada vez que sentía su voz, tenía que apoyar ambas manos en el pecho para amortiguar los latidos precipitados que este daba.

En vano Eulalia había significado varias veces á Marco que ella no pensaba casarse, que su

vocación irresistible le hacía desear con ansia ser esposa de Jesucristo y dedicarle todos sus afectos, por cuya razón debía colocar en Julia aquella pasión inmensa, en la seguridad de que la gentil morena no había de mostrarse esquiva á su afecto.

Nada de esto convencía á Marco, y las veces en que Eulalia, pretextando ocupaciones ó molestias transitorias, se abstenía de salir á las visitas del joven, encargando á Julia que se lo participase y que, en unión de Donato, conversara con aquél, sólo pudo conseguir que la displicencia de Marco se mostrase con la enamorada joven en términos tales, que hacían afluir un raudal de lágrimas amargas á sus ojos.

La tarde en que nuevamente las presentamos á nuestros lectores, había sido una de ellas, y juntas ambas en las habitaciones de Eulalia conversaban acerca de este particular.

—No te esfuerces en consolarme, querida hermana—decía Julia.—Estoy bien convencida de que Marco no quiere á nadie más que á tí.

—Pero si yo no le quiero á él—exclamaba la dulce Eulalia.

—No importa. Tal vez por eso mismo, el amor de él hacia tí aumenta cada día.

—Estás en un error.

—Ojalá, pero desgraciadamente para mí, es muy cierto cuanto digo.

—¿No será una alucinación de tus sentidos?

—Seguramente que no.

—¿Y qué hacer?

—Nada.

—Es que yo quiero que tú seas feliz.

—¡Vano intento!—suspiró Julia.

—Y que para conseguirlo estoy dispuesta á hacer cuanto sea necesario.

—Yo te lo agradezco mucho, pero no has de conseguir nada.

—¡Quien sabe!

—Lo se yo que veo la indiferencia en Marco cuando está á mi lado, y el entusiasmo más grande cuando logra verte.

—Porque cree que le engaño al decirle que no quiero más que á Cristo. Cuando se convenza de que mi propósito es firme, cuando vea que no le desdeño por ningún otro hombre, comprenderá que es inútil pretender un imposible... y entonces te querrá á tí que eres tan buena y tan hermosa.

—No lo creo yo así, Eulalia. Al corazón no se le manda.

—¿Qué sabes tu de eso?

—¡No he de saberlo! Te imaginas que no he intentado una y mil veces arrancarme esta pasión que me hace tan desgraciada?

—¿Y qué?

—Que no he logrado nada. Mientras más empeño ponía mi razón en conseguirlo, más fuerzas hacía mi corazón para estorbarlo.

—Pues ahora entre ambas lo lograremos.

—¡Dios te oiga!

—No ha de oírme siendo una acción meritoria la que me propongo?

—Así y todo desconfío.

—¿Tan poco fías en mí?

—En eso, nada.

—Allá veremos.

—Yo por visto lo tengo; pero no quiero quitarte las ilusiones, ya que en ello, sólo yo he de salir ganando.

—Pues escucha. Luego cuando torne Marco de su paseo con Donato, me presentaré á él.

—¿Pero no me digiste que le manifestara que estabas enferma?

—Bien, pues ya he recobrado la salud. Tengo con él una conferencia decisiva, y en ella recabaré que dedique á tu persona el cariño que profesa á la mía.

—¡Qué ilusiones te forjas!

—No se si son ilusiones ó son realidades; pero yo te aseguro que esta tarde sabré la verdad completa.

—Dios te premie tus buenos deseos, querida hermana—dijo Julia abrazando y besando efusivamente á Eulalia.

Poco después oyéronse en el vestibulo las voces de Donato y Marco que regresaban de su paseo y obedeciendo Julia á una señal de la

hermosa rubia, salió del aposento y apoderándose del brazo del Sacerdote, le dijo:

—Ahora teneis que acompañarme un momento, padre mío.

—Con mucho gusto, pero no me llevarás muy lejos porque estoy algo cansado.

—Apoyaos en mi brazo que no nos alejaremos gran trecho.

—¿Y hemos de dejar solo á Marco?—indicó el Sacerdote hablando bajo á Julia.

—No tengais ningún temor de que eso suceda. Ahora saldrá Eulalia y le hará compañía—dijo la joven mirando á Donato con misterio.

Comprendió éste que estaban de acuerdo ambas doncellas, y sin insistir más apoyose en el brazo de Julia, en el mismo instante en que Eulalia aparecía en el otro extremo del vestibulo, dirigiéndose á Marco que, ni siquiera se dió cuenta de que se habían ausentado Donato y Julia.

—¡Bien hayan los Dioses que tan pronto te han vuelto la salud!—dijo el mancebo.

—Mi dolencia no era cosa de cuidado. Dormí un poco y desapareció el fuerte dolor de cabeza que me aquejaba.

—De ello me congratulo, pues me permite verte hoy cuando ya tenía perdida la esperanza.

—Yo también me alegro, pues tengo que hablarte.

—A mí?—repuso con regocijo Marco.

—Sí. De qué te extrañas?

—De tus palabras. Apiadose Júpiter de mí, sin duda alguna.

—Tú eres el que tienes que apiadarte de alguien.

—¿De quién?

—De Julia. De mi amiga, mejor dicho de mi hermana.

—Y en qué he de apiadarme de ella?

—No lo sabes? Ella te ama.

—Yo también la quiero como una hermana.

—Es que ella ambiciona otro amor.

—Lo mismo me pasa á mí contigo.

—No es igual.

—Por qué no?

—Por que yo—continuó la joven con vehemencia—no puedo querer á nadie como tú desearas. Mi cariño no es para ningún hombre, pues sólo quiero á mi Dios que es Cristo.

—¿Te impide acaso que correspondas á mi cariño?

—No por cierto. En mi religión se impone el amor á todos, incluso á nuestros enemigos.

—Y por qué haces una excepción en contra mía?

—No la hago.

—Si tal. Dices que por tu religión debes amar hasta tus enemigos y yo que soy tu compañero de la infancia, no merezco de tí más que desdenes.

—No digas tal cosa que me ofendes. Yo te profeso el mismo cariño que si hubieras nacido de mi propia madre.

—Es decir, como á un hermano.

—Justo.

—¿Pero no sabes que á mí no me satisface eso, y que ansío que tu corazón lata al mismo tiempo que el mío?

—¡Imposible!

—Por qué ha de serlo?

—Por la razón que ya conoces. Porque he dedicado todo mi anhelo á mi Dios. Si tú supieras que á otro hombre que no fueras tú, dispensaba el afecto que pretendes, entonces estarían bien tus lamentaciones.

—No me convence tu razonamiento.

—Piénsalo bien, y verás que no hay otro de más fuerza. Yo te agradezco la preferencia que me das, y si no tuviera hecha mi resolución, cree Marco, que tú serías mi elegido, á pesar de las diferencias de religión. Pero ya que no puedo hacerte feliz, como mereces, quiero que Julia, mi amiga, mi hermana, mi otra yo, comparta contigo el porvenir y derrame en torno tuyo el tesoro de su bondad y su hermosura.

—Oye, Eulalia—repuso impetuosamente Marco,—si yo no estuviera convencido de tu seriedad y buen juicio creería que tratabas de burlarte de mí.

—Por qué?

—Por lo que me dices. ¡Bien se conoce que no sabes lo que es amar! Al corazón no se le impone dueño, y aunque yo quisiera seguir tus indicaciones, me sería imposible complacerte.

—No lo veo yo así.

—Ya te he dicho antes que ignoras lo que es amor. Tus sentimientos religiosos han absorbido de tal modo tu corazón que no dejan lugar en él para otra clase de afectos.

—Estás equivocado.

—Ni mucho menos. Solamente así se explica que conociendo mi pasión por tí me mandes amar á otra mujer—repuso con amargura el joven.

—A otra mujer que puede corresponderte, ya que á mí me es imposible. Si yo no me interesara por tí, me sería indiferente que encontraras ó no quien te apreciase. Ya ves que lejos de ser para mí un extraño, te demuestro con mis actos la sinceridad de mi afecto.

—Y es por mí sólo, ó más bien por tu amiga, el interés que revelas?

—Por los dos—dijo con sencillez Eulalia—y de tal modo me harían feliz vuestros amores, que si para conseguirlo fuese necesaria mi sangre, no tendría ningún inconveniente en derramarla.

—¡Cómo quieres cuando quieres!

—Con toda mi alma.

—Ya lo veo, y deploro más mi negra suerte que no ha sabido impresionarte.

—¡Has llegado tarde! Mi corazón ya no era mío cuando me ofreciste el tuyo.

—De manera que no hay remedio alguno?— insistió Marco, con el acento de un náufrago que se niega á perder toda esperanza de salvación.

—El que ya te he dicho.

—Ese es un mal añadido á otro. Hago justicia á las buenas condiciones de Julia. Creo que reúne cualidades inmejorables, pero me pasa con ella lo que á mí contigo. ¡Ha llegado tarde!

~~##~~Y como si estas palabras hubiesen agotado en el enamorado Marco todo el tesoro de sus energías, sintió que se le oprimía el corazón, que los sollozos le anudaban la garganta y que un tropel de lágrimas acudía á sus anublados ojos. Para no ofrecer á la joven este triste espectáculo, levantose de su asiento, y sin despedirse de ella, fuese corriendo por el primer sendero que encontró á su paso, cruzándose en el camino con Julia y el Sacerdote que ya volvían á casa.

Notaron ambos el trastorno en que se encontraba Marco, que ni siquiera reparó en ellos; y cuando Donato preguntó á la gentil morena qué causa pudiera haberle puesto así, dijo ésta con tristeza:

—¡Es mi felicidad que huye y se desmorona!

XVI

LA jugarreta hecha por el legionario Cornelio á su amigo el liberto Rufo, no le fué perdonada por éste y aunque procuró desquitarse de ella embriagándole y haciéndole confesar que era un agente de Calpurnio, su amor propio de hispalense no podía acomodarse á la idea de que le hubiera engañado un albanés que según su propia expresión, era *una buena bestia de carga*.

Dejó de ir una temporada por la tabérnula inmediata á la Puerta Judiciaria, en que antes solía reunirse con frecuencia con otros varios soldados y libertos amigos de ambos, por temor de que éstos se hubiesen enterado de lo ocurrido, y con sus pullas y sarcasmos le bromearan; pero cuando algunos de ellos, al encontrarle casualmente le tacharan de ingrato por su ausencia prolongada, sin hacer la menor alusión á la causa que la motivara, comprendió que el albanés no les había participado lo ocurrido y



por lo tanto no había la menor mortificación para él, en reanudar aquellas gratas reuniones donde al par que continuase sus gestiones con los militares, podría encontrar ocasión oportuna para demostrar al legionario su *agradecimiento*.

Una tarde, pues, emprendió hacia ella su camino, teniendo la suerte de no encontrar á Cornelio que, por estar de guardia hasta el día siguiente, había la seguridad de que no aportaría por allí.

Ocupaban las mesas formadas de tablas de pino sin cepillar y llenas de manchas de grasa y vino, varios esclavos, libertos y soldados que rodeaban á Mucio y Parthenio, los dos gladiadores que ya conocemos.

Fué saludada la entrada de Rufo con el entusiasmo que en todos los circunstantes producía la generosidad y esplendidez del hispalense, quien para corresponder á aquellas pruebas de amistad, y siguiendo además los impulsos de su carácter desprendido, mandó obsequiar á todos.

Corrieron de mano en mano las cráteras, henchidas de espumoso vino, anchas tajadas de pernil de jabali fueron desapareciendo del plato que las contenía, en unión de varias docenas de olivas deshuesadas, sazoadas con naranjas agrias, ajos y tomillo oloroso, y cuando los paladares excitados con tales estimulantes necesitaban libar repetidas veces el famoso vino de Scalabis, quedaron las cabezas bastante más

cargadas que de ordinario, y las lenguas, en cambio, con más ligereza que la debida y de la que prudentemente aconsejaban las circunstancias.

—¡Por Júpiter! amigo Rufo—decía á éste el gladiador Parthenio,—que era hora ya de que te viéramos reanudar nuestros antiguos agapes.

—¡Apolo me es testigo!—respondía el liberto—de que siempre os he tenido presentes en mi corazón. Y de que me fué grata la feliz noticia de tu victoria y la de nuestro caro Mucio en las pasadas fiestas, fiel testimonio pudo daros el barril de arenques y el ánfora de vino que os envié en seguida.

—Cierto es—dijo Mucio,—y á tu salud hicimos varias libaciones en unión del legionario Cornelio.

—¿Qué es de tan buen amigo?—preguntó Rufo aparentando un interés que estaba muy lejos de sentir.

—Sus deberes en la guardia le retienen hoy hasta que el nacimiento de la Aurora dé la señal de su relevo—respondió un legionario.—¡Harto sentirá no verte!

—¡Su pesar no excederá al mío!—repuso el liberto.

—Pero contadme—añadió dirigiéndose á los demás legionarios—las impresiones de la hermosa fiesta pasada, que me fué imposible presenciar por un repentino viaje.

—¿Dónde has estado?

—Mandome el prefecto á su quinta de la Bética.

—Oportuno fué.

—Bien lo deploré, pero la obediencia es lo primero.

—Ciertamente—dijeron los legionarios.

—No te apesadumbres por ello—dijo Parthenio;—la pasada es la primera de las que Calpurnio ¡Marte le proteja y ensalce! piensa ofrecer á los emeritenses.

—¡Ah! tendremos algunas más?

—¿Quién lo duda?—añadió Mucio.—Mientras haya estúpidos cristianos que inmolar en desagravio á los Dioses.

—Huélgome de ello, pues así tendré ocasión de observar si en la arena del Circo son tan animosos como aparentan en el Foro y en las vías públicas—dijo Rufo con afectado entusiasmo.

—No lo creas—repuso desdeñosamente un legionario.

—¡Alto ahí!—contestó Parthenio inmediatamente.—Lo que es valor sí lo han revelado todos. Hasta los niños.

—¿Cómo?

—Yo presencié el momento en que, desnudos y azotados por orden del Procónsul, deshicieron el grupo que formaban, y ni uno sólo lanzó un grito. Lo mismo ocurrió cuando flecheros y peltastas hicieron blanco en sus cuerpos con las flechas y dardos que les arrojaron.

—Pero al salir las fieras sí gritaron—añadió el mismo legionario.

—Las mujeres únicamente—respondió Mucio corroborando lo dicho por el otro gladiador.—Y ésto no tiene nada de extraño, pues estaban inermes.

—Eso es lo que no me agrada—repuso Parthenio.—Echenles á combatir con hombres ó con fieras, pero dénlos medios de defensa.

—Contigo estoy—dijo Mucio.—Y parece que ahora hay ese propósito, cuando nuevamente salgan al Circo.

—No con todos—replicó el legionario.—Las armas se darán únicamente á las personas de cierta significación.

—Pero las hay también entre esos desatentados?—dijo con sencillez el liberto.

—¿Quién lo duda? Hasta individuos de Senado.

—¡Mentira parece!

—Pues cierto es y muy cierto—añadió dándose importancia el militar.—Yo lo sé de buena fuente.

—Habla, habla—dijeron todos.

Estrechose el círculo alrededor de los gladiadores y legionarios. El que había hablado anteriormente, satisfecho de haber escitado la curiosidad de sus compañeros, se dirigió á ellos con acento misterioso, y dijo:

—Mi hermano Vitelio que, como sabeis, es pretoriano de Calpurnio, ha oído á éste que

para quitar el aspecto de víctimas y mártires á los cristianos, con lo que procuran hacer más prosélitos esos ilusos, en la fiesta inmediata se proveerá de armas á los que hayan sido militares ó pertenezcan al orden equestre ó Senatorial.

—Y hay muchos de esos?—dijo Rufo.

—No faltan. Por lo pronto está el Senador Liberio, los équites Marciano, Agorio, Faboleno y Polión, y más de una docena de ciudadanos que figuraron en las legiones de las Galias.

—Pocos son.

—Ya se aumentarán. ¿Ignoras que se ejerce sobre ellos estrecha vigilancia?

—No.

—Además—continuó el legionario,—las delaciones aumentan por la promesa que ha hecho el Procónsul.

—Qué promesa?

—La de la libertad, si es esclavo el delator; la de ciudadanía, si es liberto, y la de elevarlo al orden equestre, si ya es ciudadano.

—Y si es militar?

—Se le hará decurión en la primera vacante.

—Pues con tal promesa, ya irán aumentando los prisioneros—dijo Rufo.—Ganas tengo de ver la fiesta, ya que la anterior como si no existiese para mí.

—Pues no tardarás mucho en ser complacido.

—Mas una duda me ocurre. Se atreverá el

legado á arrojar á las fieras á Liberio...? ¡Un Senador tan importante!

Sonrió picarescamente el legionario y dijo:

—Hace tiempo que le viene cebando con ese propósito, á menos que ofrezca sacrificio á los Dioses.

—Pues entonces lo hará.

—¿Lo crees tú así? Es un viejo testarudo que resiste todos los halagos y amenazas.

—Cuando vea el peligro cercano...

—Mejor para él será... pues además de su cabeza puede peligrar también la de su familia.

Extremeciose el liberto al escuchar tales palabras y considerando que ya sabía bastante de lo que le importaba, pretextó la hora avanzada que era, y después de una nueva ronda de cráteras, se retiró de la tabérnula no sin antes prometer que ahora les visitaría con más frecuencia.

Precipitadamente se encaminó á la casa del Prefecto, y una vez en ella y enterado de que Marco se encontraba en su aposento, demandándole licencia para hablarle, la que le fué inmediatamente concedida.

Al ver Marco la palidez del semblante de su liberto, alarmose y le preguntó con ansia:

—¿Qué te ocurre?

—¡Oh Marco! Perdona que sea portador de malas nuevas.

—¿Pues qué pasa?

Refirió Rufo con prolijos pormenores la con-

versación sostenida poco antes en la tabérnula de la puerta Judiciaria, y á medida que adelantaba en su narración, angustiábase el alma del enamorado mancebo, considerando los graves peligros que amenazaban á Eulalia, cuya celestial imagen no podía desalojar de su corazón, á pesar de los esfuerzos que para conseguirlo había hecho aquélla, y que ya nos son conocidos.

Convenciose de la necesidad de proceder con seguridad y rapidez á la salvación de ella, si no quería que Calpurnio la hiciese gemir pronto en algún lóbrego calabozo, y puesto de acuerdo con Rufo en los medios que era preciso emplear para conseguirlo, determinaron ambos que, sin previo aviso, saldrían la siguiente noche para Ponciano con dos literas y buen golpe de gente armada que, para no infundir sospechas, saldría de Emérita en pequeños grupos, reuniéndose después en la calzada militar que á la quinta conducía.

Dejémosles en sus preparativos y veamos qué pensamientos germinaban en la mente del Procónsul, firme y constante en sus deseos de perseguir á los cristianos de Lusitania.

XVII

YA conocemos la habitación de Calpurnio. Sentado éste en un sillón, el ceño fruncido y la cabeza apoyada en la mano izquierda, escuchaba con interés la narración que le hacía Cornelio el legionario, de pie ante él.

—¿De modo que tus noticias te permiten asegurarlo?

—Ciertamente.

—Y son de confianza las referencias?

—Respondo de ellas como de mí mismo.

—El Prefecto lo sabe?

—No. Su hijo obra por cuenta propia.

—Cuándo quiere realizar su pensamiento?

—Esta noche.

—Estás seguro?

—Sí. Uno de los esclavos que han sido buscados á este intento me lo ha comunicado al venir á verte.

—Bien. Hay tiempo sobrado para impedirlo.

—Tal creo.

—Y al efectuarlo se hará la redada mayor—
dijo con cruel sonrisa.—Por supuesto, que tú
serás de la expedición?

—Tengo que guiarla.

—Mejor. Así no habrá dudas, ya que conoces
el camino y las personas.

—Me necesitas ahora, Calpurnio?

—No, ciertamente.

—Pues aprovecharé el tiempo para los pre-
parativos.

—No olvides mi deseo de que no escape nadie.

—Serás servido.

—Tu cabeza me responde del éxito.

—No temas. Mi obligación es servirte bien,
pero mi deseo vá más allá.

—¿Cómo?

—He de vengarme de ese liberto.

—¡Ah! le odias?

—Con toda mi alma.

—Bien. Puedes retirarte.

Inclinose Cornelio ante el legado y desapare-
ció de la estancia mientras aquél murmuraba:

—Trabjará por el odio con más interés que
por la obligación.—Y una fría y cruel sonrisa
entreabrió sus sensuales labios.

El maestro de los esclavos anunció á Cayo Flaminio.

—Que pase al punto—dijo el Legado incorporándose.

Penetró en la estancia el noble patricio que comandaba las legiones, y el Procónsul después de saludarle afectuosamente, le ofreció un asiento.

—Me mandaste llamar y aquí me tienes.

—Sigues siendo tan puntual como siempre.

—Deber es en todo soldado.

—Sí. Pero no ignoras que hay quien no lo cumple.

—Peor para él.

—En efecto. Mi llamamiento obedece á una noticia que recientemente he recibido.

—Te escucho.

—Ya sabes que pasado el primer instante de estupor en los cristianos por el reciente escarmiento, vuelven á agitarse desafiando el poder de Maximiano.

—Sí.

—Tampoco te es desconocido que el Senador Liberio continúa en su encierro, sin que halagos ni promesas quebranten su testarudez.

—Cierto es.

—Conoces á su familia?

—De referencia sé que tiene una hija y una pupila, pero no las he visto.

—Están ausentes de Emérita.

—Eso dicen.

—Las ha llevado con su servidumbre á una posesión que tiene á unas 50 millas de la Capital, creyendo que yo ignoro su retiro.

—Equivocado está por lo que oigo.

—Desde el primer día lo sé, y no he querido darme por enterado, creyendo que Liberio al fin, se convencería de su error, y sacrificaría á Júpiter. Por ser antiguo guerrero, pertenecer al Senado, y por su grandes riquezas, hubiera sido de gran resonancia su conversión y en ella puse mi anhelo.

—Me consta.

—Por desgracia, fracasé en mi empeño y las cosas están hoy en un punto que no puede continuar.

—Qué pasa?

—Hay el propósito entre los cristianos de sacarle de su prisión.

—Empeño inútil.

—Así lo juzgo. Pero hay más. Temerosos de que yo me apodere de su hija y con ella apriete y constriña á Liberio, quieren sacarla de donde está y en unión de su amiga y compañera llevarlas á otro lado.

—A dónde?

—Eso es lo que ignoro. Han preparado buen golpe de gentes armadas para esta noche realizar su empresa, pero no les han comunicado el punto en que han de residir.

—Cuidaré de averiguarlo.

—Fácil ha de serte la empresa, pues siguiéndoles los pasos te será conocido.

—¿Y no será mejor estorbarla en el camino apoderándose de ellos mis legionarios?

—¡No por Júpiter! Conviene conocer la madriguera, por si en ella se albergan otros, coparlos juntos.

—Razón tienes ¡por Marte! Conoces al director de tal propósito?

Una enigmática sonrisa vagó por los labios del Procónsul que respondió en seguida:

—No. Será alguno de su servidumbre, que es numerosa y muy adicta á su dueño.

—Y en su vista ¿qué ordenas?

—Pon doble guardia en la prisión de Liberio. Escoge de tus legiones un centenar de soldados que te inspiren confianza, y aguarda la llegada de un emisario mío que guiará las tropas.

—Te es adicto?

—Del todo, y además le inspira el odio. Con él y en el mayor silencio, apostados en sitio conveniente, veréis desfilan la comitiva que, sin darse cuenta de ello, llevará á tus soldados al nuevo refugio. Una vez allí apoderaos de todos.

—Si hay resistencia, pueden emplear las armas?

—Con todos; pero quiero apoderarme de los dos jóvenes sin que sufran lesión alguna.

—Descuida. Yo mismo daré las órdenes detalladas. Nada más?—preguntó Flaminio.

—Para ellos no. En cuanto á los de la ciudad sé implacable.

—Serás complacido.

Y despidiéndose de Calpurnio marchó á disponer lo conveniente para realizar lo prometido.

XVIII

LLEGÓ la noche.

Negra y tormentosa, apenas si entre las apiñadas nubes podía deslizarse un rayo de luna.

De vez en cuando iluminábase el horizonte por la parte Sur con el resplandor de cárdenos relámpagos.

Desde las últimas horas de la tarde, pequeños grupos de hombres salían recatándose de la casa del senador Liberio, y atravesando el puente de Alba Regia evacuaban la población y se desperdigaban por la campiña ó por la ancha calzada militar que seguía á Ponciano.

Un observador algo perspicaz hubiera notado que todos ellos, aunque saliendo en ocasiones y horas distintas, tenían de común ir envueltos en mantos y dejar escapar un sonido metálico como el que produce el choque del hierro con el hierro.

Todos, al salir, escuadriñaban la vía con ojos

diligentes, antes de emprender su camino, como temerosos de que alguien pudiera sorprenderles.

Nada, sin embargo, justificaba aquella precaución. Lo apartado del suburbio, la poca concurrencia de gentes en tal hora y lo lejos que se hallaban los edificios públicos, hacían que fuese muy raro el transeunte que podía encontrarse.

Como si contasen con un medio seguro para conocerse aun entre las sombras de la noche, al llegar á unas dos millas de Emérita, fuéronse reuniendo á orillas de la calzada poco más de unos 50 hombres, que eran examinados á su llegada por otro embozado quien les hacía una pregunta á cada uno, siendo contestada por todos con la palabra «Donato».

No lejos de este embozado y entre un grupo de árboles, cuya sombra aumentaba la oscuridad reinante, veíanse dos bultos grandes y algunos otros más pequeños que se movían alrededor de los primeros.

Una vez contado el número y viendo que ninguno había faltado á la cita, el encubierto aproximose al grupo de árboles, de donde se destacó seguidamente otro embozado que interrogó al primero:

—¿Están todos, Rufo?

—Sí, Marco.

—Pues no perdamos tiempo y marchad todo lo más pronto que se pueda para llegar vosotros

á buena hora. Yo me adelantaré á caballo para prevenirles.

—Descuida.

—¿Todos llevan armas?

—Sí.

—¿Y tú?

—También.

—Pues hasta muy pronto.

Y sacando de entre el grupo de árboles un hermoso corcel, cuyos cascos iban envueltos en lienzos húmedos, montó en él de un salto y salió á buen paso por la calzada adelante.

Pocos momentos después, los dos bultos grandes y los pequeños antes mencionados, salieron también á la calzada, y sobre el fondo claro de ésta se destacaron aquellos, pudiendo verse dos literas y la dotación de esclavos para ambas.

Todo este grupo recibió del liberto la orden para ponerse en marcha, y antes de la media noche y sin ningún tropiezo, llegaron á Ponciano.

Delante de la puerta aguardaban Marco y Donato, que preguntaron al liberto si ocurría alguna novedad, y al escuchar la respuesta negativa de él penetraron en el vestíbulo, saliendo al poco rato con las dos jóvenes que, en silencio, pero animosas, ocuparon la litera mayor, dejando la otra para el anciano Sacerdote, que no tuvo más remedio que meterse en ella á pesar de sus protestas de hacer el camino á pie.



Emprendiose la marcha primero por la misma calzada que recorrieron antes, y después por un sendero que á la izquierda serpeaba entre el oscuro bosque de las encinas centenarias.

En la descubierta iba Rufo, seguido de cuatro hombres; después y no á muy largo trecho, Marco á caballo escoltando la litera que conducía á las jóvenes, yendo aquella rodeada por una treintena de servidores, y un poco más atrás, la de Donato con el resto de los expedicionarios.

Todos marchaban en silencio, iluminándoles el camino, ora la luna que atravesaba el claro entre dos nubarrones, ora el resplandor de los relámpagos que se sucedían cada vez más rápidos, indicadores de la próxima tempestad.

Así continuaron por espacio de dos horas, sin encontrar nada que les infundiese sospechas. De pronto, y al dar vuelta á un recodo que ofrecía el sendero, un relámpago más intenso iluminó el espacio, y á su brillante fulgor creyó observar el liberto como un reflejo metálico en las profundidades del valle que comenzaba entonces.

Paró en firme Rufo, esperando la luz de otro relámpago, para convencerse de si era algún encuentro inesperado, ó ilusión de sus sentidos, pero no pudo averiguar nada, porque la serie de los que se repitieron sólo permitió distinguir

la plácida corriente de un humilde arroyuelo que, cercano al sitio, deslizaba sus cristales.

Tranquilizose el liberto y siguió el sendero toda la comitiva en la forma ya dicha.

Atravesaron el arroyuelo; el caballo de Marco sintió necesidad de humedecer sus reseca fauces en la clara linfa de aquél, y cuando el jinete lo permitió, y el animal satisfizo su deseo, un prolongado relincho hirió desagradablemente los oídos de todos los expedicionarios y puso espanto en el ánimo de ellos.

Casi en el momento, otro caballo sin jinete aproximose al grupo, seguido de un hombre á pie que intentaba cogerle. Antes de conseguirlo la luz de otro relámpago permitió á Rufo conocer al que se aproximaba, que no era otro que Cornelio, el traidor legionario, y éste á su vez se dió cuenta de quién era el que aguardaba.

—¡Ah! eres tú —dijo con furor Rufo avanzando hacia él espada en mano, al considerar el peligro que les amenazaba.

El legionario quiso gritar, pero antes de que su boca pronunciase ninguna palabra, la espada de Rufo se hundió en su garganta hasta la empuñadura, haciendo saltar de ella un enorme chorro de sangre que le privó de la vida instantáneamente.

Tan rápido había sido todo ésto, que cuando Marco se aproximó, ya estaba en tierra Cornelio

y el hispalense limpiaba su espada en las ropas de él.

No tuvo tiempo de interrogarle siquiera. Por los claros de las encinas aparecieron súbitamente unos cien legionarios á pie, que en un instante les intimaron su rendición acosándoles por todas partes y rodeando muy escrupulosamente ambas literas.

Marco y su liberto, espada en mano, corrieron hacia la que contenía á las jóvenes, ordenando á los servidores que les secundasen en tal empresa y acometiesen á los legionarios; pero éstos al verse amenazados y agredidos, devolvieron los golpes con tal rapidez y seguridad que, antes de que llegasen á la litera, caían ambos mortalmente heridos.

Julia y Eulalia que, á su pesar, presenciaron tan sangriento espectáculo, bajaron precipitadamente de la litera y ambas acudieron al lado de Marco que al verlas cerca, quiso incorporarse, y con tal esfuerzo lanzó su postrer suspiro, cayendo inmóvil sobre la hierba que humedecía su sangre, no sin exclamar antes: ¡oh Eulalia! muero amándote.

La impetuosa morena se lanzó sobre él, le abrazó y le besó, cubriéndole de ardientes lágrimas y esperando volverle la vida con el calor de sus caricias.

Eulalia contemplaba conmovida tan doloroso espectáculo, apoyada en los brazos del Sacerdote

que, igualmente había bajado de su litera; mientras los legionarios se entretenían en atar los brazos de los servidores del enamorado mancebo, muy pronto convencidos por el traidor que los denunció á Cornelio, de que les tenía más cuenta rendirse á discreción, que luchar con enemigos superiores en número y mucho mejor armados.

Seguía Julia derramando amargo llanto sobre el cadáver de Marco, que no abandonaba de sus brazos, y cuando requerida por las dulces palabras de Eulalia y Donato para que dejase aquellos inertes despojos, se levantaba del suelo, el Centurión que mandaba las tropas, la cogió por un brazo con ánimo de ayudarla.

Como un resorte de acero se separó de su lado y mirándole irritada, dijo:

—¡Vil sicario del tirano! mátame también. ¿No sabes que soy cristiana?

Y como aquél la mirase compasivamente y con suavidad la empujara hacia la litera en que ya había tomado asiento Eulalia, desprendiose de sus brazos y echó á correr gritando á voces:

—¡Quiero morir! ¡quiero morir! Si vosotros no me matais iré á Calpurnio para que lo haga.

Eulalia que la escuchaba con tristeza, la acogió cariñosamente en sus brazos, cuando el Centurión y Donato la condujeron de nuevo á su lado y la repuso:

—*No te esfuerces, Julia. Por mucho que hagas, yo sufriré el martirio primero que tú.*

Emprendiose el regreso á Emérita casi al rayar la aurora, conduciendo los esclavos los cadáveres de Marco y su liberto con el del legionario Cornelio, en unas parihuelas improvisadas con ramas de árboles y algunas ropas, y una hora después entraba en la capital la fúnebre comitiva.

XIX

GRAN regocijo produjo en Calpurnio la noticia.

Mandó encerrar en calabozos separados á las dos doncellas y á Donato, sin dar á las primeras el triste consuelo de pasar juntas su prisión, y se propuso comunicar en seguida lo ocurrido al Senador Liberio, para ver si de este modo conseguía quebrantar su fe.

Inútiles fueron sus gestiones.

Liberio que en el tiempo que llevaba en la prisión, había visto aumentar su fe, recibió con indiferencia la noticia, y á las amenazas de que Eulalia y Julia pagarían con el martirio su negativa á sacrificar en el ara de Júpiter, contestaba solamente:

—¡El Señor que conoce sus corazones puros, las dará fuerza para sufrirlo!

Malhumorado el Procónsul por el resultado negativo de sus gestiones, dejó transcurrir varios días, para que tuviesen los prisioneros con-

ciencia plena de su desgracia, y cuando creyó llegada la oportunidad, determinó instalarse con toda solemnidad y pompa en el templo de Júpiter, para que con aquel aspecto de grandiosidad se impresionasen los ánimos de los cautivos y claudicasen más fácilmente.

Al efecto, engalanose el templo mencionado de igual modo que el día de la ceremonia del sacrificio que ya conocemos, y ante él comparció primeramente la gentil Eulalia que, lejos de amilanarse como Calpurnio esperaba, no aguardó á que éste la interrogase, sino que adelantándose hacia él, con clara y tranquila voz le dijo (1):

«¿Qué furor es el tuyo, ¡oh Calpurnio! al pretender la perdición de las almas, haciendo que los corazones con pródigo y sacrilego desprecio de sí mismos, se postren á las piedras labradas y nieguen al Dios único y verdadero? Si vienes á descubrir cristianos, aquí me tienes á mí. Yo soy enemiga declarada de los sacrilegos ritos con que sacrificas á los demonios. Yo pongo debajo de mis pies los ídolos y en mi pecho y labios á Dios, creyéndole con el corazón y confesándole con la boca.

»Así, Apolo y Venus, y tu Emperador Maximiano, no son nada; los primeros porque no tie-

(1) Actas del martirio de la Santa.—*España Sagrada*, del Padre Florez.

nen más sér que el que les quiso dar la mano del escultor, y el segundo, por adorar la obra de los hombres.

»Mas ¿por qué maltratas á los cristianos? ¡Cierto que tienes buena guía!

»La del que bebe la sangre de los inocentes, suspira por los cuerpos santos, despedaza las entrañas piadosas y gusta de molestar la fe.

»Date prisa—verdugo,—quemá, corta, divide los miembros de barro.

»Fácil es romper una cosa frágil; pero no será la fuerza del dolor capaz de conmover el ánimo».

Enfurecido Calpurnio y atónitos los circunstantes quedaron con tan rotunda confesión de fe; por parte de la delicada joven, cuyos azules ojos brillaban de entusiasmo.

Antes de entregarla á los tórmentos, quiso el Procónsul persuadirla con dulzura, poniéndole por delante lo delicado y tierno de su edad, el renombre y nobleza de su casa, las bodas brillantísimas que podía realizar y por último la congoja de su anciano padre, preso en oscura mazmorra y al que inmediatamente pondría en libertad para que, en unión de su hija, pudiera disfrutar de las muchas riquezas que tenía.

Nada de esto pudo conmover á la doncella; y cuando el Legado la propuso que arrojase el incienso en el ara del padre de los Dioses, echó por el suelo la crátera de oro que lo contenía y

lo pisoteó con denuedo, al mismo tiempo que escupió en la cara de Calpurnio.

Lívido éste de coraje, mandó al punto que la azotaran, y seguidamente se cumplió la orden en el mismo templo, descargando los enfurecidos sayones gran cantidad de azotes sobre las delicadas carnes de Eulalia, puestas al descubierto por los sicarios de Calpurnio, con gran regocijo y contento de cuantos presenciaban la escena.

Con ésto terminó por aquel día el martirio de Eulalia, que fuénuevamente llevada á su prisión; mientras desalojaban el local, el Legado y sus acompañantes, no muy satisfechos de la entereza y decisión mostradas por una débil y delicada mujer, que, apenas, había traspasado los dinteles de la pubertad.

XX

CUANDO los yertos é inanimados despojos de Marco fueron llevados, por orden de Calpurnio, al palacio del Prefecto, los llantos y gemidos de los esclavos de éste, de quienes era muy querido su hijo, por las buenas condiciones que le adornaban, fueron repitiéndose por todos los aposentos hasta llegar á la estancia en que se encontraba el Magistrado.

Imposible describir el dolor y la amargura que invadió su dolorido corazón de padre, al ver los restos mortales del único hijo en quien cifraba todo su placer y toda su ventura.

Interrogó á los legionarios que escoltaban el cadáver, y por ellos conoció en todos sus detalles la malhadada expedición de la noche anterior y la causa que la motivara.

Mudo de estupor y de sorpresa quedó al conocerla y saber que también el generoso liberto había pagado con su vida el acendrado cariño que profesaba á su señor.

Ordenó que, según la costumbre romana, el cuerpo de Marco fuese puesto en lujoso lecho,

que se rodease éste de flores, y que le velasen y asistiesen todos sus amigos, parientes y servidores, mientras las plañideras y voceratrices daban al aire sus gemidos y lamentaciones

Cubriéronse de negros paños las entradas del pórtico; en el vestíbulo congregáronse los que alternaban en el Velatorio, y el anonadado padre, fué á la estancia de Valeria, su esposa, para comunicarle la triste nueva y aminorar con su presencia, el duelo y el quebranto que había de producirle.

La animosa cristiana era ya sabedora de su desgracia y con la firmeza y resignación que sus doctrinas le proporcionaban, lloró amargamente el prematuro é inesperado fin de Marco, consoló á Lucio Serenio en la honda pena que ambos compartían, y desde el fondo de su alma, elevó á Dios una plegaria para que acogiese en su seno al infortunado joven que, sin ser cristiano, en causa que se relacionaba con el triunfo y propagación de esta Santa doctrina había perdido su existencia.

Cogidos ambos de las manos, atravesaron las habitaciones del palacio hasta llegar á la que servía de última morada á Marco, y allí, los dos se arrojaron sobre el inanimado cuerpo que abrazaron estrechamente y que regaron con su llanto.

Amigos y parientes presenciaron con lágrimas en los ojos la luctuosa escena, y por último, compasivamente, les separaron de allí; lleván-

dolos á sus respectivas habitaciones ó aposentos, en los que quedaron acompañándoles los más íntimos y cariñosos.

Bien pronto cundió la noticia por toda la Ciudad, y los innumerables amigos que en todas las clases sociales contaba el Prefecto, quisieron demostrarle su pena, á pesar de constarles cómo y por qué había perdido la existencia el infortunado Marco.

Comentose, aunque en voz muy baja, la conducta de Calpurnio, hiciéronse algunas alusiones á la refinada crueldad que demostraba el hecho presente, que pudo ser evitado á tiempo, por constarle á aquél el plan y quiénes eran sus directores á los que pudo detener; pues á todos se les alcanzaba que la prisión de las doncellas y el anciano Sacerdote, podría efectuarse siempre que al Legado se le antojara, sin necesidad de causar aquellas inútiles víctimas.

Se celebró el entierro con gran pompa, acudiendo á él numeroso gentío, y la propia representación del César, que quiso de esta suerte testimoniar su consideración al Prefecto, irónico detalle que no dejó tampoco de ser comentado, así como la expresión de doloroso disgusto que anublaba el semblante del patricio Cayo Flaminio, jefe de las fuerzas que, por orden de Calpurnio, dieron origen á la desgracia.

XXI

NADA más inconstante que los sentimientos de las muchedumbres.

Movidas un día por circunstancias que despiertan sus malas pasiones, llegan al paroxismo del furor, destrozando cuanto se opone á su paso, como las aguas de un torrente desbordado arrasan y destruyen la campiña en día de furiosa tempestad.

En otras ocasiones, cuando su tendencia á la sensibilidad se aumenta por un hecho que dolorosamente las impresione, gimen, lloran y la explosión de su pena es tal, como si el fin del mundo se avecinara, y con él la pérdida de todo lo que anhelan y ambicionan.

Así ocurrió en Emérita con motivo de la persecución de los cristianos, que ordenara y llevara á efecto el Procónsul.

El día de la fiesta en el Circo Máximo, vió impávida la plebe el inútil y sangriento sacrificio de más de trescientos inocentes, que pagaron

con sus vidas la profesión de una doctrina religiosa diferente á la de los Dioses del Olimpo, y de igual modo hubiese visto perecer á medio género humano, como un número más de aquel horrendo espectáculo.

En cambio, el día que se inhumó el cadáver de Marco, en el lujoso mausoleo de su familia, á pesar de ser notorio que había perecido por favorecer la fuga de unas jóvenes y un Sacerdote cristianos, la multitud gemía y se apesadumbraba, como si algo propio de ella se enterase tras las pulidas piedras que ornaban el sepulcro.

Es bien seguro que esta versatilidad ha sido, es y será siempre utilizada por los que hacen de las multitudes escabel de sus ambiciones y pedestal de su soberbia, adulándolas cuando las necesitan y fustigándolas sin piedad, cuando pueden ser rémora á sus propósitos.

Calpurnio conoció aquel día los sentimientos que dominaban entonces en la masa anónima, y prudente por necesidad, aunque cruel por temperamento, dejó pasar algunos sin intentar nada contra Eulalia y demás prisioneros cristianos.

Solamente procuraba enterarse por medio de sus sicarios, de si había alguna mudanza favorable á sus propósitos en el ánimo de aquellos, y siempre obtenía la negativa más rotunda á las preguntas que con tal objeto les dirigía.

Pero firme en su empeño de aniquilar el cris-

tianismo y deseoso de que sus órdenes fuesen acatadas, cuando juzgó extinguidas ó por lo menos muy amortiguadas aquellas sensiblerías, mandó llamar ante sí á la joven Eulalia, creyendo que el tiempo transcurrido y el martirio comenzado en la pena de azotes, habrían quebrantado su entereza.

Poco tardó en convencerse de lo contrario. Habiendo colocado en una estancia inmediata muchos y variados instrumentos de tortura, quiso mostrárselos para que, con su vista, se amedrentase; pero lejos de ser así, la delicada doncella se manifestó más y más decidida á perseverar en su fe.

Ordenó á sus sayones que con garfios aceros la atormentasen, y cumpliendo aquellos escrupulosamente su cometido, comenzaron á despedazar sus carnes separándolas de los huesos, sin que los horribles dolores que sufría la hiciesen exhalar la más leve queja.

Abrasada del amor divino, empezó á contar las llagas que los instrumentos hicieron en su cuerpo, y con dulce voz exclamó (1):

«Señor y Dios mío: Estas heridas ó señales que el hierro ha abierto en mis carnes, letras son con las cuales se escribe tu Santo nombre y publican, al mismo tiempo, tus triunfos y victorias, y la sangre que de ellas sale

(1) Actas del Martirio.



es evidente testigo que ensalza tu Sagrado nombre».

Enfureciöse el Procónsul al escuchar tales palabras, y deseoso de quebrantar aquel esforzado espíritu, mandó secretamente que sacasen á Liberio de su prisión y le trajesen allí.

Hiciéronlo con rapidez los sayones, y cuando la infeliz Eulalia levantó la cabeza, encontrose de improviso frente á frente de su anciano padre que, con lágrimas en los ojos, la contemplaba tristemente.

El primer impulso de ambos fué el de arrojarse uno en brazos del otro, pero prevenidos los verdugos, lo evitaron tirando fuertemente de ambos y estrujando sin piedad las abiertas heridas de Eulalia, que no lanzó ni un gemido siquiera.

Liberio, en cambio, no pudo contenerse y con airado acento:

—¡Bárbaro verdugo!—dijo.—Ceba en mí tus furores y no en una débil niña.

—Si quieres que cese en mis designios—contestó el tirano,—aconseja á tu hija que sacrifique á los Dioses.

—Jamás, padre mío, haré tal cosa, aunque tú fueras bastante débil para mandármelo.

—¡Oh! mi Eulalia querida. Nunca temas de mí tal cosa. Cristo nos dará fuerzas á entrambos para soportar tales rigores.

—Te mandaré cortar la cabeza—rugió Calpurnio.

—Hazlo pronto—dijo el anciano. —¡Yo te bendigo, hija mía!...

No pudo decir más.

La espada de uno de aquellos sicarios, obedeciendo una señal de Calpurnio, segó instantáneamente su garganta.

Eulalia horrorizada por tan sangriento espectáculo, sólo pudo exclamar: ¡Oh padre mío!... ¡En el cielo nos veremos!

Y aniquiladas sus fuerzas cayó desmayada al suelo.

XXII

No podía acostumbrarse el Procónsul á la idea de que una joven, en apariencia tan delicada como Eulalia, tuviese fuerzas y energías morales para desafiar su cólera y para sufrir los martirios que la daban los sayones cumpliendo sus mandatos.

Su incredulidad de convencido gentil negaba la existencia del Dios de los cristianos, y por lo mismo, el divino auxilio que de Él recibían sus adeptos para soportar valientemente todo género de ultrajes y dolores.

Creía firmemente que aumentando éstos quebrantaría la fe de aquéllos, y conseguiría su propósito, de convertirles de nuevo al paganismo.

En esta creencia, daba órdenes á sus sicarios para que continuasen martirizando á Eulalia, cuando le anunciaron la visita de Cayo Flaminio, el general de las legiones.

Recibíole afectuosamente, no sin que dejara

de llamarle la atención el ceño adusto del valeroso guerrero, y señalándole un sitio contiguo al suyo, le dijo:

—¡Los Dioses te protejan, y á mí no me abandonen! ¿Qué nuevas me permiten el grato placer de verte tan de mañana?

—Nada agradable seguramente, para mí al menos.

—¿Qué es ello?

—El intenso pesar que sufre el Pretor.

—Lucio Serenio?

—Sí. Desde el infausto día en que fué muerto su hijo Marco, única esperanza de su vejez, la pena se ceba en él de tal modo, que está desconocido.

—Le has visto?

—De su palacio salgo ahora, y me figuro que las Parcas le tienen entre sus manos.

—Doloroso es, por cierto, lo que me dices. ¿Mas quién impulsó á su hijo á tal empresa, contraria á sus deberes de ciudadano?

—El amor.

—Sí. Ya me han dicho que le había inspirado una gran pasión la hija de Liberio. Pero no quise creerlo, dado que ésta es cristiana, y Marco no disimuló nunca su antipatía á tal doctrina.

—Así es en efecto, y sin embargo su amor era cierto ¡Misterios del corazón humano!

—Tus legionarios le hirieron.

—Verdad es, y eso precisamente me apesadumbra más. Nunca pude imaginar que conociendo tú ese detalle importante, nada me dijeras al ordenarme que impidiera la fuga...

—¿Qué dices?

—La verdad. Después de ocurrido el suceso supe que todo te era conocido por informes del legionario Cornelio.

—Te han engañado—dijo precipitadamente Calpurnio.—Yo supe por mis espías el proyecto de la fuga, pero ignoraba quién fuese el director de la conjura.

—Me aseguraste que sería uno de la servidumbre de Liberio.

—Tal era mi creencia. Pero si te hubiese participado que era el hijo del Prefecto ¿no hubieras cumplido tu deber?

—Si otro que tú me preguntase tal cosa, ciertamente que no le respondería más que con mi espada—dijo colérico Flaminio.—Yo he cumplido siempre todos mis deberes.

—A qué, pues, tus lamentaciones?—respondió irritado el Procónsul.

—A que juzgo innecesarias las crueldades.

—Las cometo yo acaso?

—Sin duda alguna—dijo resueltamente Flaminio.

Púsose pálido de ira Calpurnio, pero dominándose preguntó con calma:

—Cítame alguna.

—Pues lo quieres, sea. La de Marco es la primera.

—Hay más?

—Sí.

—Dilas en seguida.

—La muerte de Liberio, otra. Los tormentos que das á su hija, otra.

—Y llamas crueldades al cumplimiento de las órdenes del César?

—Sí, porque puedes conseguir el mismo fin por otros medios más humanos. Con los que empleas, por cada martir cristiano brotan cien adeptos.

—¿Es decir que censuras mis actos? ¿No sabes que soy el Procónsul?—dijo orgullosamente Calpurnio.

—Y yo soy el general de las legiones.

—A mis órdenes.

—A las del César. Y si Maximiano tuviera que elegir entre tu persona y la mía, seguramente que no sería tuya la victoria—repuso con energía Flaminio.

Agolpose toda la sangre á la cabeza del Legado que, por un instante, pensó en tomar inmediata venganza de aquellas palabras. Afortunadamente para él la reflexión le hizo comprender su situación ante el Emperador que adoraba á Flaminio, si éste hacía llegar á sus oídos sus razonadas quejas, y cambiando repentinamente de aspecto, dijo:

—¡Por los Dioses! Flaminio, que nunca ha de encender entre nosotros su horrible tea la discordia.

—No he sido yo el que lo ha intentado si- quiera.

—Razón tienes. Esta cuestión de los cristia- nos me preocupa de tal modo que, á veces, hasta oscurece mi inteligencia.

—Pues ha de tenerla muy despejada el que ejerce el mando superior de una provincia como Lusitania, si no ha de comprometer los intereses del Imperio.

Hizo Calpurnio como que no había oído las anteriores palabras, y pretextando ocupaciones urgentes de su elevado cargo, despidió á Fla- minio que, tranquilo y sereno, abandonó la es- tancia, mientras el Legado posaba sobre él una larga y siniestra mirada.

XXIII

AUNQUE no dejaron de hacer cierta impresión en el ánimo de Calpurnio las enérgicas y prudentes advertencias del general de las legiones, su natural inclinación á la crueldad le hizo insistir en los tormentos ordenados para vencer la fe cristiana de Eulalia, si bien dejándola tranquila varios días para que repusiera sus fuerzas, aniquiladas por los padecimientos físicos y morales que nos son conocidos.

Dispuso que le comunicaran cuándo se encontraba en condiciones de resistencia, y tan pronto como lo hicieron, se renovaron aquéllos.

Sin duda la misericordia divina prestaba alientos á la gentil doncella, pues sólo así puede explicarse que soportase la serie de tormentos á que fué sometida, á más de los ya sufridos.

Fué arrojada en un montón de cal viva que animaron con agua, para aumentar su actividad y fuerza, sin que le causaran el menor daño. Tendiéronla después en una cama de hierro y

la echaron plomo derretido, que sólo lo fué para sus verdugos, pues en las ollas se quemaron las manos; la azotaron de nuevo, rasparon sus heridas con trozos de tejas para hacer la sensación más dolorosa, aplicaron á sus rodillas teas encendidas; derramaron aceite hirviendo en sus pechos virginales, metiéronla después en un horno encendido, en el que las llamas la lamían sin hacerle daño, como á los niños de Babilonia, y ella mientras ensalzaba á Dios y cantaba sus grandezas (1).

«¡Qué vanos son los conatos de los hombres cuando Dios Omnipotente no está de su parte!

»Tembló el Procónsul á la vista de la inutilidad de sus esfuerzos y hubo de exclamar en un arranque de sinceridad que no supo reprimir:

»Vencidos somos!

»Pero repuesto en seguida y conociendo cuan grande era el sentimiento del pudor en la indomable doncella, la amenazó con pasearla desnuda y cortados sus magníficos cabellos, por las principales vías de la población.

»Enrojeció la virgen al escuchar la amenaza de tal ultraje, pero contestó al momento:

»Aunque yo pase y sufra esta ignominia en la tierra, sé bien por quién he de padecerla; mas tú, enemigo de la justicia, algún día sufrirás por ello tu castigo.

(1) Actas ya citadas.

»Repúsole el Procónsul:

»Pues si temes pasar por esa afrenta ¿por qué no ofreces sacrificios á los Dioses?

»A lo que contestó Eulalia:

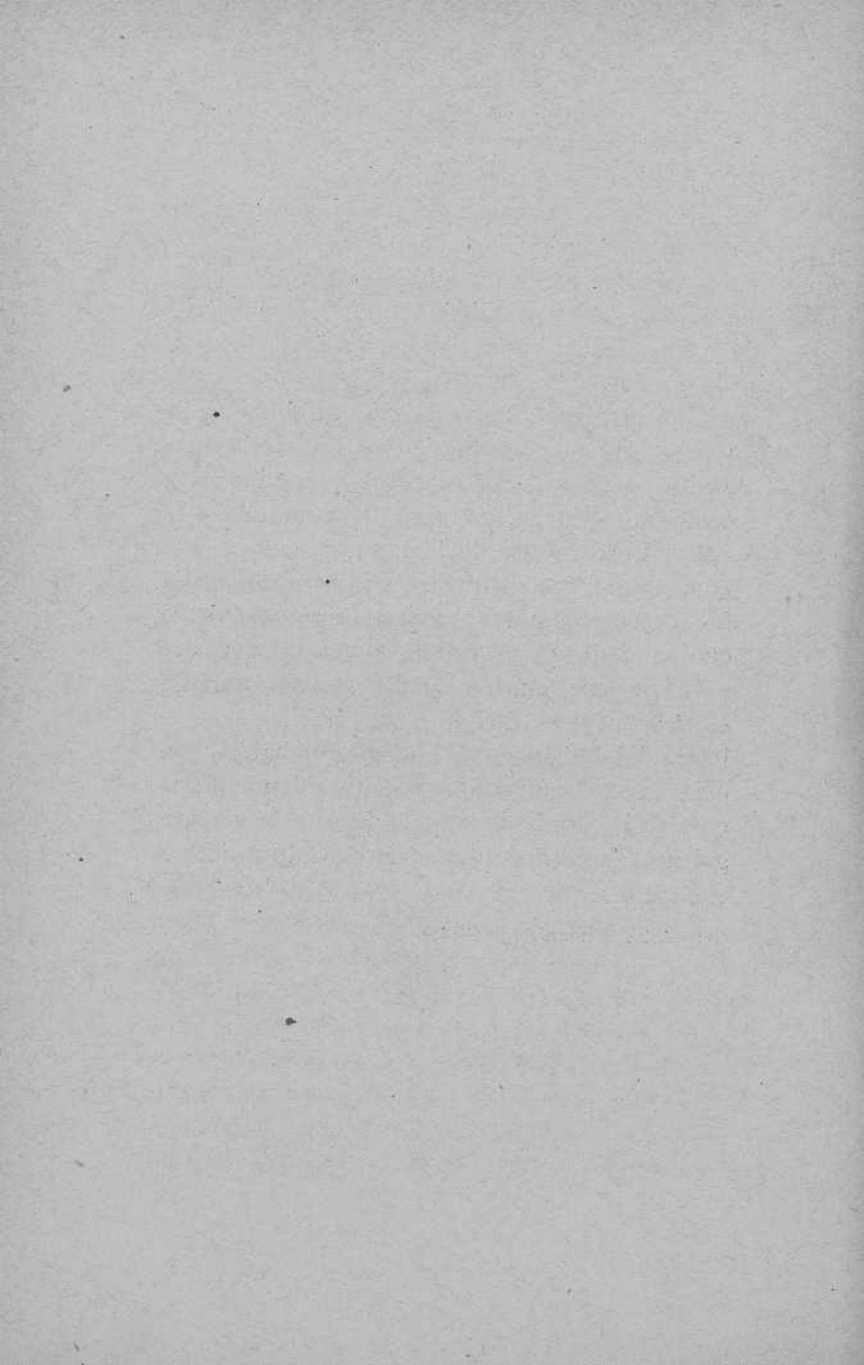
»Yo ya estoy ofreciendo á mi Dios el sacrificio de alabanza y la víctima del júbilo y de la alegría (1).

Esta respuesta inesperada produjo nuevo furor en el legado que ordenó suspenderla en el Ecúleo ó potro del tormento, y conducirla al campo de la lucha, ya fuera de las murallas.

Por lo avanzado de la hora, y por la gran postración física en que se encontraba Eulalia, fué preciso demorar hasta el siguiente día el cumplimiento de tal orden.

Lleváronse, pues, á Eulalia á su mazmorra, y el Procónsul se dirigió á sus habitaciones en busca del descanso. No pudo sin embargo, conciliar el sueño un solo momento, y lentas transcurrían las horas de la noche, pobladas de sangrientos fantasmas para el feroz Calpurnio.

(1) Actas del martirio ya citadas.



XXIV

AMANECIÓ el día.

Frío y nuboso como era de esperar en el mes de Diciembre que á la sazón corría, apenas si los débiles rayos del sol naciente tenían fuerzas para disipar la bruma que del cercano Anás se desprendía.

Gran agitación y movimiento se notaban en la ciudad y en el inmediato campo de la lucha.

Noticiosos los emeritenses de que continuarían en este último los martirios de la hermosa doncella cristiana que, obstinadamente, se negaba á renegar de su religión, fuéronse congregando en aquellas inmediaciones llenos unos, los más, de curiosidad, y otros, los menos, de conmiseración.

De pronto vióse salir de la ciudad un escuadrón de legionarios que, aproximándose al lugar del suplicio, hizo despejar más que de prisa á los curiosos, quedando parados allí, mientras se

acercaba el grupo de sayones y sicarios que rodeaban á la víctima.

Un poco más atrás, aparecía el Legado, pálido y convulso, seguido de su fiel guardia pretoriana.

Una vez todos reunidos, hizo Calpurnio nueva intimación á Eulalia para que renunciase á sus creencias, y vista la negativa de la martirizada doncella, ordenó que se aproximase el Ecúleo.

Llamábase así un aparato de resistente madera, en el que eran suspendidos los que habían de sufrir el tormento, cuyos miembros se distendían poniéndoles grandes pesos en los pies, y haciendo girar un torno que elevaba paulatinamente el cuerpo de la víctima hasta dislocarlo por completo.

Dió el Procónsul orden de que quitasen á Eulalia sus vestidos, pero la Virgen no permitió que los verdugos pusiesen sus manos en ella, y con las suyas propias, se fué desnudando de las ropas que vestía, las que entregó á los que la rodeaban quedándose únicamente con una especie de túnica interior, que la llegaba á las rodillas, para resguardo de su candor virginal.

En esta disposición, sueltos sus rubios cabellos, que se extendían cubriéndola pecho y espaldas, fué izada en el Ecúleo, y en la primera vuelta del torno sintiose el chasquido de sus delicadas articulaciones, sin que profríese el más mínimo lamento.

La gente habíase ido aproximando poco á poco, para no perder ni un detalle de la ejecución, llegando á tocar los caballos de los legionarios que no hicieron tampoco nada para impedirlo.

De improviso y sin que nadie pudiera darse cuenta de su llegada, apareció entre los grupos la figura del Pretor Lucio Serenio, apoyado en el brazo de su esposa Valeria.

A su vista, los legionarios les dejaron pasar al centro del cuadro que formaban, mirando con asombro los estragos que el dolor y la pena habían hecho en aquel cuerpo fuerte y varonil.

Ambos esposos se aproximaron todo lo que pudieron al Ecúleo, fijando sus compasivas miradas en la mártir doncella que correspondió con sus azules ojos á aquel cariñoso y simpático saludo.

Antes de que Calpurnio y sus servidores pudieran evitarlo, sorprendidos también por aquella aparición inesperada, Lucio Serenio, encarándose con Eulalia, dijo:

—¡Noble y valerosa doncella! Los padres de Marco Serenio, que dió la vida por tí, te admiran y te bendicen en nombre de Cristo, cuya Santa doctrina proclaman á la faz del tirano Procónsul.

Y cayó expirante en brazos de Valeria, mientras dos lágrimas purísimas brillaron en los



azules ojos de Eulalia, cuyo semblante aparecía resplandeciente de felicidad celestial.

Inútil pintar el enojo y el asombro de Calpurnio y su acompañamiento.

Mandó aquél que inmediatamente fuesen retirados de allí el inerte cuerpo del Pretor y apriisionada Valeria, y para evitar que este dramático y conmovedor episodio pudiera tener eco entre los circunstantes, ordenó que se aplicasen teas encendidas á los costados de Eulalia que bien pronto se vió envuelta en llamas.

Abrió la virgen la boca para facilitar el camino del voraz elemento y penetrando éste en su interior, exhaló su alma bajo la forma de una cándida paloma que fué visible á todos, y se elevó en la altura hasta perderse de vista.

«Al ver aquel suceso extraordinario que sólo á intervención divina pudiera atribuirse, huyeron aterrados todos los que lo presenciaron, y no satisfecho el cielo de haberlos aturdido con tan manifiesta maravilla, hizo bajar copos de nieve para cubrir el cuerpo de la Santa mártir, que quedaba expuesto en el campo de su martirio, donde con repetidos milagros cantaba Dios sus valerosos triunfos» (1).

Estos sucesos ocurrieron el día 10 de Diciembre del año 304, siendo de notar que poco antes la atmósfera estaba pura, el cielo sin nubes y

(1) Actas ya citadas.

que la nieve es cosa desconocida casi en aquella hermosa región de la Lusitania, famosa por la benignidad de su clima incomparable.

Pocos días después, Julia, Valeria, Donato, el presbítero Félix y otros varios mártires, sellaban con su sangre generosa la profesión de las doctrinas del Salvador del mundo que, algunos años más tarde, en tiempos del Emperador Constantino, eran admitidas y santificadas en todas las provincias del ya decadente Imperio Romano.

APÉNDICES

APÉNDICES

VIDA DE SANTA EULALIA ⁽¹⁾

EL año 290 del nacimiento de nuestro Redentor nació en Emérita la noble y esclarecida mártir Santa Eulalia.

Su padre se llamó Liberio, siendo de familia noble é ilustre, y los *Breviarios* expresan que perteneció al orden Senatorio.

El nombre de su madre se ignora por no hallarse instrumentos antiguos que lo expresen, pero afirman que era de familia rica y tan ilustre como la del padre.

Eligieron éstos para la crianza de su hija un presbítero, cuyo nombre era Donato, el cual sirvió de maestro á la Santa en su niñez, y la instruyó en la doctrina cristiana y en los miste-

(1) De la *Historia de Mérida*, por Fomer y Segarra, publicada por D. P. M. Plano.

rios de nuestra Santa fe de tal modo que, imbuida con tan santas máximas, salió maestra perfecta y consumada, como lo acreditó la experiencia cuando se puso ante el Procónsul, confesando la fe de Jesucristo en lo más tierno y delicado de su edad.

Al paso que la niña crecía, crecía también en ella el amor á su Soberano Esposo, y enamorada de sus celestiales finezas, la hacía despreciar todas las cosas mundanas.

Era rica y noble, pero las galas y los vestidos no los usaba conforme correspondían á la esplendidez y opulencia de sus padres.

Contaba pocos años, y ya sus palabras eran de mujer prudente y sus acciones de anciana. Estaba consagrada por esposa de Jesucristo, y su fervoroso espíritu solamente esperaba ocasión oportuna para sacrificarse por su celestial Esposo.

Llegó, en fin, ésta en la persecución general de la Iglesia, publicada por los Emperadores romanos Diocleciano y Maximiano el año 303 de la redención.

Echase bando contra los cristianos precisándoles, dentro del término señalado, ó á morir afrentosamente ó á ofrecer sacrificios á los ídolos.

Publicose en Mérida por el Legado, como Metrópoli de la provincia Lusitana, y noticioso Liberio del decreto, condujo á su hija á una casa de campo que distaba de la ciudad 38 millas,

que hacen nueve leguas y media, la cual era posesión suya, llamada Ponciano, cuya situación corresponde á los confines de la Bética, como se lee en los Santorales *in finibus provinciae Beticæ*.

Retirada la Santa en esta casa de campo, llegó á su noticia cómo el Legado compelia á los cristianos al sacrificio de los Dioses.

No pudo con la noticia disimular el celo amoroso que la abrasaba hacia su Soberano Esposo; por cuyo motivo determinó presentarse delante del tirano, y acompañada de Julia, su amiga, partió de noche de la quinta á pie descalzo, pero alumbrada de una luz celestial, que la guiaba al campo de la lucha.

Llegó por la mañana á la capital, habiendo superado las nueve leguas y media que señalan los Santorales, caminando toda la noche y parte del día; dirigiéndose inmediatamente á la casa del Legado, que estaba en su tribunal, y puesta en su presencia y rodeada de los ministros de justicia armados con sus insignias, le habló de esta manera:

«Decidme: ¿Qué furor es el vuestro etc. (1). Siguiendo la relación de sus tormentos y martirios como ya se ha descrito.

Según refiere el martirologio de Adón, los cristianos de Emérita quitaron el cuerpo de la

(1) Véase página 142.

Santa del lugar del suplicio, y con la debida reverencia le colocaron debajo del altar, en donde fué ilustre en la gloria de los milagros: *Sicque a Christianis reverenter ablata, et devotione debita sub sacro altari depositata, miraculorum gloria illustratur.*

Pocos años después se construyó un grandioso templo por los emeritenses en honor de la Santa, cuyo cuerpo fué depositado en el mismo.

Según Prudencio, autor de un *Himno* á la Virgen Eulalia, que también figura en estos *apéndices*, la grandeza del templo y lo suntuoso de la fábrica correspondió á la opulencia de la Ciudad y á la devoción del pueblo á su conciudadana, pues los mármoles fueron traídos de fuera de España, no satisfechos con los especiales que produce nuestra península, los cuales labraron con tanto primor que causaban admiración á la vista.

El techo estaba todo artesonado de finísimo oro, y su pavimento matizado de piedras de diversos colores que formaban á la vista un hermoso y verde prado, lleno de variedad de flores.

Mantúvose de esta suerte hasta en tiempo de los godos, en que Fidel, metropolitano de Emérita, levantó elevadas torres colaterales, sobre las dos capillas que perseveran en nuestros días.

La fama de esta iglesia y los milagros cons-

tantes que el cuerpo de la Santa realizaba, hacía que fuese visitada por muchos extranjeros, entre los cuales merece citarse á San Gregorio Turonense, que vino de Francia exclusivamente con tal objeto y que refiere sus impresiones del siguiente modo:

«Delante del altar donde están las sagradas reliquias de la gloriosa Santa Eulalia, hay tres árboles cuya especie ignoro, los cuales, llegando el día que se celebra el martirio de la Santa, que es á la mitad del mes de Diciembre, estando sin hojas, al amanecer y repentinamente se llenan de flores blancas y de especie de paloma, en cuya figura salió el alma de la Santa para subir al cielo; y su blancura representa la nieve que llovió el cielo para cubrir su cuerpo cuando estaba desnudo en el campo del tormento.

»A este prodigio se añade otro, el cual era ser anuncio feliz de un buen año en salud y frutos cuando las flores amanecían desde luego; pero si tardaban en florecer era indicio de mal año, por lo cual el pueblo anticipaba su devoción acudiendo en rogativa á la iglesia de la Santa, y allí, implorando su patrocinio, permanece constante en su propósito hasta que consigue el que broten las flores.

»Conoce el pueblo cuando tiene á la Santa propicia, pues si las flores brotan á la hora acostumbrada, en este caso es grande la alegría de los ciudadanos. Cogen estas cándidas y fra-

gantes flores los naturales llenos de júbilo y alegría, y en devota procesión las llevan á la Iglesia de la mártir y las entregan al Sacerdote para que las guarde como tesoro precioso, porque Dios Nuestro Señor, por medio de ellas, sana muchas dolencias. Yo lo he visto varias veces».

SANTA JULIA

Las actas del martirio de Santa Eulalia refieren que Santa Julia, fué su compañera y que las dos juntas, por la noche, salieron de la casa de campo y por la mañana se presentaron voluntariamente al tirano, deseosas del martirio en defensa de nuestra santa fe.

Puestas las Santas en camino, parece que Julia aceleraba el paso más que Eulalia, pero ésta le dijo: «Séate notorio, hermana Julia, que aunque vas delante, yo he de ser la primera en los tormentos, y primero que tú he de rendir el alma por mi Criador».

Estas proféticas palabras se cumplieron en todas sus partes, siendo martirizada Julia después de la muerte de Eulalia, como lo aseguran las actas dichas y el martirologio de Adón.

Su cuerpo permanece en la iglesia de Santa Eulalia, extramuros de la ciudad y se venera juntamente con las demás reliquias de los Santos, depositadas en el altar mayor.

Donato, maestro de Santa Eulalia, y Liberio su padre, padecieron también el martirio en Emérita, según afirman los Santorales, siéndoles cortada la cabeza por orden del Legado.

Por las actas del martirio de Santa Eulalia, tantas veces citadas, se conoce que el Legado ó Procónsul que gobernaba á Lusitania en aquellos años, era Calfurniano ó Calpurniano, descendiente de Marco Calpurnio, que también gobernó á Lusitania á mediados del siglo primero de nuestra era.

Ambos eran miembros de una antigua familia romana, perteneciente al patriciado, y que se distinguió siempre por su adhesión á las doctrinas de Jesucristo

El Consular Aurelio Prudencio escribió una oda latina en honor de la Virgen y martir Eulalia que, por su importancia, se inserta á continuación:

AURELII PRUDENTII CLEMENTIS VIRI CONSULARIS.

ODE IN LAudem EULALIAE MARTYRIS

Germine nobilis Eulalia
Mortis et indole nobilior
Emeritam sacra virgo suam,
Cujus ab ubere progenita est,
Ossibus ornat, amore colit.

Proximus Occiduo locus est
Qui tulit hoc decus egregium,
Urbe potens, populis locuples;
Sed mage sanguine martyrii,
Virgineoque potens titulo.

Curculis tribus atque novem
Tres hyemes quater attigerat
Cum crepitante pyra trepidos
Terruit aspera carnifices
Supplicium sibi dulce rata.

Jam dederat prius inditium
Tendere se patris ad solium
Nec sua membra dicata thoro
Ipsa crepundia repulerat
Ludere nescia pusiola.

Spernere sucina flare rosas,
Fulva monilia respuere
Ore severa, modesta gradu
Moribus et nimium teneris
Caniciem meditata senum.

Ast ubi se furiata lues
Excitat in famulos Domini
Christicolasque cruenta jubet
Thura cremare, jecur pecudis
Mortifris adolere deis,

Infremuit sacer Eulaliae
Spiritus, ingenique ferox
Turbida frangere bella parat,
Et, rude pectus anghela deo
Femina provocat arma virum.

Sed pia cura parentis agit
Virgo animosa domi ut lateat
Abdita rure, et ab urbe procul
Ne fera sanguinis in pretium
Mortis amore puella ruat.

Illa perosa quietis opem
Degeneri tolerare mora,
Nocte fores sine teste movet,
Septaque claustra fugax aperit
Inde per invia carpit iter.

Ingreditur pedibus laceris
Per loca senta situ, et vepribus
Angelico comitata choro;
Et licet horrida nox sileat,
Lucis habet tamen illa ducem.

Sic habuit generosa Patrum
Turba columni-ferum radium
Scindere qui tenebrosa potens
Nocte viam face perspicua
Praestitit, intereunte chao.

Non aliter pia virgo, viam
Nocte secuta, diem meruit,
Nec tenebris adoperta fuit,
Regna Canopica cum fugeret,
Et super astra pararet iter.

Illa gradu cita pervigili,
Millia multa prius peragit,
Quam plaga pandat Eoa polum,
Mane superba tribunal adit,
Fascibus adstat et in mediis.

Vociferans: Rogo: quis furor est?
Perdere praecipites animas,
Et male prodiga corda sui
Sternere rasilibus scopulis,
Omnipatremque negare deum?
¿Quaeritis, o miseranda manus,
Christicolum genus? En ego sum
Daemoniacis inimica sacris
Idola protero sub pedibus;
Pectore et ore Deum fateor.

Isis, Apollo, Venus nihil est,
Maximianus et ipse nihil;
Illa nihil, quia facta manu;
Hic, manuum quia facta colit
Frivola utraque et utraque nihil.

Maximianus opum Dominus;
Et tamen ipse cliens lapidum
Prostituat, voveatque suis
Numinibus caput ipse suum
Pectora cur generosa quatit?

Dux bonus, arbiter egregius
Sanguine pascitur innocuo;
Corporibusque piis inhians
Viscera sobria dilacerat,
Gaudet et ex cruciare fidem.

Ergo age tortor, adure, seca,
Divide membra coacta luto;
Solvere rem fragilem facile est;
Non penetrabitur interior
Exagitante dolore animus.

Talibus excitus in furias
Praetor ait: Rape praecipitem,
Lictor, et obrue suppliciis,
Sentiat, esse Deos patrios,
Nec leve Principis Imperium.

Quam cuperem tamen ante necem,
Si potis est, revocare tuam,
Torva puellula, nequitiam!
Respice, gaudia quanta metas,
Quae tibi fert genialis honor.

Te lacrymis labefacta domus
Prosequitur, generisque tui
Ingemit anxia nobilitas,
Flore quod occidis in tenero,
Proxima dotibus et thalamo.

Non movet aurea pompa thori,
Non pietas veneranda senum,
Quos temeraria debilitas?
Ecce parata ministeria
Excruciabilis exitii.

Aut gladio feriere caput,
Aut laniabere membra feris,
Aut facibus data fumificis,
Flebiliterque ululanda tuis
In cineres resoluta flues.

Haec, rogo, quis labor est fugere?
Si modicum salis eminulis
Thuris et exiguum digitis
Tangere, virgo, benigna velis,
Poena gravis procul abfuerit.

Martyr ad ista nihil: sed enim
Infremit, inque tyranni oculos
Sputa jactit: simulacra dehinc
Dissipat, impositamque molam
Thuribulis pede prosubigit.



Nec mora, carnifices gemini
Juncea pectora dilacerant,
Et latus ungula virgineum.
Pulsat utrimque, et ad ossa secat,
Eulalia numerante notas.

Scriberis ecce mihi, Domine,
Quam juvat hos apices legere,
Qui tua, Christe, trophea notant!
Nomen et ipsa sacrum loquitur
Purpura sanguinis elicti.

Haec sine fletibus et gemitu
Laeta canebat, et intrepida
Dirus abest dolor ex animo
Membraque picta cruore novo
Fonte cutem recalente lavant.

Ultima carnificina de hinc,
Non laceratio vulnifica
Crate tenus, nec arata cutis
Flamma sed undique, lampadibus
In latera stomachum que furit.

Crinis odoratus ut in jugulos
Fluxerat, involitans humeris,
Quo pudibunda pudicitia,
Virgineusque lateret honos,
Tegmine vertificis opposito.

Flamma crepans volat in faciem,
Perque comas vegetata, caput
Occupat, exuperatque apicem;
Virgo, citum cupiens obitum
Appetit, et bibit ore rogam.

Emicat inde columba repens,
Martyris os nive candidior
Visa relinquere, et astra sequi;
Spiritus hic erat Eulaliae
Lacteolus, celer, innocuus.

Colla fluunt, abeunte anima,
Et rogos igneus emoritur,
Pax datur artubus exanimis,
Flatus in ethere pladit ovans
Templaque celsa petit volucer.

Vidit et ipse satelles, avem
Feminae ab ore meare palam
Obstupefactus, et attonitus
Prosilit, et sua gesta fugit
Lictor, et ipse fugit pavidus.

Ecce nivem glacialis hyems
Ingerit, et tegit omne forum:
Membra tegit simul Eulaliae
Axe jacentia sub gelido
Pallioli vice linteoli.

Cedat amor lacrymantum hominum
Qui celebrare suprema solent,
Flebile cedant et officium:
Ipsa elementa jubente Deo
Exequias tibi, virgo, ferunt.

Nunc locus Emerita est tumulto
Clara colonia Vettoniae
Quam memorabilis amnis Ana
Praeterit, et viridante rapax
Gurgite moenia pulchra lavat.

Hic, ubi marmore perspicuo
Atria lumat alma nitor
Et peregrinus et indigena
Reliquias cineresque sacros
Servat humus veneranda sinu.

Tecta corusca super rutilant
De laquearibus aureolis,
Saxaque coesa solum variant,
Floribus ut rosulenta putes
Prata rubescere multimodis.

Carpite purpureas violas,
Sanguineosque crocos metite,
Non caret his genialis hyems;
Laxat et arva tepens glacies,
Floribus ut cumulet calathos.

Ista comantibus e foliis
Munera, virgo, puerque, date
Ast egoserta choro in medio
Texta feram pede dactylico,
Vilia, marcida, festa tamen.

Sic veneraier ossa libet,
Ossibus altar et impositum
Illa Dei sita sub pedibus
Prospicit haec, populosque suos
Carminem propitiata fovet.

En tiempo del Regidor Perpetuo de la ciudad de Mérida, don Bernabé Moreno de Vargas, autor de la primera Historia de aquella ciudad, y á instancias de dicho Regidor, hizo una traducción de la oda anterior, con más unción religiosa que estro poético, su amigo don Francisco Antonio Suárez de Castro, Secretario del Conde del Montijo y Fuentidueña, de la cual se copia á continuación lo más pertinente.

MARTIRIO DE SANTA EULALIA

NATURAL DE MÉRIDA

Espire Eulalia en mí, divino aliento
Cuando cantar intento
Aquellas que en su muerte dió señales
De su virtud, á su nobleza iguales,
Conque hermosear años adultos
Apenas permitieron los indultos
De superior deidad; pues niña tierna,
Quien del mundo la máquina gobierna
La corta flor al alba
Cuando los cielos la previenen salva,
Y aquel dulce ó valiente
Amor, que patrocina eternamente
A su patria querida
De sus fertilidades producida.
Ciudad insigne (á donde
Casi el veloz Ethon el carro esconde,
Que lleno de esplendores
Sombras al tramontar causa mayores)
Alti va se levanta
Con preeminencia tal, con honra tanta
Y aunque antiguas memorias
(Que la fama dilata en las historias
Y augusta desde entonces
Las conserva en sus mármoles y bronce)
Tanto poder le dan con que limita
El que á las otras en España quita,
Aún es más poderosa
Por el martirio de esta joven rosa.

Perfectos de su edad los once giros,
No licenciosa, no, mas en retiros
Por el doceno de ella iba volando
El planeta mayor del Cielo, cuando
Brotando llamas crepitante pira
(Exhalación violenta de su ira)
Aspera en su semblante y sus razones
Espanta carniceros corazones
Y valiente doncella
Cobardes enemigos atropella,
Pues juzga en su martirio los tormentos
Que son más dulces cuanto más sangrientos.

Y á las primeras dió la Virgen señas
(Que corazones ablandaran peñas)
Del incendio de amor que el suyo abrasa;
A dueño fiel aspira que sin tasa
Por el de Eulalia da su sangre en precio.
Con altivo desprecio
Indigno juzga tálamo profano
De su amor, de su vida y de su mano,
Y niña tiene en poco
Los juguetes que ofrece el mundo loco,
Y su sér acredita
Agua que de sus ojos precipita
Por arrojar de sí los que apetecen
Que tierna, ancianidades imitando
Entre modestos pasos que vá dando
Entre el mirar severo de sus ojos
Luces de santidad lanza á manojos.

Mas cuando de tirano
Cruel, sangrienta mano
Persecución sacrílega levanta
Contra la pía devoción que canta
Los levantados en la Cruz trofeos,
Que si á rayos febeos

De tinieblas le prestan embarazos,
Las piedras entre sí se hacen pedazos
Y manda al que piadoso sigue á Cristo
(¡Cómo el dolor resisto!)
Que en braseros infaustos
Ofrezca á tantos dioses holocaustos,
Y que de varias pomas
Esparza en humos bárbaros aromas.

.

Impíos tiranos, de los justos fuego,
Que me digais os ruego,
Qué vergüenza tan grande no limita
Perdición que las almas precipita?

.

Miserable escuadrón, ciegos romanos,
¿Buscáis á los cristianos?
¿Aquellos que con fuertes corazones
De Cristo al aire tienden los pendones?
Advertid, advertid, gente inhumana,
A Cristo sigo yo, yo soy cristiana,
Declarada enemiga
De la execrable del demonio liga;
Ídolos del gentil impuro y loco
Con delicados pies los huella y toco.

.

Ea, cruel verdugo, como sueles
(No á mi triunfo dilates los laureles)
Fuego tu mano aplique
Que abrase el cuerpo, el alma purifique:
Corta, corta, divida tu desgarró
Aquestos miembros frágiles de barro;
Fácilmente una cosa quebradiza

En polvo se resuelve y en ceniza,
Que aunque el dolor sus diligencias haga,
No me penetra lo interior la llaga.

.
.
.
Como cuando en el monte la proterva
Turba de hambrientos canes á la cierva
Que el paso le detienen y embarazan,
Y con rabioso diente despedazan;
Así á la Santa niña con premura
Uno y otro sayón asir procura,
Y con garfios crueles
Buriles, no pinceles,
Van dejando entallados
En sus hermosos pechos delicados
Rastros de sus crueldades;
Mas ¡oh tirano! en vano persuades
A tu error á la Virgen que contenta
Con tal aliento sus heridas cuenta.

.
.
.
Cuando pues negros lirios
Ofrecen de la Santa los martirios
(Avenida de afrentas y de agravios)
En vez de rojas flores á los labios
Y cuando ya la muerte los colores
De su cara robaba tantas flores,
Más que los puros ampos de la nieve
A quien humana plantá no se atreve,
Pura y blanca paloma
Entre los labios de la niña asoma,
Que batiendo las alas
Morada busca en las empíreas salas,

Y dejando su boca
Con alto vuelo las estrellas toca;
El alma, al fin, de Eulalia que ligera,
Pura y sin mancha reposó en su esfera.

.
Huye la guardia con portentos tales
(Que á los ejes ligeros celestiales
Pudieran suspender el movimiento)
Y llena de pavor deja su asiento
Viendo salir aquella
Paloma de la boca á la doncella;
Huye el lictor también y todos huyen
Que su pecado del milagro arguyen.

El cielo conmovido
De ver el Santo cuerpo sin vestido
(Que á quien desnuda el suelo
Con ventaja mayor le viste el cielo),
Manda al invierno cano
Que le vista y adorne de su mano;
Y al punto obedeciendo
En la región del aire va tegiendo
Tela blanca y vistosa
Para el adorno de la niña hermosa.

Ya la soberbia plaza
Con alfombra de nieve se embaraza,
Que cuanto vista perspicaz descubre
Con su purpúreo copo cela y cubre;
Y liberal y franca
Inundación de mariposa blanca,
Al que desnudo y descubierto al hielo
Cuerpo que solamente cubre el cielo,
De aquella niña bella
Más que luciente matutina estrella

Tan densa sobre él baja
Que manto le prestó, le dió mortaja.

.
.
.

Rodas levantó al cielo un gran coloso,
Que á lo rico cedió lo artificioso,
Simulacro del Sol que al Sol llegaba;
Pirámides Egipto fabricaba
Para que, sin historia y sin engaños,
Fuesen memoria á venideros años.

Así, la ilustre Mérida, á su ejemplo
Aras le erige y le consagra templo
A Eulalia, que en soberbias perfecciones
Dé á la posteridad admiraciones;
Que la niña sagrada
Con tan piadoso afecto venerada,
A su querido pueblo agradecida
Dará prosperidad, le dará vida.

El autor de esta narración, también se ha
permitido hacer una traducción libre de la oda
mencionada, que á continuación se inserta.

MARZIRIO DE SANZA EULALIA DE MÉRIDA

Traducción de Aurelio Prudencio.

Emérta Imperial, noble colonia
Que Augusto edificó, fué excelsa cuna
De la virgen Eulalia, que á Vetonía,
Sin discordancia alguna
Logró inmortalizar. Su vida entera
Tranquila y sin pesar se deslizaba
Entre el padre amoroso
Y el culto de Jesús que profesaba,
Cuando el impulso odioso
De la Roma gentílica y tirana
Contra la grey cristiana
Desató sus furores, y á porfía
Cruel legado á Lusitania envía.

Calpurnio vengativo,
Con orden del augusto Maximiano,
No quiere dejar vivo
Ni el leve nombre de ningún cristiano,
Y á su entrada en Emérta procura
Infundir la pavora,
Persiguiendo cristianos con denuedo
E imponiéndole á todos hondo miedo.

Eulalia que moraba
Con Julia, tierna amiga y compañera,
En la hermosa ribera
Que cerca de la Bética ostentaba
Su riqueza y valor, pasaba el día,

Mostrando su alegría
Con Liberio, su padre, que orgulloso
De tener tal encanto,
De perderla no más sentía espanto.

Por ello sus temores
Ocultaba entre frondas y entre flores,
Huyendo la metrópoli, cuidando
De que esclavos, libertos y auxiliares
Del patrimonio, cuando
Hablasen de Emérita callaran,
O por mejor decir, enmudecieran
De todo cuanto oyeren ó supieran.

Mas como el bando de Calpurnio odioso
Por toda la provincia propalara
Que todos ante el ara
De Júpiter hiciesen sacrificio
Al padre de los Dioses gentilicio
Bajo pena de muerte, fué rodando
La noticia veloz y al cabo un día
A la virgen llegó con osadía.

Pintar aquí el efecto que produjo
En Eulalia es tarea
Por demás superior, pero su influjo
No tardó en parecer, y la doncella
Llena de indignación, hermosa y bella,
Con arrogancia santa,
Todo temor espanta
Y burlando el retiro en que vivía,
Al despuntar el día
Emprende su camino hacia la urbe
Sin que el peligro y el temor la turbe.

Busca ansiosa al legado
Y una vez á su lado,
Con voz clara y potente
Estas frases le dice de repente:

—¿Eres tú el atrevido
Que osaste calumniar á los cristianos
Imponiendo tus manos
En nuestra religión? ¡Valiente has sido
En usar de la fuerza soberana
Que todo lo atropella
Contra la hermosa religión cristiana
Que aún conserva la huella
De otras persecuciones,
En que Roma mostró viles pasiones!

Cristiana soy también: Aquí me tienes
De terrenales bienes
Tan alejada la esperanza mía,
Que hoy ya tan sólo ansía
De Cristo confesar las predicciones
Renunciando gozosa á humanos dones.

¡Maximiano es tu Dios! que los paganos,
Buscando la riqueza y los honores,
Tenéis nuevos señores
A impulsos de los fieros pretorianos,
Sin caer en la cuenta de que al cabo,
Cada nuevo señor, es un esclavo
Del lujo, la ambición y la impudicia
Que son los solos dones que codicia.

Y Júpiter, Apolo y Citerea,
Y el enjambre de dioses que se crea
Del Olimpo en las magnas espesuras
¿Qué son, sino criaturas
Nacidas de una mente lujuriosa
Que ni valen ni son más que esta cosa?

Si es que quieres saciar tu saña fiera
Como hircana pantera
En cuerpos de cristianos,
No des paz á tus manos,
Aquí me tienes confesando altiva
Que Jesús es mi Dios mientras yo viva.

Hiere, corta, mutila, despedaza
Este cuerpo y mil cuerpos que en la plaza,
En el campo, en el templo, en todas partes
Desafían con fe tus malas artes
Y las de esos inmundos pretorianos
Que, cual tú, sólo son viles gusanos.

Atónito Calpurnio ante el acento
Varonil y expresivo de la Santa
No puede reprimir un movimiento
De salvaje furor. Audacia tanta
Le asombra, le cohibe y enmudece:
Pero su indignación más y más crece
Cuando Eulalia, valiente en su apostura,
Coge airosa metálica figura
Que á Júpiter olímpico retrata
Y, llevando á lo sumo su odisea,
Le quita la pretexto de escarlata
Y sublime de amor lo pisotea.

¡Inexperta doncella! ruge fiero,
Si el pretor vengativo y justiciero,
Quisiera á tu desmán ponerle coto,
Por la imágen de Júpiter que has roto
Sacara de tu cuerpo miserable
La vida que le presta hermoso sello
Segando tu cabeza por el cuello.

Pero no lo hará así. Tus pocos años
Dan disculpa eficaz al hecho aleve,
En que tal vez se ocultan los engaños
Del que, á hacerlo por sí, nunca se atreve,
Y benigno vá á ser con la doncella
Que al entrar en la vida,
Desconoce la huella
Del dolor que en su sér lleva escondida.

Hija de un Senador por el Imperio,
Joven, rica y hermosa como pocas,

Que las virgíneas tocas
Puede pronto abrasar el Himeneo,
¿Por qué loco deseo
Aspiras á la muerte tan temprano
Teniendo mil dulzuras en tu mano?

Contempla de tu padre la figura
Ya inmediata á la fría sepultura,
El hondo desconsuelo
Que llenará su pecho de amargura
Si en la edad en que espera seas su apoyo
Te mira sepultada en aquel hoyo
En que termina la existencia humana
Por orden de los dioses soberana.

Vuelve en tí, le repite,
No desdeñes huraña las bondades
Que Venus te brindó desde la cuna,
Acepta la fortuna
Que un mancebo gentil puede brindarte
Y deja, ilusa, aparte
Religión que á tus lares supedita
Y no da honores pero sí les quita.

Mira en tu derredor legión enorme
De garfios, de tenazas y cuchillas
Con que á tu cuerpo inerme
Lo mutile y deforme
Si cantas otra vez las maravillas
De Cristo y de su fe. Todo ello duerme
Y despierta á mi voz. Pon tus rodillas
Delante de ese altar que has profanado
Y Júpiter llamado
Por tu voz, padre eterno de las gentes,
Hará que siempre aumentes
El caudal de los tuyos, y que honrada
Matrona emeritense seas llamada
Y adelantando hacia la Santa pura

La copa con incienso que en el ara
Había de ofrecer á la figura
Que Eulalia anteriormente pisoteara,
Esperaba Calpurnio que su intento
Tuviera feliz suerte y demostrara
El triunfo del Olimpo en la Vetonia
Y muy especialmente en la colonia.

Pero Eulalia sagaz cogió la copa
Y ocultándola activa entre su ropa,
Antes de que Calpurnio sospechara
La acción de la simpática doncella,
Escupió con empuje sobre ella
Y volcó el contenido en la ancha cara
Del legado que, ciego de coraje,
Deseando vengar tamaño ultraje
La mandó desnudar y por osada
Que fuera con azotes castigada.

Cumpliose su mandato en el momento;
Sin lanzar un lamento
Su carne ensangrentaron los sicarios
Con instrumentos varios
Que, al efecto, ya estaban prevenidos,
Y mientras los sayones maldecían,
Estas tiernas palabras se la oían:
¡Oh mi dulce Jesús! Con los latidos
De mi cuerpo maltrecho, ensangrentado,
Quiero dejar probado,
Que tu amor y tu fe han sido el norte
De mi acción eficaz, sin que me importe
Que en la contienda ruda
Con los dioses paganos, yo perezca,
Porque tu fe me escuda
Y quiero que mi sangre se te ofrezca
Como plegaria de mis labios muda.

Viendo los azotantes que era en vano

Del inicuo tirano
Cumplir las rigurosas prescripciones,
Lleváronla á prisiones
Esperando que el tiempo redujera
Convicción tan profunda y tan sincera.

Mas fué necio expediente
Que su fe tan raigada y tan ardiente
Aumentó cada día,
Y al final de unos varios fué probada
Como prueba la luz del mediodía
Que persigue á la noche derrotada.

Garfios, hierros, cadenas,
No sirvieron apenas
Para hacerla cambiar del noble intento,
Y el natural violento
Del Prefecto sufrió tal desengaño,
Que imaginando un daño
Más grande que los otros ya vencidos,
A los castos oídos
De la Virgen tenaz llenó de injurias,
Esperando vencer su resistencia.
La gran Omnipotencia
De Dios la confortaba en sus torturas;
Y al anuncio falaz de que su cuerpo
Despojado de toda vestidura
Saldría por las calles imperiales
Para hacer escarmiento en sus iguales,
Contestó la doncella:
—Si tan liviana huella
Quieres dejar de tu conducta impía,
Eso no es cuenta mía,
Que yo sufro por Dios, sin que me venzas,
Exhibir ante todos mis vergüenzas.

Cansado ya el Pretor, término puso
Al martirio difuso

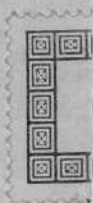


De la rubia doncella emeritana,
Y una triste mañana
De Diciembre, salió la comitiva
Al campo de la lucha allí cercano,
Ordenando el tirano,
Por no ocurrirse ya á su mente otro,
Que elevada en el potro,
Instrumento alevoso de tortura,
Quemasen su figura
Con antorchas de pino resinosas.

Así se ejecutó. Llamas piadosas
Lamieron los costados indefensos
De la noble doncella,
Y como rauda estrella,
En forma de blanquísima paloma
Que se escapaba de ella,
El alma fuerte por su boca asoma
Y en el espacio inmenso se consume,
Llenando de perfume
Al público que mudo lo presencia
Y lleno de temor la reverencia.

Quedó el cuerpo desnudo al libre viento,
Pero viose al momento
Cruzar entre la atmósfera suave
Grandes copos de nieve como aves
Que se posan del campo en la amplia zona,
Y con ellos corona
De la Virgen los restos desiguales,
Mientras se oye la célica armonía
Con que Dios acogía
El alma en los espacios siderales.

PRECIO: 3 PESETAS



1549